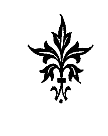
CARLOS OCTAVIO BUNGE

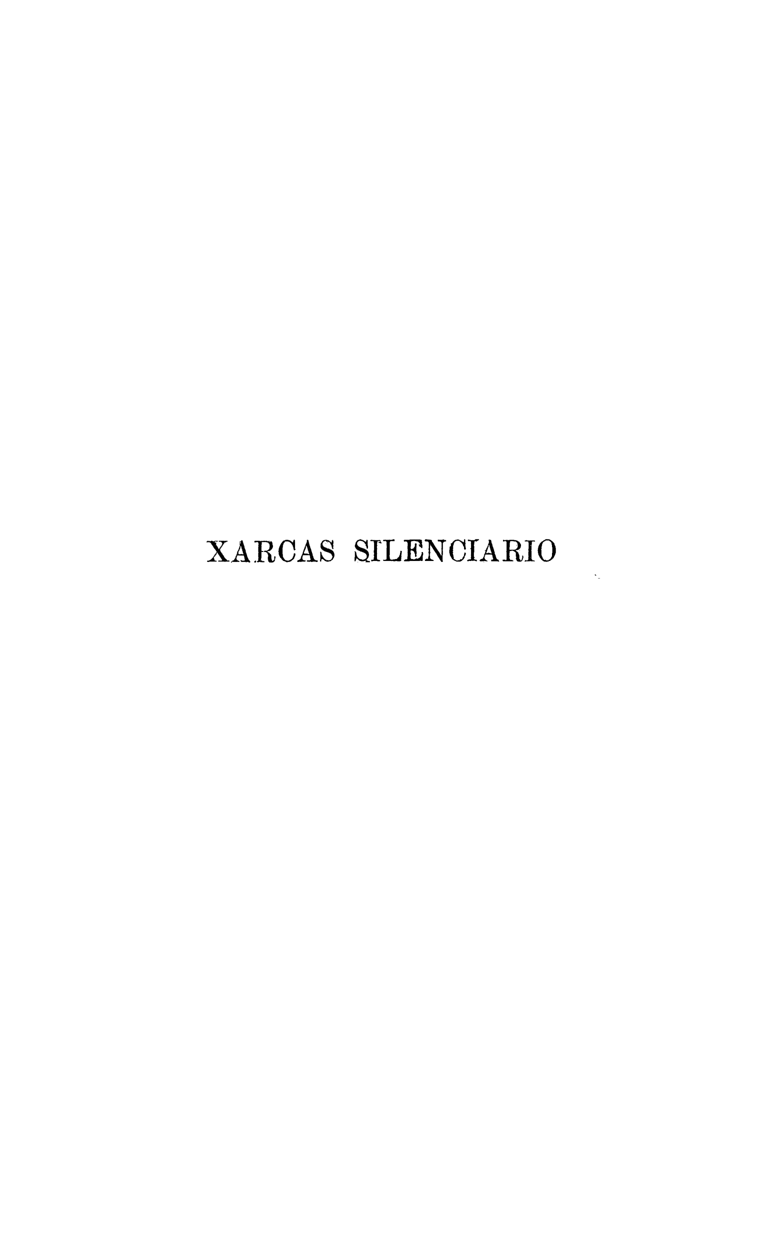
XARCAS SILENCIARIO

(NOVELA)



DANIEL JORRO. — MADRID
Calle de la Paz, 23


THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
LIBRARIES
THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
ARTES SCIENTIA VERITAS
1817



XARCAS SILENCIARIO

CARLOS OCTAVIO BUNGE

XARCAS SILENCIARIO

(NOVELA)



BARCELONA — 1903
Imprenta de Henrich y C.ª — Editores
Calle de Córcega

PRÓLOGO

¡No neguéis el Misterio! Está en cuanto sabemos, en cuanto nos rodea, en nosotros mismos; vive como un pájaro enjaulado dentro de nuestros corazones. A veces toma formas corpóreas: para los filósofos como Sócrates y Pascal es un espíritu familiar; para los reyes como Servio-Tulio, una ninfa Egeria; para los ascetas como Antonio, una tentadora cortesana; para los teólogos como Agustín, un ángel; una serpiente, para las mujeres; un cuervo, para los poetas... Pero siempre es el mismo, el eterno, el inviolable, el incomprensible, el infinito: ¡el Misterio! ¿Qué sería de la vida sin el

Misterio, sin esa sima tan honda, tan honda, que horada el Espacio? ¡Y que haya todavía incautos y ciegos que nieguen la suprema verdad, la belleza suprema del Misterio!

Pues bien, no sólo al oído de los Elegidos habla el Misterio. Por una eventualidad cualquiera, suele revelar algunos de sus secretos á mediocres, á simples y aun á imbéciles... Y sepa quien lo niegue ó quien lo dude, que á mí, Juan López, el más indigno de los procuradores judiciales, hanme insinuado algo del Enigma las Parcas de la Vida, ¡á mí, Juan López! Verdad es que, como veréis (y el confesarlo es la mejor prueba de mi simpleza) el hecho ha sido tan casual como el soplido del borrico que hizo sonar la flauta de la fábula.

Una tarde bochornosa, cuando yo trabajaba en mi escritorio copiando dificultísimamente una «expresión de agravios», pues mi abogado tiene una letra más endemoniada que jeroglíficos egip-

cios, se me presentó el Misterio... ¿En figura de qué creéis que vino hacia mí este mensajero de las Parcas? ¿De un arcángel, de un águila, de una hada benéfica?... ¡En la de otro procurador, mi colega y amigo, hijo de italianos, que todos llamábamos Pedro Bocelli, ni alto ni bajo, ni feo ni bonito, ni joven ni viejo, ni honrado ni bribón, ni alegre ni triste, ni sano ni enfermo, ni rico ni pobre, ni sabio ni tonto! Llegó tan desfigurado, que en el primer momento no le conocí; levanté la pluma de mi copia en mitad de la palabra «jurisprudencia», é hice ademán de levantarme para irme á poner la chaqueta, pues, por el calor, trabajaba en mangas de camisa... Pero, al reconocerlo, volví á sentarme, tal cual estaba, sin gastar ceremonias, esperando que hablase... Y él, que de ordinario era reservado, habló y habló y habló... No recuerdo sino confusamente el flujo desbordante de sus palabras... Pero, en síntesis, entregándome un abul-

tado rollo de papeles, terminó más ó menos así:

— Guarde Vd. esto, que es el tesoro de mis *recuerdos de ultratumba.* Conozco que mi fin se acerca. Los Maestros de la Vida no dejarán sin castigo mi indiscreción. Léalo Vd., guárdelo, estúdielo, y tema, ¡oh, tema, si comete la imprudencia de revelarlo, la Venganza de las Parcas!

Dijo, y se fué, la pupila sangrienta, la cabellera en desorden.

El manuscrito que me entregó estaba, mitad en castellano, mitad en un griego intraducible. Su carátula era «Recuerdos de ultratumba de Xarcas Silentiarius». Lo envolví, y preocupado por mis quehaceres, lo archivé en el fondo de mis cajones, entre otros papeles, más olvidables que olvidados, los versos que á los veinte años escribía á Cirila Rodríguez, entonces mi prometida y hoy mi esposa, madre de mis siete vástagos: Juanito, Enrique, Albertina... ¡Pero eso no interesa al público!

Después de tres años de continuos trabajos profesionales, no sé por qué un buen día me volvió á la memoria el recuerdo de aquel breve episodio de mi vida. Pedro Bocelli emergió en mi memoria rodeado de una densa nube de olvido y de melancolía. Había yo sabido que estaba loco para siempre, en un sanatorio, y para siempre mudo... Despierta mi curiosidad, busqué su manuscrito, sin hallarlo á mano, porque lo tenía encerrado en un mueble, en mi casa de campo. Interrogué á sus deudos: se me dijo que él siempre había sido un buen hombre, ignorante y sencillo en sus gustos y sus ideas; ¡nunca había estudiado griego! Jamás supo de letras ni de artes. Fué místico, medianamente místico por temperamento. Amaba el trabajo, y se ocupó del ejercicio de la procuración; tuvo en el foro regular clientela; los abogados con quienes trabajó tenían un pasable concepto de su honradez y actividad. ¿Cómo pudieron surgir entonces

en su espíritu aquellos extraños «Recuerdos de ultratumba de Xarcas Silentiarius», á los que, hasta entonces, tan poca atención había yo prestado, distraído por otras preocupaciones de nuestra rápida vida de principio de siglo?

Poco á poco, y sin que yo mismo le diera importancia, el recuerdo de aquel manuscrito me fué trabajando la imaginación, asociado á vagas y raras ideas de metempsicosis y de herencia psíquica... En estas circunstancias cayeron en mis manos, entre otros libros, ciertos estudios y comentarios sobre el «Ramayana» y el «Malhabarata». Por otra parte, nunca he olvidado por completo á algunos psico-fisiólogos, como Ribot y Wund, que conozco por haber enseñado psicología, en mis mocedades, en un colegio de mala muerte... ¿Podría ser éste, mi Xarcas, por ventura, un caso de metempsicosis? ¿Ó quizás un ejemplo anormalísimo de «herencia psicológica»?

Porque sabed que, aunque procurador,

no soy del todo ignorante, tengo temperamento de estudioso. He leído mucho; á veces hago hasta «expresiones de agravios» (y algunas bien difíciles y extensas), ó corrijo los escritos de ciertos abogadillos cuyos nombres debo callar aquí... En mi juventud, planeé un poema épico más largo, más hermoso y más completo que el «Diablo Mundo» de Espronceda. Pero, temiendo luego ser incapaz de volar tan alto, heme cortado de raíz las alas del Ideal, y no soy nada más que un buen hombre. La única obra literaria que publicaré es la presente; si tiene ciertas intuiciones de estilo, es porque me embarga una intensa emoción... Y porque, como os he dicho, lejos de ser ignorante, soy, aunque modesto, bastante instruído; y tanto, que se me ha llamado «el fénix de los procuradores».

Acostumbrado á buscar una explicación jurídica ó *científica* de los fenómenos

que observo, deseché la hipótesis de la metempsicosis, á pesar de no estar del todo en pugna con mis supersticiones religiosas; y, procurador y todo como soy, me engolfé otra vez en Ribot y compinches. ¿No podría ser *éste* un caso de herencia psíquico-latente, de transmisión de recuerdos concretos por atavismo, á través de miles de años y miles de generaciones?... ¡Ah, qué pobre cosa es el hombre! Y sin embargo, ¡qué cosa tan admirable es el hombre!

Hice traer del campo el mueble en que guardaba el extravagante manuscrito que hasta entonces no había tenido paciencia de descifrar, ocupado en otras ideas, y en parte también por la mala letra de mi hombre, en parte por no ser capaz de traducir los pasajes de su griego... Recogí el legajo; la humedad de la campaña había dejado en él terribles huellas. Empero, lo devoré, con los ojos palpitantes de curiosidad. Se trataba de la historia, toda en fragmentos

sueltos, de un místico greco-egipcio de la Tebaida, que debió vivir en el siglo IV, de la generación subsiguiente á la de Arrio y San Athanasio. Se llamaba Xarcas, y era apodado «el Silenciario» por una penitencia de Silencio que se impuso. Contaba, en tercera persona, como César en el *Bello Gallico,* sus amores, sus ambiciones, algo del Misterio de su Vida... El problema era pavoroso: ¿cómo Bocelli pudo escribir todo aquello, él que nunca escribía? ¿Cómo saber tanto de esas épocas, él que nunca estudió historia y que detestaba toda lectura que no fuera de expedientes ó documentos jurídicos?

Consulté filólogos y exégetas sobre las frases en griego. Eran todas citas de una Biblia que debió ser la que usaba San Juan Crisóstomo, mayormente entresacadas del Evangelio de San Mateo; pero estaban plagadas de modismos hebraicos, y algunos otros de un dialecto extraño, tal vez de los fellahs de aquellos

tiempos, hoy punto menos que ininteligible. Según mis informes, los originales de esa versión griega no han sido encontrados, á pesar de la ansiedad con que los esperan ciertos arqueólogos.

— En algunos momentos se notaban grandes claros, como si la *memoria* hubiera faltado al que escribía...

Perplejo entre un mar de dudas y de hipótesis, heme aquí delante de los «Recuerdos de ultratumba de Xarcas Silentiarius». He buscado, en la idea de que Xarcas pueda ser un santo del catolicismo, rastros de su Vida en todas las fuentes del Año Cristiano, sin hallar ni el más vago indicio. He comprobado los hechos históricos esbozados, y los he hallado de una relativa verdad. He pensado en publicar el relato bajo mi nombre, para mi exclusiva gloria literaria, lavándolo de los antiguos sentimientos que lo inspiran; pero me ha faltado pluma, imaginación, ¡y hasta aspiracio-

nes! Porque me ha faltado alma; porque no tengo recuerdos para llenar los claros de esos apuntes, ni sinceridad para imitar su estilo. En este estado, lo mejor que se me ocurre hacer, si no quiero desperdiciar el pequeño lapsus de las Parcas, es enviar los recuerdos de Pedro Bocelli (a) Xarcas Silenciario, á algún hombre de pensamiento más vigoroso é ilustrado que el mío, para que intente coordinarlos, ó bien á algún diario ó revista de importancia, para que los lance á la curiosidad de sus lectores... Pero no. Mejor es que yo mismo ensaye la aventura. El triunfo es de la inocencia; escúdeme mi falta absoluta de pretensiones de historiógrafo ó estilista. ¡Voy á desafiar la Venganza de los Maestros de la Vida!... Ahí van, pues, los «Recuerdos de ultratumba de Xarcas Silentiarius», tales cuales me fueron entregados. Retocarlos sería sacrílego. He suprimido las citas griegas, por su obscuridad y sus inauditas incorrecciones,

á juicio de peritos consultados; á su tiempo las entregaré al estudio de los más grandes filólogos europeos...

Á propósito de filología, la filología, por asociación de ideas, me trae á la mente á los filólogos; los filólogos, á los humanistas; los humanistas, á mi primo, un primo extranjero que tengo, el profesor Lebois, de Bruselas, y éste, á la última conversación que con él tuve hace muchos años, en el viaje que hice de soltero por Europa, á recoger cierta herencia de una tía (mi madre Carlota Lebois es flamenca). Esa conversación no es del todo extraña al asunto de este «estudio psicológico». (No sé por qué no lo he de llamar así, si eso es lo que es, un «estudio psicológico», á pesar de toda mi ignorancia y mi incurable burguesía)... Habíamos comido juntos; el humanista me acompañaba al hotel, por no conocer yo el camino. Era una espléndida noche de invierno; una luna

pálida iluminaba una pálida ciudad envuelta en nieve.

— Cuán extraña es, — me decía Lebois, en un castellano cervantesco de exótico hispanófilo, y á manera de expansión soñadora, — la emoción que siento cuando cualquier poesía ó descripción me *recuerda* la ruda lucha de mis antepasados prehistóricos. Se diría que son reminiscencias de los años de mi propia infancia. Veo, sí, ¡veo! la empalizada que defiende la salida de *mi* caverna, del hombre, de los osos, de las hienas... Vuelvo de mi correría diaria al anochecer, con mi presa, un antílope, sobre mis cansados hombros... En el ocaso, un incendio de sangre... Siento la prole que gime en el interior; en el exterior, los lobos sitian y aúllan... Los pongo en fuga con mi maza; salto la empalizada; hallo *mi* prole sola en las sombras... ¡La hembra me fué robada por un bárbaro de los clanes del Mediodía!

El Profesor hablaba como consigo mismo; sin embargo, se interrumpió admirado cuando mi insignificante personilla le preguntó con voz vibrante:

— ¿No serán sus propios *recuerdos* de casta lo que usted adora en los «Eddas» y en Ossian? ¿No habrá *recuerdos de raza?...*

Y ahora, si habéis leído mi literatura de procurador aventajado, escuchad, escuchad mi filosofía, y decidme si no os sorprende...

Las acciones humanas suelen obedecer á impulsos misteriosos de regiones inconscientes del espíritu, ó mejor dicho, de facultades del espíritu que escapan á la conciencia del yo. El *cogito, ergo sum* de Descartes, es insuficiente. Pienso que hay en la naturaleza del hombre una parte inconsciente, que no es sentimiento ni pensamiento, sino acaso presentimiento y prepensamiento, más poderosa que la conciencia misma y que es

lo mejor del ser. *To be or not to be:* cuando se piensa se duda; pero cuando se prepiensa (permítaseme la expresión), entonces no se duda. Las facultades que llamaré hiperconscientes del alma ó del cuerpo, como se quiera, resultan, pues, una prueba más categórica de nuestra mísera existencia...

Estas reflexiones me han sido sugeridas por una visita que he realizado, sonámbulamente, al sanatorio en que se hospeda *mi* Pedro Bocelli. Yo mismo no sé lo que iba á buscar en *mi* sujeto, mudo *ab-eternam*.

Me encontré con un médico alienista, el doctor Kamus, á cuya custodia fué confiado por su familia, quien me lo exhibió, no como un animal raro, sino como á una de tantas vulgaridades patológicas. Ahí estaba el pobre demente, en la obstinación de su mutismo, sentado, la mirada vaga, como fija en lo insondable del Infinito.

Le hablé, le golpeé amistosamente

el hombro, sin lograr distraerlo de su distracción en lo Absoluto...

— ¿Y nunca ha hablado? ¿Nada ha dicho desde que está aquí? — pregunté al médico.

— Hace tres años que no habla, sumido en la demencia de su Melancolía. Parece una momia egipcia.

— ¡Una momia egipcia! ¡una momia egipcia!... — me dije. — ¿Porqué no un místico hindou, en la Meditación del Renunciamiento?

Alzóse el médico de hombros, y añadió en voz de confidencia, distraído, contestando inconscientemente á mi pensamiento íntimo más bien que á mis palabras:

— No creo en la Meditación del Renunciamiento... No creo en toda esa profunda barbarie de los hindous... No creo en la metempsicosis... No creo en el alma; y esto es todo... ¡No creo en el alma, no, no creo!... ¡No creo en esas invenciones primitivas del pobre or-

gullo humano, oruga que se sueña mariposa!...

Casi como en secreto, como si me avergonzara de mis propias palabras, titubeando y fijando en los ojos del médico una mirada ansiosa, le dije:

— ¿Pero usted creerá en la Herencia?

El alienista me miró sorprendido y lanzó una carcajada tan aguda que me hirió como un puñal:

— ¿Cómo no voy á creer en la Herencia, amigo mío, cómo no creer? ¿No sabe usted qué hipoteca tengo en la sangre de mis venas? ¡La Herencia! ¡Si la Herencia es la Vida! ¡La Herencia es el Alma, es la Conciencia, es la Moral, es el Derecho, es la Religión... es la Verdad Eterna!

— Pero el Atavismo...

— El Atavismo es una forma de esa Herencia psico-fisiológica que no es Nada y lo es Todo.

— ¡No es Nada y lo es Todo! — repetí como un eco.

— ¡No es Nada, porque no obedece á reglas fijas; lo es Todo, porque lo es Todo, en sus caprichos y sus irregularidades, en su razón de lo Absoluto!

— ¿Y qué tiene que ver la Herencia con nuestro pobre demente? En su familia, creo, todos han sido equilibrados, buenos, sanos...

— ¿Quién sabe? Acaso el Atavismo...

Nos callamos, preocupados ambos: yo pensaba en la transmisión posible de una Memoria concreta de los hechos á través de las generaciones; el doctor Kamus, en un horrible legado de su viciada sangre... Y, después de un silencio, sin transición alguna, como continuando una *conversación mental* entablada, el médico me habló así, con voz lenta, tan monótona que me parecía una melopea:

— ¿Sabe usted de la existencia de los «quistes dermoides»? Es un caso de los más curiosos de la patología. Son unos tumores que salen generalmente en la

ingle del enfermo, se desarrollan, tomando enormes proporciones, y dentro de ellos, al abrirlos, suele hallar el cirujano ¡todo un individuo en forma caótica! Organos incompletos, células y tejidos varios, dientes, uñas, cabellos... El origen se ignora. Puede ser una célula de plasma germinatorio; una especie de gemelo que el individuo llevaba en sí, y que circunstancias patogénicas desconocidas hayan provocado su desarrollo... Es un caso muy raro, y yo sólo he visto dos en mi vida.

Calló, después de tan insólita disertación; y yo me despedí preocupado por una idea singular: esa *memoria de los hechos* transmitida á través de las generaciones, ¿no podría ser una especie de «quiste dermoide» psicológico, transmitido por la Herencia de una en otra generación, de padres á hijos, hasta que, *per accidens,* en un momento dado de la raza, circunstancias patológicas desconocidas,—la locura acaso,—

provocaran su anormal y extraordinario desarrollo?

Pedro Bocelli podía ser un descendiente de Xarcas Silenciario, habido de algún enlace posterior á su vida cenobítica narrada en el manuscrito, cuando marchó, arrepentido de la soledad y hambriento de mundo, á Alejandría...

También la hipótesis de la metempsicosis no dejaba de atormentarme el cerebro. Recordaba sin quererlo las teorías de Hæckel sobre la «psicología de la célula». En la eterna evolución de la materia, ¿no podrían haberse *recompuesto* en los tejidos nerviosos de *mi* sujeto uno ó más atomos de la substància gris de un místico de la Tebaida?...

Y antes de partir, iluminado por una rápida inspiración, interrogué así al médico:

— ¡Recuerde bien, doctor Kamus! ¿No ha dicho el loco ese que hemos visto ni *una* sola palabra desde que está aquí?

— Creo que no... En fin, consultaré el libro que llevo de mis pobres pupilos, — agregó, mirándome de hito en hito, asombrado por la entonación de angustia de mi pregunta, que casi, supongo, le hacía sospechar un nuevo delirante.

— ¡Hombre, sí! — repúsome, con profunda extrañeza. — No lo recordaba. Pero aquí en el libro lo tengo apuntado, como hago siempre con cualquier detalle interesante referente á mis enfermos... Vea usted, el 15 de Diciembre entró aquí ese pobre diablo... Tengo por sistema hacer siempre esta pregunta á todo nuevo pensionista: «¿Quién es usted?» Entonces el hombre se desborda generalmente en su delirio...

Aquí se detuvo el médico, asombrado de la atención febricitante con que le escuchaba, todo ojos, todo oídos. Su pausa me pareció un siglo de cavilosidades...

— *Su* individuo repuso á mi pregunta estas breves palabras... — agregó, interrumpiéndose de pronto con toda mali-

cia. — ¿Y no querría usted tomar una taza de té antes de irse?...

Mi lengua no encontró términos bastante rudos para interpretar mi impaciencia, agotada al paroxismo. Pero una elocuentísima mirada de cólera y un pequeño temblor en mis manos fueron datos suficientes para el ojo experto del alienista, que, conociendo de una rápida ojeada la epilepsia de mi enojo, continuó, marcando sílaba por sílaba:

— Hice la pregunta de costumbre á nuestro hombre, y él me respondió en estas palabras, que serán las últimas que pronunciará en su vida, porque una meningitis en el lóbulo...

— ¡Las palabras!... ¡Sus palabras!... — clamé suplicante, sin poder contenerme, con el corazón en la garganta...

— Fueron éstas: cuando le pregunté quién era, iniciándose en su delirio de melancolía, su hombre me dijo: «*Soy Xarcas á quien llamarán el Silenciario, porque para desagraviar á Dios, Nuestro*

Señor, me impongo penitencia de Silencio.» Y no dijo más, — concluyó el médico, despidiéndose con burlesca sonrisa...

Tal fué, sobre Pedro Bocelli, la Venganza de las Parcas: castigaron su indiscreción con la pena de un Silencio de Muerte, que la ignorancia de los hombres ha llamado Melancolía de la Locura, hasta su vuelta al Valle de Sombras.

Pero todavía hay más. Aun á riesgo de fatigar la ilustrada atención del Juzgado... *pardon!* de mis lectores, no quiero silenciar una extraña coincidencia... Mi prólogo será tan completo como mis mejores alegatos (cuya honra y provecho se llevan generalmente mis abogados). Refiérome á una interesantísima historia, cuyo argumento tiene sus atingancias con mi «tesis» (¡me parece que bien puedo llamar tesis á mi teoría de los «recuerdos de raza!»). Acabo de leerla, y ha dejado tan hondas huellas en

mi espíritu, como si hubiese vivido sus elocuentes páginas... El autor, fantástico, como que es un novelista inglés, nos refiere que ha conocido un tal Charlie Mears, joven londinense de veinte años, empleado de banco, de inteligencia limitada é ilustración nula, que aspira, empero, por una debilidad bien disculpable á su edad, á la gloria inmarcesible de las Musas. Y he aquí que un buen día aquel ente insignificante, aquel gorrioncejo de la City, da algunos aletazos de águila. Animado de un celo singular, pretende bosquejar una obra que ha titulado «Historia de un navío»; y como su pluma de tinterillo de comercio no alcanza á desarrollar la masa de ideas que lo inspira, se las cuenta verbalmente al escritor. Trátase de las extraordinarias aventuras de un galeoto griego, que *recuerda* con tan justos y vigorosos detalles, con tan sorprendente relieve de verdad, — hecho más pasmoso cuanto que el empleadillo nada sabe de

historia y literatura, — que el novelista, boquiabierto, le compra su narración por cinco libras: piensa que al escribirla, escribirá «La historia más hermosa del mundo», nombre que ha dado á su cuento! A tirones, desordenadamente, Charlie le va dando, sin darse cuenta, dato sobre dato, de un combate de galeras; de exploración de continentes desiertos; de los hombres-osos de ciertas islas; de sus horribles capitanes; de antropófagos, de mareas, de naufragios... Pero el escritor se desespera, porque no consigue seguir el hilo invisible de aquellos *recuerdos latentes* de su interlocutor, que, fuegos fatuos, se despiertan aquí y allá para apagarse de nuevo sin dejar rastros... Al fin se encuentra en la calle con Grish Gunder, un joven bengali residente en Londres, á quien cuenta el caso:

— *Jeshak* — le responde éste filosóficamente en hindoustani. — *Lekin darrvasa band hai*. (Sin duda; pero la puerta

está cerrada). Yo he oído hablar entre los míos de esos recuerdos de existencias anteriores. Evidentemente, ello es para nosotros historia antigua; pero que eso ocurra á un inglés, á un *Mlech* alimentado de vaca, un descastado, por Júpiter, nada habría de más curioso!

Grish Gunder desconfía. Las Parcas saben guardar bien el secreto de las vidas anteriores. No puedo creer que la Esfinge revele su Enigma. Sin embargo, si ello ocurriese, si las Parcas permitiesen al novelista asomar la punta de su nariz por una rendija de la puerta mal cerrada de sus hipóstilas, que ¡guarde su cabeza de la divina Venganza! Además, si ese Charlie Mears *recuerda algo todavía*, esto será solamente hasta que ame: el amor, más aún que la alimentación impura de los ingleses, lo volverá tan opaco cuanto puede serlo cualquiera otro empleadillo de banco...

Así fué: nuestro buen Charlie Mears se enamora de una clorótica *young lady*,

y hace su confidente al novelista. Cuando éste, acabada su paciencia, le interrumpe para recordarle *su* galeoto, aquél contesta con extrañeza:

—¿Qué galeoto?... ¡Un galeoto!... ¡Ah! ya sé, señor, dice usted eso para burlarse de mí: no se burle porque mi pasión es seria! ¡Oh, es muy seria!

Los que se burlaron del pobre autor, á pesar de todo su genio, para vergüenza de la literatura y de la ciencia humanas, fueron, como se lo había pronosticado el hindu Grish Gunder, los Maestros de la Vida. La Muerte guardaba de nuevo su eterno Silencio.

Confieso que la semejanza de ese cuentito á mi idea, ha halagado mi vanidad literaria, haciéndola renacer de sus cenizas, pues el autor es nada menos que Kipling. Ya que coincido con él, como un hermano, pienso que, tal vez, si hubiese cultivado mejor mis naturales disposiciones, habría yo también llegado

á la cumbre del Parnaso. ¡Pero me casé tan joven y tan pobre, en un país en que el aire da hijos, pero las letras no dan dinero! Tuve que trabajar tanto en las embrutecedoras tareas del foro, para mantener á mi Cirila y á los numerosos pequeñuelos que me iban llegando, uno á uno! ¿Cómo hacerme tiempo para adiestrarme en el difícil arte de escribir, con cuyas glorias soñara en mi lejana adolescencia?... Felizmente, las ilusiones que yo, el viejo Juan, he perdido, me renacen, más vigorosas aún, para mi Juancito, como esos tiernísimos brotes que revientan, al beso de la primavera, en los añosos troncos carcomidos. Es que su maestro me hace grandes elogios de sus composiciones, especialmente á fin de mes, cuando viene á pasarme su cuenta, llena de clases «extras» y de «útiles» facilitados al alumno. Con todo, no me engaño mucho, pues en mis momentos lúcidos pienso que las ilusiones son una función orgánica de toda alma

humana, hasta de la de los procuradores, así como lo es, del estómago, la de digerir los alimentos... Y tan es así, que, respecto á Juancito, Cirila es aún más ambiciosa que yo.

Pero veo que me aparto un poco del caso *sub-judice,* sin hacer notar, — perdonen mi curial petulancia, — que voy *más allá* que el novelista de Charlie Mears: planteo mi doctrina, no como una fantasía literaria, sino como una *posible* hipótesis científica. ¡Nada menos! ¿Porqué no? Nada más verdadero que lo inverosímil; bien lo sé yo, que tantas veces he probado, con testigos, cosas (favorables á mi causa, se entiende) que ni el mismo defendido sospechaba... Si mi hipótesis colase, no sería esta la primera vez que el vate se adelanta á la realidad, como Séneca, que en «Medea» pronostica que se descubrirán nuevos continentes más allá de las columnas de Hércules... Lo malo será que,

cuando nazca mi Colón, estarán mis huesos procuratorios pulverizados por el olvido. ¡Nueva injusticia de la Fama, deidad falsa y veleidosa si las hubo!

Mis propios contemporáneos me negarán, me despreciarán... La pequeñez humana niega, desprecia y exorciza lo Desconocido, pues nada es más grande que lo Desconocido. Sabemos que lo que sabemos es mucho, porque ignoramos cuánto es lo muchísimo que ignoramos.

Cada vez que las Musas se adelantan á las Ciencias, mófanse las Ciencias de las Musas. ¿No son, empero, las Musas, el arcángel Gabriel de la Ciencia? *Ave Maris Stella!*

La síntesis llega á la cumbre de la Verdad antes que el análisis; la una es águila, reptil el otro. Desembaracémonos un momento de la *crux ingeniorum* que aplasta al reptil, para intentar el vuelo triunfante de las águilas. Olvidemos al enano que se ríe en la montaña,

ya que él á su vez olvida que su montaña, cuando pare con horribles convulsiones, bien pobre cosa pare. ¡Ah! si la Virtud de Prometeo ilumina nuestras frentes, la derrota de Icaro no puede hacer sombra en nuestras nucas...

En fin, para terminar, declaro que sólo un bien humano deseo de favorecer á la ciencia del futuro (¡hum! ¿quién sabe?) me impulsa á publicar los «Recuerdos de ultratumba de Xarcas Silentiarius». Y declaro también que, aunque no cumplo siempre mis deberes religiosos, soy católico y honesto padre de familia. Protesto, pues, contra todo lo que pueda haber en este libro de equívoco para nuestras creencias cristianas, salvadoras de la moral y la civilización. Doctores tiene la Santa Madre Iglesia que, sin necesitar de mis borradores, como cierto letrado del estudio á que estoy adscripto, sabrán refutar lo que debe refutarse.

Y en cuanto á las Parcas de la Vida, espero que ya darán por suficientemente purgado el delito de esta indiscreción, por la terrible pena que sufre, en el Hospicio de Alienados, su autor original. Mi esposa Cirila, amante como siempre, para salvar mi cabeza de esa posible Venganza, ha hecho una devota promesa.

I

LOS ARRIANOS

Pasaron ya los tiempos en que se desencadenaban, contra las legiones de Elegidos, tormentas de sangre: si invadían los Bárbaros, si se desbordaba el Tíber, si se sentían pestes, hambres, guerras... Porque entonces, entonces los pueblos todos del Imperio clamaban inflados de terror: «¡Por Júpiter! ¡Aplaquemos á los dioses! ¡Los cristianos á los leones!» Ahora, si la tierra tragase á Durazo, Berito, Nicomedia y otras cincuenta ciudades del Ponto y de la Macedonia, el mundo entero gritaría:

«¡Oremos! Aplaquemos al Dios de los cristianos.»

Pero el Dios de los cristianos llora aún. Tiene sed de Amor, y los hombres le presentan el vinagre del odio; nuevos judíos, le clavan al costado sus lanzas; y el poder civil, sempiterno Pontius, se lava las manos en sangre de mártires.

Por todo el vasto jardín de Dios, conquistado al Paganismo por santos apóstoles, extiéndese y culmina la vegetación asfixiante de Arrio. En Syria, Egipto, Grecia, Illiria, la Tracia y aun las Gallias, sus raíces-serpientes y su hojarasca-sofismas ahogan á las viñas del Señor.

El aquelarre antioqueño del año 339 de Nuestro Señor, que tal fué aquel pretendido Concilio, ha elegido á Gregorio de Capadocia patriarca de Alejandría; y este falso patriarca, cometa rojo que arrastra en pos de sí los cataclismos, confederado á Eutoquio, obispo mentido de Eleuterópolis, Acasio y otros here-

siarcas arrianos, ha entrado en su pretensa sede á sangre y fuego. No han sido parte á detenerle la entereza de Epiphanio, la austeridad de Antonio, la dulzura de Pacomio el abad, la lengua de fuego de Athanasio; y ni las podaderas de diamante de tantos otros virtuosos varones, ni las lágrimas de las hembras iluminadas, ni las maldiciones de fieles valetudinarios, han podido cortar tan lozana como nociva florescencia de Pecado. Constancio, nunca bastante execrable «imperator», los apadrina, del Oriente al Occidente; sus inmensas alas de vampiro cubren el cielo de sombras, extendidas desde las montañas de Syria hasta los mares de Hispania. Pero los rayos del Sol atravesarán su corazón sobre la piedra de San Pedro, para iluminar de nuevo el espectáculo sublime de un mundo arrodillado ante su Dios.

Fué en visperas del primer Domingo de Pascua cuando Gregorio y sus cohor-

tes forzaron las puertas de Alejandría. Hasta el siguiente sol, permanecerían abiertos los nueve templos y expuesto el Sagrario en los altares. Pero era en la iglesia metropolitana donde se habían congregado casi todos los fieles, á pernoctar en oraciones, preparándose á recibir, en la próxima madrugada, bajo la forma del santo Sacramento de la Comunión instituído por Cristo Nuestro Señor, la divina Gracia.

En la inmensa nave á obscuras, zumbaban millares de abejas cristianas, elaborando la rica miel dorada de su Salvación. El lento y gangoso fraseo de sus oraciones era como un rezongo del Infinito.

Sobre el único altar, abría sus brazos en una Cruz gigantesca, toscamente esculpida en pino pintado, la imagen del Redentor. Sobre su corona de espinas se leía, en hebreo, su vieja leyenda; y á sus pies, en un tablón blanco, escrito en griego de propia mano del obispo Atha-

nasio con bien visibles letras, la siguiente advertencia:

«*Este es Dios-Hijo, que bajó á la tierra á redimir al hombre; es una persona de la Santa Trinidad, pues Dios es tres personas distintas y un solo Dios verdadero; es consubstancial con el Padre y el Espíritu Santo, y no ha sido engendrado en el tiempo; porque Dios es uno y trino, desde el principio y hasta el fin de los siglos.*»

Con estas categóricas declaraciones del altar, el valiente Athanasio mantenía á su rebaño incontaminado de las herejías de la Inconsubstanciación, y desafiaba hasta las póstumas iras de Arrio, el monstruo. Hasta los niños sin uso de razón de su iglesia, sabían de memoria esas santas palabras, que eran la llave de la Verdad en el dédalo de las Imposturas del siglo.

A ambos lado del ara, sobre dos viejas piras de bronce traídas de las tumbas de las momias, con llamas azuladas y temblorosas como almas y espirales de hu-

mo blanco y perfumado como las oraciones, quemaban incienso y mirra los diáconos Eustaquio y Dioclecio.

De rodillas sobre las gradas del altar, prosternándose á veces hasta besar el suelo, Athanasio oraba. La lumbre de las piras, que iluminaba al Cristo dejando en tinieblas el templo, sacaba también raros fulgores blancos y anaranjados de los zafiros, las esmeraldas, las perlas y los diamantes que constelaban su majestuosa mitra de plata. Vestía amplia túnica de lino blanquísimo, bajo su sobrepelliz de púrpura floreada de lotos bordados con oro, piadoso trabajo de algunas feligreses.

La horda entró sin anunciarse sobre las cabezas bajas de los penitentes arrodillados en la iglesia metropolitana. Eran millares, encabezados por Siriano, hombre de baja ralea y pasiones de demonio. Nadie se movió, nadie protestó de los golpes y de la carnicería, que su Fe conceptuaba, más que venganza,

favor del Cielo. Athanasio, como si nada viera, se irguió, tomó su báculo de madera, bendijo á sus fieles; y para infundirles ánimo, sin que ningún músculo de su cara se contrajera, á paso majestuosísimo, tomó asiento en la cátedra.

— Leed en el Libro de los Psalmos — dijo á un diácono.

Y la beatitud de su voz presentaba extraño contraste con las trémulas inflexiones del sacerdote, que abriendo el libro al acaso:

— «La misericordia de Dios, — leyó, — es grande en los siglos...»

Adelantóse Siriano, desnuda la lanza; arrebató al diácono el Libro de los Psalmos y lo arrojó con ira; arrancó el letrero que estaba á los pies del Cristo y lo pisó, dando así comienzo á los infames atropellos.

— ¡Ya veréis, huestes malditas — vociferaba, — el castigo de vuestras mentiras!

Desde su cátedra, pálido de vergüen-

za, pero con palabra tan firme que retumbó como un llamado de arcángel en las bóvedas del templo, exclamó el obispo á sus fieles:

— ¡Quiero mejor correr yo el peligro que ver maltratado á ninguno de vosotros!

Pero nadie se movió, hambrientos todos de martirio. Entonces Athanasio, cumpliendo una inspiración divina, seguido de los dos diáconos, atravesó pausadamente el tumulto, que se abrió por el medio para dejarlos pasar, como las aguas del Mar Rojo cuando los Israelitas volvían á la tierra de Canaán guiados por Moisés. Y comprendiendo por Revelación que aquel era un instante crítico en que debía eclipsarse para mejor defender después la causa de Cristo, fué á ocultarse en las ruinas de las antiguas ciudades del Mediodía. Así abandonó su sede, por inspiración divina, el obispo Athanasio, sin gustar las delicias del martirio que se le brindaba.

Porque la principesca púrpura episcopal sombreada de violetas, flor de modestia, impone también sus sacrificios.

Partido el obispo, quedó levantado el dique que al torrente contenía: noche de angustia, ríos de sangre y océanos de iniquidad anegaron en esa triste hora á Alejandría, perla profanada del Mediterráneo. Satánicas legiones de secuaces del falso patriarca capadocino, ensordecían la villa con prolongado clamor de trueno. Y saqueaban los templos; ultrajaban las vírgenes; flagelaban, con garfios y escorpiones de acero, la carne de los fieles. Mujeres arrianas, ostentando las palpitaciones de sus cuerpos, apresaban los sacerdotes con brazos de pulpos, y les escupían, para enardecerlos, la palabra «¡eunucos!» con risas insultantes como látigos. Allá, una doncella, que se lanzaba de la azotea de su casa, partíase el cráneo contra las piedras de la calle por huir los abrazos de

la soldadesca; aquí, agonizaba un presbítero, colgado en una horca por negarse á profanar la Hostia; más lejos, una madre joven pedía á gritos la muerte, como supremo favor, ultrajada en presencia de sus propios hijos, que yacían á su alrededor, mutilados; más lejos aún, levantadas como pendones en sus maderos por multitudes ebrias que cantaban, resaltaba en la sombra la blancura de cientos de vírgenes desnudas y crucificadas en el Símbolo del Esposo que su castidad eligiera...

¡Oh, cuán pálidos resultan los tintes de la expresión humana para pintar el cuadro de horror que iluminó aquel plenilunio de sangre! ¡Oh infaustísimos tiempos aquellos en que el emperador Constancio desoía al concilio de Nicea para dar pábulo á espantables sofismas de heresiarcas sin conciencia, si por ventura pudiera haber conciencia en heresiarcas! ¡Sea anatema sobre su memoria! Sea el olvido sobre sus teorías! Sea la execración eterna sobre sus intenciones!

El conciliábulo que las turbas arrianas habían convocado en Antioquía en el año 341 de la era gloriosa de Nuestro Señor Jesucristo, triunfaba aquella noche infanda sobre Alejandría, la ciudad perla. Pues la sabiduría de Dios permite á veces á Luzbel una victoria pasajera, para hacer resplandecer mejor más tarde, después de las sombras del eclipse, la viva luz de su Iglesia.

Y ayes, y amenazas, y plegarias, y blasfemias, y bendiciones, y maldiciones, y campanas tocando á muerto y á rebato, y quejidos de angustia, y sollozos de niños, y femeninos suspiros, y carcajadas de triunfo, y conjuros, y llamamientos supremos á la piedad humana, y supremos llamamientos á la piedad divina, y golpes de maza, y de espada, y de piedra, y cánticos del Evangelio, y alaridos de terror y de súplica y de santo desafío al martirio, y danzas de beodos de sangre bebida en cálices, y azotes de látigos de cuchillos,

y choques de cuerpos que caen, y de cráneos que ruedan, y de gritos de partos prematuros provocados por golpes en el vientre, y crujidos de huesos que se despedazan en un cuerpo vivo, y rugidos y ronquidos de muerte: todo vibraba entonces en las tinieblas de Alejandría.

Saqueados los templos, profanadas las hostias, martirizadas las vírgenes, vibrantes los invasores en sus victorias de tan cortas horas, al llegar la medianoche, bajo el sangriento plenilunio y á la luz de las antorchas, en el atrio de la iglesia metropolitana, convocó Gregorio un congreso de los suyos, al son de trompetas que inundaron toda la ciudad con el estruendo de sus notas. Los mares mismos repitieron, estremecidos, sus ecos. Aquello parecía, en vísperas del primer Domingo de Pascua, un verdadero Sabbath. Un solo decreto se proclamó en la algarabía de aquel Sabbath: la deposición de los nueve presbíteros de Alejandría. Gregorio puso al instante en

su lugar, jóvenes fastuosos y disolutos. Los templos convirtiéronse en piaras.

Se contaba con la impunidad. El emperador Constancio, celoso de la influencia del santo obispo Athanasio, los toleraría... ¿No había permitido y aun coadyuvado ayer á la deposición de Milecio, el no menos santo patriarca de Antioquía? Los resplandores de la visión del Apocalipsis se extinguirán; las águilas de Patmos no verían ya sino tinieblas en los cuatro puntos del horizonte; el Asia entera, el Africa y la Europa parecían envueltas en mortajas de Sombra. Sólo parpadeaba en la noche total, la lumbre siniestra de dos ojos: Arrio, el espectro, acechaba.

Nombrados y consagrados en una ceremonia tan breve como ridícula los nuevos presbíteros arrianos; enardecidos los herejes en sus propios hechos y en la audacia de arcángel rebelado del capadocino, fueron subiendo de punto la

animación de sus orgías en los peristilos de los nueve templos de Alejandría.

En ninguna parte era mayor el infernal tropel que en el amplio atrio de la iglesia metropolitana. Allí las danzas más obscenas, los cánticos más soeces, las profanaciones más crueles. Cientos de esclavos, de libertos, de hetarias, de marineros, de abysinios, griegos, latinos, illirios, galos y otros, sin más idea que la de divertirse y dar satisfacción á sus voluptuosidades de bestias, aumentaban la confusión vergonzante de bailes que eran ritos y de ritos que eran bailes, como en los tiempos álgidos del crapuloso Paganismo.

De pronto se interrumpieron las libaciones, los gritos y la música de flautas y cimbales. Se oyó en una desierta y obscura callejuela, el crótalo sonoro de una theoría que se acercaba lentamente. Poco á poco fué emergiendo de las sombras. Y rodeada de esclavas que le espantaban los insectos con pantallas de

cola de pavo real en largos mangos de bambú; sobre un lecho de marfil sin cortinajes, alzado por encima de todas las cabezas, en los hombros de seis gigantescos etíopes, á manera de trono ó de litera antigua, cubierto todo, colchones y cojines, por un riquísimo tapiz de Persia, negrísimo y constelado, aquí y allá, de argentinas estrellas; bajo la masa de ébano de sus cabellos recogidos en la nuca, y envuelta la blancura de sus formas de diosa en diáfanas gasas rayadas de hilos de plata, como esa niebla luciente que viste el alba la desnudez de algún astro, — apareció Kleía, la más bella, la más rica y la más audaz cortesana de Alejandría. Ella también venía de este modo, ostentando su impudicia, á vengarse de los cristianos de Athanasio, á quienes devolvía odio por odio, desprecio por desprecio. ¿No la obligaban á que no saliera á la calle sino vestida como una vieja esclava? No la insultaban los presbíteros desde el púlpito?

No la esquivaban como á un animal inmundo, á ella, Kleía, la audaz, la rica, la bella cortesana? Ella había oído también el ruido del triunfo; ella sabía que Athanasio había sido desposeído y arrojado, y venía á su vez á aumentar el general regocijo por la derrota de un común enemigo: ¡era la hora de su revancha! ¿Qué le importaba quiénes eran los vencedores? Venía á congratularlos por su victoria, y no deseaba indagar por qué habían vencido, cuál era su causa. Los mojigatos, los ayunadores, las fieras de hipocresía, los leones de virtud estaban derrotados: ¡aleluya!

Fué tal la admiración que causó su presencia, que todas las gargantas se secaron y todos los ojos brillaron como ascuas, fijos en sus blancuras. Nadie pensó en protestar contra su desnudez, que en otras ocasiones les hubiera horrorizado, á ellos, que también se llamaban cristianos, y que usaban, á veces, burdos sayales de lana.

Este silencio general cortó un poco á la cortesana que, entre sonriente y turbada, se volvió hacia Hipólito, Demetrios, Alcides y otros jóvenes aristócratas que la seguían en grupo, burlándose de su absurda y casi anacrónica exhibición de boato y voluptuosidad. Estaban en su casa cenando, cuando Kleía les comunicó, al saber las nuevas de la ciudad, su proyecto. Al principio, no lo tomaron en serio, y alguno, por broma, le apostó diez mil sextercios á que no llegaba á realizarlo... Luego trataron de disuadirla; pero nada pudo contra su odio á los cristianos.

— Ahora me vengaré de la estupidez de esa canalla de Athanasio, — les dijo. — Quien me quiere, que me siga.

Y así lo hizo.

En la estupefacción general, Clímaco, uno de los falsos presbíteros interinos recientemente improvisados, se le acercó, y dióle la mano para que descendiera del lecho ó trono ambulatorio.

—Dime, bella cristiana, —le preguntó con gravedad, disimulando la lumbre de sus ojos; —¿crees tú que Dios-Padre ha sido anterior á Dios-Hijo?

Kleía le miró atónita.

—¿Crees que el Hijo fué engendrado, ó es consubstancial con el Padre?

Nuevo silencio.

—¿El Espíritu Santo, fué simbolizado en un animal verdadero ó ideal? ¿Será consubstancial con el Padre?

La cortesana no contestó tampoco; pero la mirada picaresca de sus ojos velados, y el temblor de las cuentas del collar de piedras ovales de lapislázuli que hacía resaltar la matidez de sus senos, tembló, como contagiado de la hilaridad que hervía en su pecho... Por toda respuesta besó á Clímaco en la boca, con su risa de cristal, que estalló al choque del beso.

Luego, al sentir no sé qué vago hálito de fuego, qué sordo rugido que salía de

todos los pechos, tuvo miedo y frío. Buscó con la vista á sus amigos los jóvenes aristócratas, y no los vió, porque se habían confundido con la plebe, avergonzados.

—¡Por Venus!—se dijo.—No, no me atrevo á provocar así tantos hombres... ¡Qué loca he sido!

En efecto, un deseo intenso brotaba de las carnes; el arrepentimiento de su imprudencia era tardío... Y Kleía, que al fin era mujer, se asustó. Un amor brutal de turba le amenazaba por todas partes. Podía serle fatal su terrible provocación á tantos ebrios. Y, entonces, de una concepción rápida como todas las suyas, comprendiendo el peligro de su situación, se abalanzó sobre una de sus esclavas, Gemmah, una virgen días antes adquirida para ella en los mercados de Jerusalén, le arrancó su vestido pardo de lana, se envolvió con él, disimulando sus formas, dijo algo al oído de Phrasio, otro de los nuevos pseudo-

presbíteros, y se lanzó en sus brazos á la danza, disfrazada así, al son de la música que se iniciaba, sin mirar siquiera á la pobre joven que dejaba desnuda, toda friolenta, á merced de la intemperie y de los hombres...

La algarabía continuó con mayor desenfreno, animada con la presencia de Kleía y sus amigos. Sólo un joven alejandrino, Xarcas, amigo de la cortesana, á un lado, permanecía silencioso, sin levantar la vista de Gemmah, la esclava casi impúber recientemente adquirida para la cortesana en los mercados de Jerusalén, que trataba de ocultar sus gracias, enrojecida de rubor la frente... En esto, apercíbela Clímaco y la invita al libertinaje... Ella se niega... Hipólito aparece, y, por compasión, intenta apartarla... Pero Clímaco se lanza sobre la virgen á viva fuerza... Y Xarcas, que contempla el atentado, adelántase á su vez á defenderla, blandiendo una jabalina, tomada al azar de manos

de un arriano... La refriega se entabla. Demetrio, Hipólito y otros amigos de Xarcas, prohiben á Clímaco y los suyos la posesión de Gemmah... Varios caen heridos; el tumulto crece; por todas partes se levantan rugidos de amenaza... Y Xarcas y los suyos arrastran á Gemmah de los cabellos, para mejor defenderla, hasta el templo; cierran el pórtico, y esperan, palpitantes de la angustia de su irreflexiva audacia, que debe costarles la vida... El clamoreo crece como una tromba devastadora que se acerca; retumba uno y otro y otro golpe de maza dado al pórtico que resiste... que cruje... que cede! Altas las antorchas, la grey entra otra vez al templo profanado... Cuando de pronto extiende su largo brazo, desde el altar, un alto y pálido anciano: y habla. Un resplandor extraño ilumina su perfil de águila, sus ojos de fuego, su tosco sayal. Es Antonio el ermitaño. La turba se detiene.

Porque al anochecer de aquel día sacrílego, el bienaventurado Antonio, en su retiro de la Tebaida, fué iluminado por el Espíritu Santo. Dormía el sueño de los justos, rendido por la vigilia, el ayuno y la fatiga, cuando se le apareció un ángel, que posó sus plantas en la cumbre más elevada de los Montes Líbicos, y cuya cabeza tocaba en el zenit. En su diestra, una espada de diamante; en su frente, una sombra de tristeza; en sus ojos, rayos de ira. Y le dijo:

— Antonio, eres el elegido de Dios para predicar su religión en Alejandría, en ausencia de Athanasio.

Y Antonio le respondió:

— Mi palabra es débil, Señor; los gentiles, los herejes y los filósofos se reirán de las torpezas de mi lengua.

Y el Angel, con la punta de su espada, arrancó una estrella del Cielo, que era como un ascua, y unció con ella los labios del ermitaño.

— El Verbo, — le dijo, — hablará por tu boca. Vé al antro de Alejandría, y habla en nombre de Dios. Dios es quien te transmite esta orden por mí, que soy su arcángel Miguel. La paz sea contigo.

Dijo, y Antonio despertó.

— Así sea, — añadió Antonio; tomó su cayado de peregrino y partió para Alejandría, que era ya, en aquella hora, como un antro en el Valle de Sombras.

Había caminado unas cuantas millas por senderos de piedras y de zarzas, y se sintió con los pies destrozados y todos los miembros doloridos. No pudiendo dar un paso más, se arrodilló á orar en el desierto... Cuando se puso de pie, después de una oración que su mente no pudo nunca conocer si había sido breve ó larga, estaba en el altar abandonado de Athanasio. No había oído el estruendo de la orgía que se desarrollaba en el peristilo; ni las imprecaciones de Demetrios; ni los rugidos de Clímaco; pero

la voz, la dulce voz de Gemmah, cuando desfallecían Xarcas y sus amigos, le hirió los tímpanos como un llamado del Cielo. Aquel fué el momento en que, silencioso como un largo fantasma, se puso de pie y extendió hacia los combatientes su mano descarnada. Su obscuro ropaje, su tez curtida, su negra cabellera, todo se confundía en las sombras; sólo su mano trémula, y sus ojos iluminados de un resplandor divino, como dos luces negras, hacían pesar en los ánimos la ascendencia de Asceta. Su barba, de la blancura de un ala de cisne, le caía hasta el cilicio de su cintura macerada. ¡Y habló! Su voz, diríase el rugido del mar, porque aunque nadie oyó nunca sus palabras, como de un dialecto desconocido, todos le comprendieron aterrorizados. Xarcas, conmovido, le besó la mano extendida, diciéndole:

— Gracias, padre mío.

Y tomando á Gemmah, que estaba

desmayada, por la cintura, huyó, mientras hablaba Antonio, con su tesoro, en el sigilo de un centauro que se aleja entre las sombras con una ninfa robada sobre el anca.

II

XARCAS

Entre la juventud aristócrata de Alejandría, se destacaba Xarcas Milcíades, rico joven perteneciente, por su padre, á una familia histórica de Athenas, ciudad que sus habitantes simbolizaron en una doncella coronada de violetas. Decíase que la más fragante de esas violetas fué puesta en la frente de la doncella por uno de los ascendientes de Xarcas, el gran Milcíades. Por su madre, entroncaba á la romana familia consular de los Asinio, nobleza, aunque de origen rural, no menos honrosa que la

paterna. En efecto, para recordación de ambas, y por especial encargo de su padre en el lecho de muerte, Xarcas usaba una cabeza de asno coronada de violetas como símbolo de sus lares. La tenía esculpida en el frontispicio de su palacio, en la gema de su anillo y en el camafeo del broche de su túnica franjeada de púrpura.

Bueno, sencillo y generoso, Xarcas era, en suma, uno de los ídolos de su generación; muchos lo amaban, muchos le perdonaban su bondad y su riqueza, pocos lo envidiaban y todos, todos lo respetaban. Huérfano único de padre y madre, poseía una colosal fortuna. Y aunque tuviera la elegancia innata de un Alcibíades, el alma literaria de un Aristóphanes, y un no sé qué de femenino é ingenuo, había en su criterio más seriedad que en las palabras de un filósofo estoico. Es que bajo la insignificante apariencia de un efebo griego, poseía el espíritu de un filósofo cristiano.

Aunque descreído, formado en la escuela de Platón, la lira de su alma era mística y preludiaba, intuitivamente, los himnos de David... Aunque lanzado en las continuas depredaciones de los jóvenes de su siglo, sus sentimientos eran puros. Diríase que su corazón era una ánfora impía de grácil impulso y bajo-relieves de ninfas coronadas de pámpanos, que se levantaba, en el misterio eucarístico de la misa, desbordante de sangre de Cristo. Agasajado del mundo, adulado de las hetarias y bendecido de las musas, llevaba sobre su frente la predestinación de la Gracia. Y no en virtud de largas penitencias y trabajos que lo hubiesen aquilatado como el oro en el crisol de los magos, sino por ingénita virtud. Porque hay bienaventurados que han llegado á serlo por inauditos esfuerzos, y hay bienaventurados que nacen tales, sin trabajo alguno, benditos por el Verbo.

Despreocupado, libre como el aire,

con la hermosa alegría de los buenos, rodeado de halagos y de amigos con quienes disertaba diariamente sobre las virtudes estoicas y las verdades negativas del escepticismo, — á veces aparentemente frívolo, por tradición y no por naturaleza, — tal era Xarcas en la primavera de su vida. Quienes más tarde, en su maturescencia, le conocieron, conocieron otro hombre...

Era una tarde tempestuosa; gruesos nubarrones grises encapotaban el cielo. Aislado en el triclinio, Xarcas devoraba un libro de pergamino: una vieja Biblia, que había llegado por primera vez á sus manos, tan misteriosamente como caen las piedras negras de la luna en las marmitas de los hechiceros.

La entrada de una anciana liberta interrumpió su lectura.

— La joven duerme ya más tranquila, — le dijo. — ¿Qué debo hacer, mi amo, cuando despierte?

— Dale libertad para que haga cuanto quiera.

— Y ¿cómo debo llamarla?

— Llámala Gemmah, ¿no se llama Gemmah, acaso?

Y Haydahí, la vieja, se retiró refunfuñando. No le hacía gracia ninguna el nuevo capricho de su joven amo. ¿Para qué servir á una esclava, á una esclava adquirida de la cortesana Kleía, como á una patricia? Ella había visto muchos antojos en su larga experiencia, que los hombres suelen tenerlos bien extraños; pero ninguno tan absurdo como el de tratar con miramientos ¡y con tales miramientos! á una pobre criatura esclava... ¡A ella, hija que fué de reyes, nadie jamás la consideró princesa!... ¡Oh, decadencia de los nuevos tiempos!...

Haydahí no era ya una esclava, sino más bien un miembro adoptado en la familia de Xarcas. Su abuelo la había adquirido, cuando era muy joven, en

los mercados de Chipre, para usos del ginéceo. La pagó muy cara, porque se decía que sangre real alimentaba sus venas, por haber sido engendrada por un rey pastor en el vientre de una reina bárbara. Provenía de la altiplanicie persa, y su verdadero nombre significaba «Estrella-reflejada-en-el-fondo-de-una-cisterna». Las predicciones de un mago de la India, en la época de su nacimiento, fueron causa de que tal nombre recibiera; pero en su idioma era este tan largo y de pronunciación tan difícil, que nunca lo pudieron aprender sus amos, que la llamaron para suavizarle su esclavitud, simplemente, «La-bien-venida». Con el tiempo, estos nombres degeneraron en el gracioso diminutivo de Haydahí.

Un día, en premio de sus servicios, el patrón resolvió adoptarla en sus dioses lares. Tomóla de la mano; la llevó ante el altar donde ardía el fuego sagrado; la bendijo; le volcó el agua lustral sobre

la frente; la abrazó; la inició en los ídolos particulares de su hogar; la presentó ante su familia reunida; le brindó tortas y frutas que todos comieron; la invitó con generoso vino de Corinto en una gran copa de oro en la que cada uno fué bebiendo y libando; y luego oró así ante la pira:

— «¡Oh tú, llama santa, siempre joven, siempre pura, siempre ardiente: en cambio de nuestros cuidados cotidianos, conserva á mis hijos la salud, la riqueza y la inteligencia, manantiales perennes de todos los goces y de todas las virtudes!»

Dijo, presentó la esclava como una segunda madre á su hijo Xarcas, un niño entonces, á quien ésta, pobre mujer estéril, dedicó desde ese momento todas las afecciones que desbordaban de un corazón ávido de ternuras

Desde el instante en que Xarcas oyera las santas razones de Antonio, en el

templo de Athanasio, una profunda duda exacerbó su espíritu. Olvidó todas sus antiguas costumbres; suspendió los paseos; se negó á sus amigos, engolfándose en el estudio de los filósofos y las Santas Escrituras. Así pasó una y dos lunas, retraído, como un asceta. Hasta la súbita simpatía que le despertara Gemmah en aquella noche aciaga, había cambiado de naturaleza y se manifestaba en ese fraternal respeto que tanto indignaba á la anciana Haydahí, como un signo de la decadencia de los tiempos y el afeminamiento de las generaciones.

Extrañado por su ausencia, Hipólito, un primo paterno de su misma edad y con quien le había ligado en la niñez una de esas tiernas amistades que sólo saben sentir los niños, le visitó una tarde, vestido como un príncipe y seguido de dos hercúleos esclavos etíopes. Después de tomar asiento en una sala con vistas al jardín, díjole exabruptamente:

— En verdad, Xarcas, que tu conducta me maravilla. ¿Qué es de aquel alegre carácter que tuviste? ¿Qué de la amistad que me profesaste? ¿Qué de las riquezas que has heredado de tus padres? ¿Qué de tu juventud que pierdes silencioso, encerrado en tu propio pensamiento, como en una cárcel hermética? ¡Piensa que sólo se vive una juventud!

Repúsole Xarcas:

— Mi pobre Hipólito, la juventud del alma es eterna, por la gracia de Dios. Tú eres quien derrochas tu existencia en fútiles cuando no delictuosos placeres. ¿No sabes que el Señor ha de medir algún día tus actos en una balanza la más precisa, y que te ha de pedir cuenta del empleo que hayas dado á tu vida? Suponte que algún genio benéfico te brindara á elegir entre un inmenso palacio repleto de tesoros y de esclavos, y una orgía opípara para todos tus sentidos, pero tan breve como el sueño de una noche, ¿qué elegirías, el placer de la orgía que tan pron-

to pasa, ó el durable palacio redundante de tesoros y de esclavas?

— El palacio... Tus sutilezas...

— ¿Y por qué has elegido la orgía? ¿Y por qué has hecho de tu miserable vida terrenal una perpetua orgía? ¿No piensas en el Más-allá? Me dirás: «el Más-allá no existe, la carne vuelve al polvo de donde nació, y el hombre no es más que carne»... ¡Desgraciado Hipólito! Si arrancas una flor de nenúfar y se la ofreces á tu amada, ¿qué le dirás: «he aquí el verde tallo de una planta», ó «he aquí una hermosísima flor»? ¡El tallo es la carne, la flor es el alma en la entidad que tú, oh miserable filósofo, llamas hombre!... Cuando te presentes al Criador en el día del Juicio Final, ¿qué le dirás: «he aquí un cuerpo que ha engordado en la piara del mundo», ó «he aquí un alma que ha florecido en la plegaria y la castidad»?

Molestado por el giro que la plática había tomado é incapaz de hacerla

variar súbitamente de rumbo, — en vacilación análoga á la de las aspas de un molino de viento que contrarias auras impulsan en sentidos contrarios, — Hipólito calló. Después de un breve silencio que guardara mirando el rico mosaico latino del piso, dijo, casi en broma, casi en serio:

— Me estoy por convencer, yo, empedernido filósofo que llevo en el alma á Sócrates, á Platón, y hasta Séneca. — Y como hablando consigo mismo, añadió: — La verdad es que á los pueblos no les basta el acicate de la filosofía: necesitan el freno de una religión. El Cristianismo es una religión pura y simpática... La prefiero á todas las demás supersticiones, hasta á la del Budismo, que profesaba nuestro antiguo y buen maestro Phoción. ¿Recuerdas á Phoción? ¡Cuánto nos amaba, y cuánta ciencia poseía! Yo lo he llorado algunas veces... Tengo un busto á la cabecera de mi lecho. Él tampoco execraba el Cristianismo... Lo

que le desagradaba es el misterio del Hombre-Dios... Hubiera deseado más un solo Dios-Padre, con un profeta humano por su naturaleza... simplemente humano...

— ¡Tente, tente! — le gritó Xarcas, poniéndose de pie transfigurado, fuera de sí. — ¡Te prefiero estoico, pitagórico, epicúreo, pagano, judío, maniqueo... á secuaz del nunca bastante vilipendiado Arrio!

Lágrimas de indignación brillaban en las pupilas del Cristiano, gotas del sudor de la vergüenza surcaban su frente enrojecida, y su cuerpo temblaba como el plátano del desierto acosado del simún. Es que la clara penetración del joven había comprendido, aun antes del bautismo y de su profesión pública de fe, el verdadero sentido de los Evangelios. Había devorado también, ávido de instruirse en sus largas noches de insomnio, los veinticinco libros de Orígenes; y su ojo de águila había distinguido

desde el primer momento la Impostura de la Verdad. Cuando cayó en sus manos «Thalía», una de las más bellas y por tanto más odiosas obras de Arrio, comprendió tan bien su perfidia, que desde sus primeras líneas suspendió la peligrosa lectura, la arrojó al fuego, y, como un mago, esparció sus cenizas en el viento...

— Mi muy querido Xarcas — le interrumpe Hipólito, á su pesar conmovido, — ¿has olvidado el cariño que te he profesado y que te profeso?... ¿Pueden indignarte mis dichos hasta tal punto?... Siempre me has acusado de superficial en mis palabras y hechos, y de profundo en mis pensamientos; pero nunca de perverso... ¿Por qué ahora me denigras así y me desconoces? ¿Has dejado ya de quererme? ¿Tu religión te prohibe acaso que aprecies á tu amigo, á tu hermano?...

Ambos se miraron en silencio con los ojos empañados por las lágrimas; y

ambos cayeron luego, en una espontánea expansión de fraternidad, el uno en brazos del otro. Xarcas, más nervioso, más intenso, más infantil quizá, escondió su cabeza en el regazo de su amigo, como un niño que oculta su dolor en el seno de su madre, y estalló en sollozos; Hipólito le tomó las sienes con entrambas manos, y le besó la frente.

— Yo te prometo ¡oh generoso amigo de mi infancia, mi hermano! que si alguna vez tengo una superstición... una fe, esa será tu fe!... — Y añadió pensativo, melancólicamente: — Acaso pronto te pida el bautismo... ¡Acaso en breve lo profese en mi lecho de muerte!... ¡Prométeme tú también que entonces me asistirás, que rogarás por mí!

— Velaré por ti, rogaré por ti ¡oh mi hermano! — exclamó Xarcas, transido de júbilo.

Y la sonrisa que se le dibujó en los labios á pesar de las lágrimas, esplendía como un sol que aparece, en

una tarde de primavera, después de la lluvia.

Retirado Hipólito, Xarcas volvió á sus estudios. Sólo le importunaba en esas abstracciones, la ardiente gratitud de Gemmah, que le perseguía con sus grandes ojos zarcos y llameantes. Como un perro, solía amanecer tendida á sus pies, ansiosa de besarlos. Era tal la humildad de su pasión, que su ánimo se explayaba en nervioso placer al besar los rastros que dejaban estampados en la arena sus sandalias de plata, cuando sus pasos insomnes y felinos recorrían los rumbos de un parque. Así amaba Gemmah, habiendo hallado al fin al ídolo de su juventud, de una juventud con ardores de mujer en celo y con misticismos de lirio. La mirada de sus ojos de virgen de Syria, tenía la impresión fugaz de una llama y la profundidad de un océano. Ella le adulaba, le incensaba, lo santificaba y á veces le

odiaba con un ardor de ninfa. Su rostro oval era un iris cambiante de impresiones, de ansias y desalientos. Era una blanca Sulamita, candorosa y sutil. Tenía todo el calor de las mujeres orientales y ninguna de sus malicias, porque era virgen sin otras ambiciones que ese Amor, eje de sus evoluciones, principio y fin de sus pensamientos, objeto y sujeto de sí misma. Es que su súbito Amor era ella misma; sin su Amor no hubiera podido vivir...

Pero era tal el casto ensimismamiento de Xarcas, que para él ese fruto maduro, sabroso y perfumado, con sus esmaltes de suaves matices, se le presentaba tan repugnante como un reptil que se arrastrase en el cieno.

— ¡Vé de aquí, mujer! — le respondían sus ojos cuando le importunaban las platónicas caricias de sus miradas.— En vez de echar hacia mí tus manos temblorosas, entra en el santuario de mi alma. Mi alma es como un templo; en ella podrás creer, orar!

Y Gemmah contemplaba al amo como la entrada de ese santuario, y su silueta material la fascinaba. Tal sucede ante algunos templos griegos cuyos frontispicios de Paros deslumbran al viajero extático ante ellos, y cuyo recinto obscuro les repele y desaparece en sombras de cueva, eclipsado, bajo el sol de Athenas, por la esplendidez del pórtico.

III

KLEÍA

Espléndido panorama se desarrollaba desde la más alta azotea del palacio de Xarcas Milcíades, en aquella divina tarde de primavera. Hacia la Grecia, el Mediterráneo agitaba sus olas de un azul obscuro. Hacia el Levante, blancas nubes se cernían sobre el anfiteatro de las fastuosas quintas del Bruchion, desde el promontorio Lochias hasta la bahía artificial de Kibotos. El palacio de los Reyes, el Posidion, el Sebastion, el Emporion y muchos otros edificios de mármoles blancos, alzaban sus orgullo-

sas fachadas de columnas corinthias y asiáticas, escalonados como templos griegos entre las sombras de árboles seculares; el lago Mareotis, diríase un espejo de acero que se perdía en lontananza. Hacia el desierto, siguiendo paralelamente la faja gris celeste del Eurotas, las ruinas y los bosques se sucedían internándose en la naciente noche. Hacia el Ocaso, sobre el Racotis, el sol se disolvía en una gasa deslumbrante de tintes rojos, anaranjados y lilas, que envolvían el puerto y sus hormigueantes turbas marineras, el templo pagano de Serapis y el barrio comercial, hasta esfumarse, como en un punto negro que culminaba sobre el horizonte azul del mar, en el islote de Antirrodos.

En el centro convergente de tan bellas y variadas perspectivas, tendido sobre un diván persa, abandonados á su alrededor los infolios cuya lectura no permitía ya la pálida luz del crepúsculo, meditaba Xarcas acerca de la es-

plendente Verdad de los Evangelios, la audaz cobardía de las Imposturas heréticas y el perverso Espíritu del Siglo. Cuando más discurría, disponíase mejor para recibir el bautismo de la boca del santo obispo Athanasio, y aun no le era extraña la idea que el Cielo, por su creciente Fe, lo llamase un día, repartidos sus bienes entre los pobres, á la augusta misión del Sacerdocio. Pero era preciso esperar mejores tiempos, que harto malos eran aquéllos... Arrio el maldito triunfaba... Las cohortes de Syriano sostenían al falso prelado Gregorio de Capadocia en la sede de Alejandría; y sus secuaces predicaban, en los nueve templos, infames tergiversaciones de la doctrina enseñada por Nuestro Señor Jesucristo y sus Apóstoles... Athanasio y sus fieles habían huído de la ciudad, contagiada de la terrible peste espiritual del arrianismo; vegetaban misteriosamente ocultos entre los bosques adyacentes y las tumbas y las ruinas,

esperando el instante en que, con la ayuda de Dios, reaparecerían en la ciudad pestífera.... De allí partiría entonces, otra vez victoriosa, la palabra de la Verdad... Reconquistaría á Constantinopla, la capital, el foco, donde eran tales la corrupción del pueblo, la ceguedad del clero y la tiranía del emperador Constancio, — aconsejado por Eusebio el eunuco, aborto de la Sombra que no buscaba en su vergonzosa privanza más que los medios de vengarse en la Humanidad, sin distinguir culpables de inocentes, — condenaba al ostracismo y al cadalso y á la hoguera, á quienes se atrevían á pronunciar la divina palabra de «*Consubstancialidad*», que reasume el Misterio de Dios, uno y trino. ¡Tan densas tinieblas envolvían, muerto el justo Constantino y eclipsado Athanasio, á todo el Imperio, de Occidente á Oriente! De sus cubiles salían, en la obscuridad, mágicos, filósofos, arúspices y agoreros, que llevaban la barbarie

de sus ritos hasta degollar los niños, para adivinar el porvenir en sus entrañas palpitantes y comer de sus carnes...

Sola, sin anunciarse más que por su exótico perfume de jacinto, deslizándose como un reptil por las salas y las escaleras en la hora en que los esclavos cenaban, se presentó Kleía la cortesana, el índice de la diestra sobre el labio. Vestía una amplia túnica de velós negros sembrados de rubíes; un collar larguísimo de corales envolvía la matidez de su garganta; sobre los hombros, dejándole libres los desnudos brazos cargados de brazaletes, flotaba como una nube un manto de plumas de cisne ribeteado de una franja de arabescos de turquesas; sandalias de cuero de cocodrilo calzaban sus ligeros pies con los dedos llenos de sortijas de ópalos y esmeraldas; en la mano izquierda llevaba un abanico de plumas irisadas, y, sobre su cabello, una blanca flor de loto.

Aunque apercibido de su inesperada presencia, Xarcas permaneció tendido, mudo é inmóvil, como si no la advirtiera, cavilando con los ojos en las estrellas que recién se iban encendiendo en el firmamento, una á una.

— ¡Que los dioses te bendigan, Xarcas! — exclamó Kleía, vacilando, algo cortada, con ese tono de reproche que suelen usar los niños mimados para con sus mayores.

Previa pausa, el joven repuso, lentamente, sin mirarla:

— Que Dios te bendiga.

No sabiendo cómo entrar en materia, la bella cortesana, que de nadie soportara tales pruebas de indiferencia y casi de desprecio, le intimó, sacando fuerzas de flaqueza, con cierta resolución de ataque:

— He venido á reclamarte á Gemmah, una joven esclava de Syria que he adquirido en los mercados de Jerusalem, y que, según mis informes, ha hallado re-

fugio en esta casa... Se me ha dicho que tú me la has robado; yo, que te conozco, no lo he creído.

—He ordenado ya á mi intendente Euphrosias, — contestó el interpelado en la misma postura, — que te la pague. Se te indemnizará.

—¡No quiero indemnización ninguna! — exclamó Kleía con triunfante energía. — Quiero á Gemmah, mi esclava, de quien tú no puedes apoderarte porque es *cosa mía*, absolutamente mía, y tú no puedes obligarme á que te la venda. — É intimidada por su propia fiereza, agregó suavemente: — No puedo prescindir de esa esclava; nadie me servirá como ella, al vestirme después del baño. ¡Era tan suave su mano al pasar el strigilo sobre mis hombros!

— Mientes, — la interrumpió Xarcas, siempre acostado y con la mirada en el zenit. — Gemmah es una pobre y altiva salvaje que no te servirá, ni te ha de haber servido nunca como las griegas ó

las galas en los trabajos pueriles de tu acicalamiento diario.

—¡Veo que conoces mejor que yo á mis propias servidoras! —repuso Kleía con sorna. —Sea como fuere, quiero á mi esclava... ¿Entiendes?... ¡Necesito á mi esclava!

— Te la pagaré... lo que pidas.

—No quiero dinero, quiero á mi esclava, —afirmó con creciente energía, dando un puntapié en el pavimento, como un potro que piafa.

—Y ¿para qué la quieres? ¿Estarás acaso tan vieja que necesites de esclavas jóvenes y bellas para tus amigos?

Kleía, cuyos ojos húmedos de indignación midieron imperiosamente al joven aristócrata de pies á cabeza, en la postura desdeñosa que éste afectaba, exclamó:

—¿Y eres *tú* quien me lo dice, *tú,* que de rodillas, como toda la juventud de Alejandría, me has adorado?... ¿Lo olvidas?

—¡No lo recuerdo! — respondió el alejandrino secamente, rojo de vergüenza. Pero recapitulando se acordó del octavo mandamiento del Decálogo, y añadió, con menor firmeza: — No quiero recordarlo...

Se hizo un nuevo silencio, cada vez más penoso para la joven cortesana, la «Reina de Alejandría» como se la llamaba, quien, ante los insultos de Xarcas, sentía antes aumentar que debilitarse la intensidad de su simpatía:

— ¡Devuélveme mi esclava! — acabó por decir, con ese trémulo de cólera con que las mujeres suelen disimular el sollozo que ronca en la garganta.

— Te daré por ella cien mil sextercios en oro.

El precio fijado era tentador; sin embargo, Kleía se negó con una elocuente inclinación de cabeza. Xarcas, que no la miraba, adivinó su gesto.

— Te daré por ella doscientos mil sextercios en oro.

Idéntica negativa.

— Quinientos... Un millón...

Era absurdo ese precio, y aunque Xarcas fuese hombre de cumplir su palabra, Kleía, sin oirlo casi, le contestó con inusitada dulzura:

— No quiero *tu* oro, Xarcas.

El rico alejandrino se alzó de hombros, como diciendo:

— ¿Qué te puedo yo dar sino mi oro!

— ¡Quiero á Gemmah! ¿Lo has oído? Quiero á Gemmah; y ahora mismo voy á buscarla y me la llevo. ¡Tú no puedes impedirlo!

Ante tal amenaza, dicha con voz conmovida y segura, Xarcas se reincorporó de pronto, se sentó, y mirándola por vez primera cara á cara, en tono de conmiseración:

— No harás eso, Kleía, — le dijo.

— ¿Quién me lo impedirá, ¡por Júpiter! — Y la joven se sonrió con deliciosa ironía.

— Yo, que te daré lo que quieras...

Por su conocimiento imperfecto de los hombres, ó más bien por conocerlos demasiado, Kleía equivocó la significación del súbito cambio en la actitud de su antagonista, que se volvía sumiso como un esclavo negro, y del cariñoso brillo que asomaba en su mirada; y le contestó con la más provocativa de sus sonrisas:

— Pues bien poco quiero...

— Pide, y te lo daré, si puedo... ¿Quieres un millón de sextercios?

Y acercándose con un mohín gracioso, casi al oído, le respondió Kleía:

— ¡Quiero un beso de tus labios!

Xarcas frunció el ceño.

— Te daré quinientos mil... ochocientos mil... un millón... ¡un millón de sextercios!

Aquello era demencia, simplemente. Y asimismo la cortesana rehusaba, pensando, en su lógica de bellísima coqueta, que después de aquella primera concesión que pedía, ya vendrían los cien

mil, quinientos mil, el millón, los millones, toda la fortuna del joven en alas de sus caricias. El abrazo en pos del beso, en pos del abrazo el hombre, y en pos del hombre, sus gemas...

— Quiero un beso de tus labios... — murmuró con un gesto apasionado y púdico.

— Y luego, ¿me dejarás tu esclava?

Kleía respondió con un ademán.

—¿Lo juras?

— ¡Lo juro por Venus Aphrodita!

Xarcas se puso de pie, pasó sus manos por la flexible cintura, cerró los ojos como si se sintiese mareado por el penetrante aroma de jacinto, y la besó larga y hondamente en los labios... Después se retiró como si le repugnara aquel contacto; arrancó el broche que sostenía su túnica, un inavaluable camafeo rodeado de perlas, que representaba, símbolo de su linaje, una cabeza de asno coronada de violetas; lo entregó á la joven, y le dijo brutalmente:

— ¡Toma, y ahora vete para siempre! ¡Que mis ojos no te vuelvan á ver, monstruo de tentación y de pecado! ¡Adiós!

Estremeciéndose como si se la despertase de un sueño, temblando de cólera, Kleía dejó escapar un insulto soez de sus dientes apretados; arrojó al suelo el presente, y huyó con aceleradísimo paso. Vióla Xarcas bajar en un instante las escalinatas, cruzar las terrazas, atravesar los jardines y trasponer las verjas, el flotante manto de plumas de cisne levantado por la brisa y la rapidez de su marcha, como las alas blancas de un inmenso pájaro negro que se perdiera en las sombras...

Sintiéndose aliviado de un peso terrible que le oprimía el pecho, el alejandrino aspiró con deleite las brisas perfumadas de la noche; parecíale que en aquel momento de victoria, había huído de él para siempre, encarnado en esa ave negra de blancas alas tendidas, el viejo paganismo de su casta. Renacía

á una nueva vida que, triunfando de la decadencia del siglo, debía regenerar á los hombres. ¡Todo su ser se dilataba en el Ideal de una religión de Caridad!... Ordenó á la anciana Haydahí que nadie interrumpiera sus meditaciones; sin tomar alimento alguno, que la digestión de su espíritu excluía las de su cuerpo, se tendió de nuevo pensativo en su diván, observando distraídamente la tardía luna blanca, que emergía como una ninfa del fondo de las aguas.

Pensamientos variados y encontrados le desvelaban. Cuando soñaba en las glorias de la predicación del Evangelio, en dejar hogar y patria para lanzarse, nuevo Pablo, á iluminar con la Verdad extrañas tierras, una voz secreta le contradecía...

«¡No! no nimbará tu frente la aureola del Apóstol, — decía la voz. — ¿No puedes honrar á tu Dios en otra forma menos contraria á tu propia y frágil natu-

raleza? Polvo eres y al polvo volverás... Está escrito: «creced y multiplicaos»... ¿No servirías mejor á mi Dios procreando como un patriarca antiguo? ¡Oh, Gemmah, visión de tierra y de cielo! Ejemplo de humildad darías al tomar esposa á mujer de tan ínfima condición!... Ejemplo de castidad darías al tomar por esposa única á quien las leyes y costumbres me autorizan á hacer mi concubina!... Ejemplo de buen padre darías al formar una prole temerosa del Señor!... «Creced y multiplicaos», dicen las Santas Escrituras...

«Noé, Abraham, Isaac, Jacob, Job, Aarón, todos fueron felices esposos y felices padres; David poseyó varias mujeres, y Salomón, el sabio, el santo, ¡varios centenares de mujeres! Algunas tan bellas como Balkis, ¡como Balkis, la reina de Saba! Y, después de Jesucristo, ¿no ha escrito San Pablo epístolas en que cantan el matrimonio casi con tanta pasión como el Cantar de los Cantares?»

Y otra voz secreta hablaba luego en él, como el murmurio de una corriente subterránea de su alma:

«¡No! ¡No tergiverse la Verdad tu espíritu apasionado! ¡No arrojes sombra en la luz! ¿No contestó el Hijo del Hombre á aquel mancebo principal en quien puso los ojos con agrado, y que le preguntaba el camino de su salvación: «te falta una sola cosa; anda, vende cuanto tienes y dalo á los pobres, y tendrás tesoros en el Cielo; ¡ven y sígueme»! ¿Y no añadió luego, el mismo Hijo del Hombre: «En verdad os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó madre, ó hijos ó tierra por Mí y por el Evangelio, que no reciba cien tantos, ahora en este tiempo, casa, hermanos y hermanas, y madres, é hijos y tierras con persecuciones» — ¡con persecuciones! — «y en el siglo venidero la vida eterna»?...

«Y apenas se han difundido estas palabras en el Universo, ¿no se ha lle-

nado el Universo de santísimos modelos desde Pedro y Pablo hasta Antonio y Pacomio? Gracias al Cielo que ha sido dado á tus ojos contemplar tan edificante espectáculo, para solaz de tu alma entristecida por los torpes escándalos, los torpísimos escándalos del Mundo!»

Y otra voz interna y secreta, que poseía las pedantes inflexiones del discurso de los filósofos y era sonora y espumante como una torrentosa catarata del trópico, bajo el sol meridiano, le decía:

«¡Olvida, oh pobre hombre, tus desventuradas alucinaciones, y recuerda que ante todo eres hombre, nacido *de* la mujer, y nacido *para* la mujer! No te engañen ficciones religiosas, tan contrarias, en verdad, á la naturaleza. El equilibrio de tu espíritu y la regularidad de las funciones de tu cuerpo, claman por la esposa. La felicidad del hogar es pura y grande, — ¡la más pura y la más grande! Tu alma se podrá espaciar en él como en su natural elemento, así como el pez

en el agua. El cenobismo es una locura, propia tan sólo, por lo tanto, de enfermas imaginaciones. ¡En verdad te digo que la familia y la sociedad son tu natural elemento, oh hombre, y que no debes concebir un pez que habite una choza ó un águila que anide en el fondo de los mares! Sólo abusando el hombre de sus fuerzas espirituales en desequilibrio de su propia naturaleza, puede inventar tan absurdas aberraciones...

«Y además, tu suma ignorancia de místico se equivoca al proclamar el cenobismo como instituído sólo por tu Señor Jesucristo y como exclusivo patrimonio de los cristianos. ¿No sabes, desventurado, que millares de años antes de que viniera al mundo tu Redentor, millares de hombres, á orillas exuberantes del Indo y del Ganges y en la altiplanicie de Persia practicaban la abstinencia, el más pleno Renunciamiento? Eran discípulos de Brama, de Buda y de Zoroastro, y sus espíritus eran más ricos

que los vuestros, miserables orugas, porque no eran mezquinos glosadores de esos pretendidos Santos Evangelios, sino soberanas mariposas de luz que remontaban á lo Infinito el vuelo de sus imaginaciones, en la contemplación de una naturaleza portentosa por sus ríos inmensos, sus bosques, su fauna, sus huracanes!

«En verdad, en verdad te digo que tu vocación es un absurdo contrario á la naturaleza; y que tus creencias son un absurdo contrario á la historia. Son desequilibrios y mezquindades de un espíritu apocado y torcido... ¡Endérezalo, déjalo enderezarse sólo por su propio instinto, y sé ante todo una buena bestia, si quieres ser un sabio hombre!»

Y otra voz, cuyas notas le llegaban como el lejano perlear de un manantial que surge en lo alto de una montaña, oculto entre las breñas y la maleza, le respondía:

«Al escuchar un argumento, trata de

que tu vista penetre en sus fines. Cuando se te presente un estanque bajo la borrasca de las pasiones de tu alma, no verás su fondo, porque esa borrasca revolverá su lodo y sus aguas y las amalgamará en confuso torbellino. Espera á que se serene tu espíritu; y cuando, en la quietud y la soledad, se calmen las tormentas, observa bajo las aguas claras del estanque su verdadero hoyo, que podrá ocultar cieno traidor y repugnantes reptiles, ó brindarte un lecho de frescas arenas, para que en cristalinas aguas, como en un nuevo Jordán, pueda beber tu boca y fortalecerse tu cuerpo y fortificarse tu alma!

«Piensa que si en todo hombre hay una bestia, hay también un espíritu. Y que si la bestia ansía esparcirse en el lodo, el espíritu ansía volar á las alturas. ¿Por qué has de dar preeminencia á la bestia sobre el espíritu, si el espíritu es la parte sublime é imperecedora de ti mismo? Si buscas el placer, si el placer

es el fin de tus instintos: piensa que mayores placeres te proporcionará el Cielo, á que puedes llegar en tu vida terrenal practicando el cenobismo, que la piara de la vida animal...

«Si Nuestro Señor instituyó la vida solitaria y santa para los cristianos, ¿qué te incomoda que también les recomendaran á sus fieles Zoroastro y Buda y Brama, los falsos profetas? Los lirios pierden su fragancia y su belleza porque un rinoceronte ó un camello haya pastado lirios?...»

Y otra voz, que era como el rugido desesperado de un león hambriento en el desierto, retumbó en su corazón; y le encendió la cabeza, los ojos, los labios, el pecho, el cuerpo, todo, con una llama que, de nervio en nervio, agitaba y hervía el oleaje de su sangre:

«¡Gemmah! ¡Gemmah! ¡Gemmah!... ¡Eucarístico pan que alzo en el altar de mi espíritu!... ¡Gemmah!...»

Y esta voz triunfaba, porque al re-

tumbar prolongado el trueno, nadie oye el plácido murmullo del arroyuelo que serpea entre el césped, ni el sordo ruido de las corrientes subterráneas del alma...

Y como si no hallara en el firmamento bálsamo á su angustia, bajó sus miradas á la tierra... Sobre la escalinata que daba á la puerta cerrada de su aposento, surgió una visión tan deslumbrante, que instintivamente llevó las manos á los ojos. Un ángel todo blanco dormía allí tendido sobre los escalones de mármol; nimbábale la luz plateada de la luna; los pámpanos de una vid silvestre sombreaban su dorso; y su frente, bajo una voluptuosa cabellera, reposaba sobre el brazo doblado, en el sopor de una respiración tranquila. Más que con la vista con el alma reconoció á Gemmah, la virgen de Syria. «¡Ave!» exclamó sin poder contenerse, con la vaga idea del querub que había bajado del cielo á dor-

mirse allí en su umbral, para darle ejemplo de humildad y penitencia... «¡Ave!»

Era una noche tibia de verano. Un aire incitante y suavísimo susurraba entre las palmeras y los sicomoros, como diciéndoles al oído vagas frases de una vaga ternura. Los cármenes de las flores desprendían sus fragancias más voluptuosas. Por aquí y allí cruzaban pesadamente algunos vampiros é insectos de la sombra. En lo alto, millones de estrellas temblorosas; al occidente, los minaretes, obeliscos y cúpulas de la ciudad; al oriente, sus jardines; el mar, á lo lejos, el mar dormido ó muerto como un lago de aceite... Por doquier el silencio de la tumba; y sobre el umbral de mármol, suelto el cabello y medio oculta la mitad del cuerpo bajo los pámpanos de una viña que con artístico amor escala el muro, — el ángel dormido.

¡Ahí estaba, acaso rendida de fatiga,

ella, la que seguía sus rastros, buscando la limosna de una mirada!... Sin entenderla, sin quererla entender, él prepárala para la Fe, como un hermano; y ella se esforzaba, por su Amor y consejo, á darse á pensamientos más útiles y más propios á una niña piadosa; como, por ejemplo, buscar todas las combinaciones de letras á que se presta el nombre de Cristo, para ir así conociendo mejor la religión que ya su amo estaba decidido á adoptar, y hacerse más digna de recibir el bautismo. Pero su preocupación fija no la abandonaba por mucho tiempo, y como en los círculos viciosos de los falsos filósofos de la impiedad, tarde ó temprano volvía al punto de partida. Hubiera deseado servirlo de rodillas, y así se lo insinuaba siempre, queriéndole besar, de grado ó por fuerza, los rastros que dejaban en el polvo, al pasar, sus sandalias. Jamás fanática alguna siguió con mayor pasión en las calles de Jerusalem, á un joven taumaturgo...

Una bandada de aves nocturnas que pasó graznando sobre su cabeza, le distrajo del magnetismo de aquella visión que contemplaba como en un largo sueño. Sintió que el frío de la noche le penetraba en sus venas, y apartó la cabeza, no con menor horror que el de un hombre que, al borde de un abismo, siente los primeros aleteos del vértigo. Como los leones del Posidion, encerrados en los fosos, comenzó á pasearse rugiendo de uno á otro extremo de la terraza. Así lo sorprendió el alba, y como había visto el sol hundirse en el Ocaso lo vió también, hacia el Levante, teñir de rosa las aguas dormidas, despertar los ruidos de los bosques y las turbas de marineros que cantando, comenzaban en el puerto las diarias faenas de carga y de descarga. Y al contemplarlos, él, joven, rico, noble y bello, envidiaba la mediocridad de sus miserias.

IV

HIPÓLITO

En la tarde, lo visitaron Demetrio, un poeta, Q. Cursio Coelio, hijo de un prefecto de pretoría en Egipto, Anaximenes, anciano discípulo del filósofo Plotino, y otros varios amigos, jóvenes y viejos, griegos y latinos, estoicos y epicúreos. Todos venían á cerciorarse de su conversión al Cristianismo, cuya nueva había asombrado á la ciudad, y divertido, por las picarescas chanzonetas de Kleía, á los hombres del Bruchion. Quién le daba su pésame; quién le felicitaba con ironía; unos se burlaban;

alegrábanse otros; pero de nadie hubo una palabra sensata de plácemes. Escuchó los sarcasmos, así como las satíricas adulaciones, con el desdén de una esfinge gigantesca que recibe sobre sus pétreas ancas el granizo, el sol, las nubes de arena del simún...

Q. Cursio Coelio lo increpó, con su romana gravedad:

— Caro Xarcas, no pensaba que los dioses me permitieran jamás, en este siglo sorprendente, contemplar tan sorprendente caso. Si me es dado expresarme con franqueza de tus creencias, yo, que no poseo ni tu galana cortesía ni tu sutil dialéctica de alejandrino, te diré, en mi enérgico idioma de soldado, que tu fe es simplemente... Tú que sabes el latín tan bien como yo mismo, traduce pues mis palabras: amigo mío, tu fe es *insania*, es *amentia*, es *stultitia*... — Y agitándose por grados, agregó brutalmente: — ¡Es *dementia!* ¡Es *incipientia furoris!*...

— En tu opinión, Cursio Coelio, — respondió con dulzura el interpelado. — ¡Quiera el cielo que varíe tu criterio antes de la hora de tu muerte!

El romano no pudo contestar: tanto lo agitaba su indignación contra el hecho, que en sus adentros interpretaba como síntoma funesto de corrupción y decadencia... Un esclavo le acercó una riquísima mesa de cedro con incrustaciones de hojas de oro, en forma de artística corona; una esbelta copa de onix y plata; y una jícara de barro grabado llena de fresco vino de Grecia. Hízose servir, bebió dos ó tres copas á grandes tragos, y, algo más sereno, agregó:

— En fin, yo no entiendo los jóvenes del día. Eres libre, Xarcas; ha tiempo ya que vistes la toga viril... ¡Haz lo que te plazca!

— Tampoco entiendo yo á los jóvenes del día, — interrumpió el viejo discípulo de Plotino, mesándose su larga barba cana. — Carecen de la virtud de los es-

toicos y de la prudencia de los epicúreos, de las fuerzas del soldado y de la elasticidad de los filósofos. Tan débiles son, que se hacen fácilmente sugestionables, cual si estuvieran enfermos. Entonces es cuando caen bajo el magnetismo de un loco como Orígenes, de un audaz como Arrio, ó de un charlatán cualquiera como Athanasio. ¡Para ellos, los cuervos tienen pupilas de serpiente!

De tal modo irritóse Xarcas al oir parangonarse á Arrio con Athanasio, que no acertó á hablar; la ancianidad de Anaximenes le imponía... Para cortar el diálogo enojoso, Demetrio interrumpió jovialmente:

— Pero tus nuevas creencias no nos impedirán cenar como de costumbre, Xarcas. El fresco de la tarde se hace ya sentir en esta terraza. Pasemos al triclinio, y veamos las maravillas que nos presentará tu intendente Euphrosias.

— Vosotros me dispensaréis, amigos míos... — contestó con perplejidad el

dueño de casa. — Pasad al triclinio y cenad si gustáis; yo os aguardaré aquí... — Y llamó en seguida al intendente: — ¡Euphrosias! ¡Euphrosias!!

— Y ¿por qué no cenas tú con nosotros? ¿Estás enfermo? — preguntó ceñudo Q. Cursio Coelio.

— Enfermo... creo que no.

— Como no estás bautizado todavía, según se nos ha dicho, no te detendrá el ayuno...

— No; es que...

— ¿Es que ignoras que según nuestros y vuestros antiguos usos es insulto á tus visitas no pasar al triclinio á presidir su cena?—lo interpeló el romano.—¿Somos, oh Xarcas, por ventura, esclavos y libertos, ó somos tus iguales? ¡Vámonos, amigos, vámonos, que el pobre Xarcas está loco, y como un loco nos insulta! ¡Por Zeus, que es un hombre perdido!

Y sin más, todos se despidieron, compadecidos de la locura de su antiguo aunque parco camarada de orgías.

Inmóvil en su asiento, la cabeza entre las manos, Xarcas fijó su mirada vaga en el horizonte azul... Así lo halló luego Hipólito, que, fiel á su amistad, venía á informarse de su salud, alarmado por las noticias circulantes. No habiéndolo oído llegar el soñador, se le anunció con una palmada sobre su hombro. Xarcas pareció despertar de una pesadilla oriental, poblada de dragones y vampiros...

— ¡Ah, eras tú!—le dijo simplemente, tendiéndole una mano temblorosa.

El amigo quedó mudo de asombro y compasión. ¿Este era el Xarcas de ayer, éste de ojos hundidos y pupilas dilatadas y fijas, de pómulos salientes y crispados labios? Midiendo la situación con su ágil vista de hombre de mundo, el visitante disimuló su desagradable sorpresa, se sentó, é inició la conversación con fingida alegría.

— Me parece que te fatigan tus cavilaciones. ¿Qué quieres, Xarcas? Todos sentimos, de cuando en cuando, alguna

sombra en el alma. ¡Pero la juventud debe vencer! Domínate, esfuérzate y charlaremos un rato; yo también me siento melancólico esta tarde... Y tanto, que no tengo apetito... Que casi estoy por pedir la blanca mano de Emilia, la hija de L. Paulo Lépido, que con tanto ahinco me brinda nuestro buen amigo Q. Cursio Coelio. ¿Crees tú que por su dote, ó por su belleza y su virtud? Yo pienso que porque me siento triste y solo... ¡Y nada me importa que los envidiosos digan que por su dote!... ¡Robar á las provincias es una profesión que, por Júpiter, da más que todas las profesiones!

Y así continuó Hipólito su plática insubstancial; Xarcas le escuchaba en ciertos instantes, y en otros se reabsorbía en su persistente meditación... En esto, como adivinando un vago deseo de su amo, se presentó Gemmah, con su ancha cesta llena de ananáes, naranjas, dátiles y lotos comestibles, seguida de una es-

clava negra que aportaba aromático vino de Chipre y dos ánforas de plata cincelada. Hipólito calló de pronto ante la graciosa aparición, siguiendo con mirada de codicia su bello rostro, su modesta figura, su cabellera, sus contornos exquisitos. Y dijo, sonriendo, cuando la joven desapareció en silencio:

— Ahora comprendo, Xarcas, tu retraimiento. La jaula resulta un nido encantador cuando tal fénix encierra...

— Hipólito, — le respondió el interpelado, — te juro que jamás he atentado contra mi esclava.

— Son secretos de alcoba...

— ¡No!

— No vale la pena que te alteres por causa tan nimia. Ya sé que ahora eres un casto... Un monje imitador de ese Antonio que habita la Tebaida y puebla el Egipto con la fama de su santidad.

— ¡Nada de burlas, Hipólito!

— ¡Yo no me burlo, Xarcas, te envidio!

— ¿Y si me envidias, por qué no sigues tú también el ejemplo de ese santo monje?

Hipólito sonrió y repuso, descascarando con los dedos una naranja color de oro, después de beber un trago de vino:

— Me asombra tu ingenuidad, mi querido Xarcas... No he nacido para solitario, y tú lo sabes... Lo que te envidio es á esa graciosa esclava... ¿Gemmah, no? La prefiero á Esther, la hija de Noemí, la alta esclava judía de nuestra inolvidable Kleía... Esther se parece á su madre; pero es mucho más bella que su madre. ¡Gemmah es más bella que Esther! Bien ha hecho mi buena Kleía en vendértela, pues es tan hermosa que todos sus amigos preferirían la esclava al ama, que, te lo diré entre paréntesis, parece un poco en decadencia... ¡Pero es tan entendida en el divino arte de amar!

Xarcas, fastidiado, le interrumpió:

— ¡Calla, Hipólito, calla! Estás blasfemando. ¡Yo no amo á mi esclava, ni amaré jamás á mujer alguna!

— No te lo creo. ¡No amar á mujer alguna! Lo pretenderás, pero no lo has de conseguir nunca, entiéndelo bien, antes de la vejez, y aun en la vejez... Recuerda á nuestro buen filósofo Anaximenes... ¡No ofendas á Venus, no desafíes á Venus, oh mortal! ¡Vive algo más antes de hacerte monje! ¡Antonio y todos los suyos, han conocido la vida más que tú! ¡Amar, tal es la regla fatal á que obedecerás tarde ó temprano, entiéndelo bien, tarde ó temprano, por Hércules!

Se hizo un silencio penoso para ambos, que interrumpió así Hipólito:

— Y si no amas á tu esclava, ¡véndemela!

Xarcas le miró con asombro, casi con terror...

Hipólito se rió.

— ¡Véndemela! ¡Véndemela, pues!

— Yo nunca vendí un esclavo. Mis

esclavos son libres: me tienen apego y por eso me sirven. Llamaré á Gemmah y si ella quiere... ¡si ella quiere, será tuya!

Así lo dijo, y lo hizo, llamando á su presencia á la joven de Syria:

— Gemmah, Hipólito te quiere para concubina...

La voz de Xarcas era breve, severa como un mandato sacerdotal. Gemmah le interrogó con una mirada de dolor, temblando en todos los frágiles nervios de su cuerpo gentil, como una avecilla salvaje en manos de un niño.

Con raras inflexiones de ternura, en la palabra, en la mirada, continuó Xarcas:

— Eres libre de irte con él si lo amas... ¡Yo te cedo!

Llorando, la esclava se echó á sus plantas y le besó los pies.

— Ya lo ves, Hipólito, — agregó con un ligero temblor en la voz,—¡no quiere!

Gemmah se alejó con una plegaria en los labios.

Y tan preocupado con la plática se retiró Hipólito, que olvidó las sandalias de plata que se le habían desatado en casa de su primo y amigo, y descalzo fué á pasear por el puerto á la hora de la tarde. Se encontró con Demetrio.

—Vengo de casa de Xarcas, — le dijo. — ¡Me parece un hombre perdido!

Demetrio le miró con indiferencia, y le interrogó con un gesto, disimulando la indignación de su temperamento de esteta, por qué iba así descalzo. Hipólito se encogió de hombros; y lentamente, pusiéronse á pasear del brazo en la acera de mármoles casi esmerilados, platicando.

Llegaron á un banco de piedra en que solía sentarse un grupo selecto de jóvenes por la tarde, á ver pasar las transeuntes. A un judío viejo é indigente que lo ocupaba, le dió Hipólito una moneda de cobre para que se retirase; el compañero le asestó riendo un puntapié en la espalda, como despedida. El an-

ciano murmuró una frase de venganza, hizo una profunda reverencia, y se fué. Ambos jóvenes se sentaron. Acercóse luego un grupo de elegantes, y se trabó entre todos una alegre plática. Como mujeres, reían de los paseantes y murmuraban de los ausentes.

Pasó un hombre muy grueso, que todos detuvieron con ruidosas manifestaciones.

—¡Gracias á los dioses que nos sea dado volverte á ver, oh Aristarco! —dijo uno.

—Parece que te das buena vida, Aristarco, —añadió otro.

Y otro:

—¡Me han dicho que te has casado con una rica romana, y que llevas una conducta ejemplar!

El grande Aristarco paróse, se secó el sudor, saludó burdamente é hizo un gesto de afirmación.

—¿Y es bella tu esposa?—le preguntó

Hipólito con velada ironía. — ¿Una nereida? ¿Una ninfa?

El interpelado revolvió los ojos.

— Dinos, dinos si es bella, — añadieron riendo otros jóvenes que pasaban, tomados del brazo y haciendo guiños á las cortesanas que encontraban en la calle, á aquella hora harto concurrida.

Aristarco revolvió los ojos nuevamente.

— ¿Le amas? — preguntó alguien.

— ¿Te olvidaste ya de Teocasta, aquella bailarina griega que tanto te gustaba y que tanto se burlaba de ti? — preguntó alguien.

Y otro:

— ¿Y de Romulia, la latina?

Y otro:

— ¿Ya no te gusta como antes el venado?

— ¿Y el esturión?

— ¿Y el atún?

Con severo ademán, feroces los ojos, afirmó Aristarco:

— Sois unos locos. ¡Los dioses os guarden!

Y se retiró entre las risas generales.

Poco después llegaron cantando dos niñas flautistas. Traían entre las manos cada cual una sandalia de plata de Hipólito á quien de rodillas y ruborizadas, se las ataron... Venían de casa de Xarcas y de parte de Haydahí. El joven las besó en la nuca, les dió las gracias y les ofreció dinero. No aceptaron. Entonces les dió una rosa blanca que llevaba en la mano, arrancada en los jardines del cristiano...

— ¿Vais á tocar esta noche en casa de Isosis? — les preguntó.

— No, en la de Kleía, — le respondieron.

— Iremos allí. ¡Hasta luego!

— ¡Hasta luego!

Y se alejaron cantando, siempre tomadas de la cintura, amorosas como dos palomas blancas de patitas rojas que se picotean... En el camino, aspiraron am-

bas á un tiempo el perfume de la rosa blanca. Exhalaron un suspiro, se miraron en los ojos, y la arrojaron al mar, donde quedó flotando como una perfumada flor de las olas...

V

EL BAUTISMO

Una mañana gloriosa, Nuestro Señor guió los pasos insomnes de Xarcas á través de las selvas y las ruinas. Distraído vagabundo, sorprendió en el fondo de una ancha cueva á Athanasio, que oficiaba el Misterio de la Misa en las soledades del desierto, ayudado de sus dos fieles diáconos. Postrado, pidióle el Bautismo y la Comunión. El patriarca le preparó á ambos sacramentos, y premió con ellos la sacratísima unción de quince días de vida de penitencia...

Cuando Xarcas volvió á Alejandría, se sentía otro hombre, más puro, más

fuerte. Entró por la puerta Canópica, y como venía vestido de un burdo sayal que le ofreció el obispo y había dejado crecer su barba inculta, nadie le reconoció. Desfallecía de hambre, y, faltándole aún media hora de camino para llegar á su palacio, llamó á una casa pobre y mendigó un pedazo de pan, de una buena anciana que hilaba. La mujer, alcanzándole la limosna, le dijo:

— Que Dios-Padre te bendiga.

Aunque tentado del hambre, Xarcas conoció en la salutación que aquella mujer era perversamente heterodoxa.

— ¿Por qué no me saludáis, buena mujer, en nombre del Dios-Hijo, Encarnación del Verbo, ó en nombre del Espíritu Santo? — le preguntó.

— Porque Dios es uno, anterior al Hijo é inconsubstancial al Hijo.

— ¿Cómo lo sabéis?

— Lo sé porque me lo enseñó ¡oh, hace bastantes años! el buen presbítero Arrio.

— ¿Y cómo os convenció, mujer?

—¡Era tan elocuente! Entró un día en mi casa como un fantasma divino, y me preguntó: «¿Has tenido hijos antes de tu primer parto?»—«Nunca los tuve,» le respondí. — «Pues así Dios no pudo tener un hijo antes de engendrarlo.» ¿No hallas, buen hombre, de una admirable sencillez de verdad esa parábola, tanto más comprensible que el Misterio del Dios uno y trino que ha enseñado el obispo Alejandro?

Xarcas le devolvió el mendrugo:

— ¡Querría morir de hambre antes que comer, oh mujer, el pan de la herejía!

La anciana le miró sin comprenderlo.

— Dime, — la increpó entonces Xarcas, con mirada de vidente, — ¿no corre una misma sangre por tus venas que la que alimentó las venas de tus padres?

— Sí, — respondió la vieja admirada.

— ¿Y por las venas de tus hijos no circula la misma sangre que por las tuyas?

— Sí, y por las de mis nietos...

— Pues escucha, mujer: del mismo

modo la Substancia del Dios-Padre es la Substancia de Dios-Hijo y es la Substancia del Espíritu-Santo. ¡Luego son consubstanciales!... ¿Y concibes un Dios que en espíritu sea mortal? — le preguntó, después de una pausa.

— ¡No, por vida mía, si fuera mortal en espíritu no sería Dios!

— ¿Concibes un inmortal que no haya sido anterior á los siglos?

— No.

— ¡Luego Dios es uno y trino, y cada una de sus tres hypóstases son anteriores á los siglos de los siglos! Amén.

Dijo y partió, vibrante. La anciana llamó á uno de sus nietecitos que se acercó gateando, y le dió su pan de herejía, que al amorcillo le supo á amores. Tal es la inconciencia de algunas hembras débiles que embaucó, con sus imposturas, Arrio, el monstruo.

Mendigando por hacer penitencia de humildad, Xarcas vagó todo el día por las calles. Nadie le conocía.

Entró á una iglesia á orar, y desde el púlpito oyó á un arriano, á un falso presbítero, que predicaba á la turba.

— La palabra *Consubstancial,* — clamaba, — no se halla en las Santas Escrituras, ni puede conceptuarse como necesaria al Símbolo! Decid, por tanto, gloria al Padre, y *en* el Hijo y *en* el Espíritu-Santo!

— ¡Mientes, fiera! — le gritó iracundo Xarcas. — ¡Gloria *al* Padre, *al* Hijo y *al* Espíritu Santo, por los siglos de los siglos!

— Amén, — murmuró el rebaño extraviado, sorprendido por la violencia del interruptor.

Y Xarcas salió á grandes pasos, pesaroso de la perfidia de los impostores y la ignorancia de las masas.

Pasó también frente al templo pagano de Racotis. Sentados en las gradas de la amplia escalera, platicaban indolentemente algunos griegos y latinos.

— No ha sido la religión de Galilea la que ha dado á nuestra Alejandría todo el encanto de su civilización pasmosa, bajo los Ptolomeos, — exclamó melancólicamente un anciano.

— Ni fué tampoco causa de su decadencia el yugo de Roma, — opinaba un latino. — Nuestros pretores de Oriente han sido hombres benéficos casi todos. Nunca desplegó el Egipto mayores galas que después de Cleopatra.

— Todo es relativo á los tiempos, — observó un filósofo. — Egipto fué el centro del mundo en tiempos de sus Sesostris y Ramseses; luego decayó desde los tiempos de Cambises y la preponderancia persa. Con Alejandro aumentó su servidumbre. ¡Y con Pompeyo y Marco-Antonio! Así el tiempo pulveriza, como á los hombres, á los imperios.

— Pero pensad, — interrumpió un arúspice de ojos centellantes, — que los dioses han protegido la grandeza de sus naciones, en premio de su religiosidad,

y que en venganza de su indiferentismo, han echado á rodar su decadencia. He ahí á Fenicia, otrora ilustre, cuando sacrificaba á Moloch la sangre de sus patricios; he ahí á Grecia, tan grande cuando inmolaba á sus dioses hasta la gloria de filósofos tan sabios como Sócrates; he ahí á Roma, que se entrega hoy como una meretriz en brazos del Cristianismo, secta despreciable de Galilea; á Roma, hoy señora del orbe, y que mañana, por su infidelidad á sus antiguos dioses, caerá á los golpes de las hordas de bárbaros del Norte!

— ¡Los Bárbaros del Norte! — apuntó riendo á carcajadas el romano. — ¿Sabéis vosòtros quiénes son los Bárbaros del Norte? César nos lo ha dicho... Una nación que ha sometido á Cleopatra, á Mitrídates, á Annibal, á Vercingetorix, al mundo entero, ¿tendría algo que temer de aquellos comedores de carne cruda? ¡Por Pólux, que para ser arúspice, harto mal raciocinas!

— Sea Sapor, sea éste, sea aquél, el destinado á dar el último golpe, el último golpe vendrá... ¡Los dioses indignados, no protegen ya á Roma!

— ¡El último golpe! ¡En verdad me hace gracia!

— ¿Pero me negarás que la Roma de Constantino no sea tan fuerte cual lo era la de César?

— Seguramente no lo es.

— Y ¿por qué sino por su indiferencia para con los dioses de sus victorias? Una nación no es grande más que por sus dioses. Sus virtudes son inspiradas por sus dioses, porque sus dioses son la encarnación de sus virtudes. Sus fuerzas son el aliento de sus dioses, porque sus dioses son la causa directora de sus fuerzas. Su triunfo es la palabra de los dioses. Si una nación, por grande que sea, olvida la Omnipotencia de sus dioses, ¡sus dioses le harán morder el polvo de la derrota! ¡Permitan los dioses que un nuevo emperador restituya su culto,

para volver, oh griegos, oh romanos, á nuestra antigua grandeza!

Todos los circunstantes suspiraron por el retorno á sus cultos; y Xarcas, que, agazapado é inapercibido escuchaba, interviniendo de súbito, les apostrofó así:

— ¡Sea anatema sobre vosotros, apóstoles de la Mentira! ¿No sabéis que un Dios bueno y humano os abre sus brazos sobre el Gólgota? ¡Andad, arrojaos en su pecho y sollozad vuestra perfidia, que Él os llevará á su reino de paz! ¿Ignoráis que ha lavado con su sangre vuestras iniquidades? ¡Oh hombres ciegos y sordos, que tenéis ojos y no veis, que tenéis oídos y no oís, sea anatema sobre vuestras frentes!

— ¿Y es esta la religión de Perdón y Caridad que predicáis vosotros los Cristianos? — preguntó con alegre ironía el filósofo, mientras Xarcas se alejaba bajo una rechifla de carcajadas soeces. Sobre sus labios vagaban estas palabras divinas:

— *¡Perdonadles, Señor, que no saben lo que hacen!*

Bajo la columna de Pompeyo, encontró algunos de sus antiguos amigos, en alegres pláticas. Nicias, tomándolo por un bufón vagabundo, lo llamó, para reirse á su costa, pues su extraña facha le hacía presumir un loco divertido...

Y olvidándose luego de él, el corro se puso á conversar, indiferentemente... Entonces pudo escuchar algunas opiniones á su respecto, que lo pasmaron de indignación.

— Parece que Xarcas ha huído de su casa, — dijo Demetrio.

— Siempre me pareció tonto,—repuso otro; — pero nunca hasta tal punto.

— ¡Estos jóvenes del día! — exclamó Anaximenes, que recién llegaba. — Yo nunca conocí juventud más decrépita.

— Más absurda...

— Más ridícula...

— Más torpe...

— Yo, por mi parte, protesto. No me responsabilizo de las tonterías de Xarcas, — dijo Hipólito; — pero es buen muchacho, como todos vosotros lo habéis reconocido antes de que se extraviase.

— Kleía dice de él cosas estupendas...

— ¡No debéis creerlas!

— Ni las creemos, ni dejamos de creerlas...

— En fin, yo lo compadezco con toda mi alma, — afirmó sinceramente Hipólito.

— Sí, lo compadeces, agregó Curtio; pero ¿es sólo por compasión que vas diariamente á informarte si han llegado noticias suyas á su casa? Kleía dice que tú también estás chiflado por una pequeña esclava que ella le donó... ¡No sé para qué usos!

— ¿De Gemmah? — é Hipólito sintió que la sangre le subía al rostro...

Xarcas no oyó más; salvándose de las risas de los antiguos camaradas que no

supieron reconocerlo, continuó su camino. Llenábale la boca un sabor acre; y el pecho, esta plegaria suprema:

— *¡Haced, Señor, que pase por mí este cáliz de amargura!*

Sintiéndose desfallecer se dirigió, sin apresurarse, hasta su casa. Llegó al caer de la tarde. Nadie, ni Haydahí misma, le reconoció; pero Gemmah, al verlo, se puso de pie. Empalidecido el rostro, cruzó los brazos, y habló con voz que era un murmullo:

— ¡Bien venido!... Como María-Magdalena, mi amo, quiero recibir el bautismo de tu religión...

El ruego más vehemente vibraba en sus palabras; diríase un ruego de amor... El joven la escuchó como un jirón de armonía que de lo alto bajara. Quedó suspenso:

— ¿Y quién te puede bautizar?

— Tú, ¡oh mi amo!

— Yo no he sido ordenado sacerdote.

— Y ello ¿qué importa, si ahora no hay saderdotes cristianos en Alejandría? Todos han huído de la persecución arriana é imperial, ó se esconden. ¿Para qué buscarlos? Tú eres cristiano, y ello debe bastar para que puedas bautizarme.

— Ignoras que Alejandro, el primer obispo, ya lo prohibió... ¡Fué una calumnia que inventó al santo Athanasio la vileza de los arrianos, cuando se dijo que, de joven, antes de ordenarse, bautizaba niños, jugando en las orillas del mar!

Con voz soñadora, Gemmah repuso:

— ¡Una calumnia!... ¿Por qué?... ¿Me dejarías tú morir sin el bautismo como una bestia? ¿Quién te garante que yo no vaya á morir esta noche? ¡*Vive pensando en tu muerte*, es uno de los preceptos de Dios!

Y agregó, acercándose con los ojos brillantes, con el tono más tierno de súplica de mujer:

— ¿Me dejarás morir sin el bautismo? Cuál remordimiento será entonces el tuyo! ¿No me amas acaso? ¿Quieres que vayamos á buscar un sacerdote ortodoxo? ¿Dónde lo encontraríamos hoy en esta ciudad maldita y á estas horas? ¿No eres tú casi un sacerdote? ¡Bautízame, bautízame, oh mi amo!

A pesar de su modesta condición de esclava, le había puesto su mano temblorosa sobre el brazo. Bajo la luz de la luna, en la tibiedad de aquella noche tropical espléndidamente constelada, nada más bello que la actitud apasionadamente humilde de la virgen de Syria. La beatitud de su expresión y la seguridad de su palabra, hacían vacilar al alejandrino, como los platillos de una balanza cargados de pesas iguales. Y hubo un argumento supremo: una mirada, mirada luminosa como un rayo de sol. Tan luminosa, que el joven creyó ver una columna de fuego que descendía del cielo sobre la frente de Gemmah.

Decididos, marcharon entonces ambos hacia la orilla del mar. Todo estaba sumido en profunda calma. La brisa nocturna agitaba en los vastos jardines de aquel rico barrio, los sicomoros, las palmeras, las higueras y las cicas, que estremecidas de placer, susurraban como si secreteasen, y agitaban sus copas como saludándose con aire de sonámbulos. Nadie vagaba en las desiertas calles. De lejos, llegaba el eterno murmullo de las olas.

Gemmah, que seguía á su amo, sintió de pronto frío y miedo, en aquella soledad de cementerio. Algunos canes que los ladraban de adentro de los jardines, la aterraron. Parecían los espíritus del mal; tal vez almas transfiguradas y errantes de gentiles, arrianos, melecianos, gnósticos, filósofos. ¡Acaso el mismo Diablo!

¿Cuál fenómeno más bello que el bautismo de un catecúmeno conquistado en

una edad en que goza de su pleno entendimiento? ¡Y cuando ese catecúmeno es una doncella inviolada, de rostro más bello que un arcángel, de ojos más negros que el abismo, de boca más roja que la sangre! La naturaleza misma parece que se suspende y maravilla toda ante espectáculo tan grande. El cuervo calla, y la blanca paloma vuela con su vuelo blanco, á ocultarse, al calor de su compañera, en su nido.

Gemmah interrogó á Xarcas, asustada de ese extraño silencio de la naturaleza. Su llamado parecía un sollozo. Xarcas la tomó de la cintura para sostenerla, le apartó los cabellos de la frente, le dió en la boca un ósculo de paz, y la calmó:

—¿Qué temes? Dios ampara á los suyos. Yo te guío; yo te sostengo.

La guió y la sostuvo con cariño de madre. Ella se dejaba llevar, pálida, la cabeza sobre el hombro del amo, los ojos cerrados, palpitantes los senos.

Todo era simple y delicadamente luminoso en aquella noche de verano. Las ráfagas traían en sus alas los perfumes más penetrantes y más deliciosos... Y los nuevos cristianos caminaban en silencio, castos como ángeles, embargados en un encanto vago. El cabello de la esclava agitado por la brisa, palpitaba sobre el rostro del amo, como el ala de un ave.

Así llegaron á la orilla del mar. En su azul se destacaban, hacia el puerto, las luces parpadeantes de dos ó tres galeras. En el horizonte brillaba, como una estrella, el faro del templo de Racotis y Aphrodita.

¡Salvaje belleza era la de aquel mar impetuoso lamiendo con humildad las plantas de la orgullosa Alejandría! De la réproba Alejandría, reina prostituída en el cieno y enemiga sangrienta de la Fe... La grandeza de Dios toda se revelaba en aquel conjunto sublime: la lluvia de diamantes en lo alto, la espléndi-

da ciudad dormida á lo lejos, el mar espumoso á los pies. Todo en calma, sólo velaba el Vicio. En lontananza divisábase, como una estrélla, el faro del templo de Aphrodita...

Ambos cristianos se hincaron cantando ante el mar; y su cántica recordaba el himno de Moisés:

«Cantemos, cantemos, la gloria del »Señor... ¡Los carros de Pharaón, su »ejército, y los más grandes entre sus »príncipes, han sido amortajados por »los abismos: cayeron como una piedra »al fondo de las aguas!»...

Y ante tales magnificencias de la noche, Xarcas y Gemmah, con la cara prosternada, lloraron de beatitud... Luego el joven procedió al acto solemnemente, con la compostura de un patriarca. Preguntó á Gemmah, según las fórmulas usuales en el bautismo de un catecúmeno:

—¿Crees en Dios y en la Iglesia?

—Creo en Dios en tres personas dis-

tintas y un solo Dios verdadero: en Dios-Padre, en la divinidad y humanidad de su hijo Jesús, y en el Espíritu-Santo. Creo en su Santa Iglesia.

—¿Deseas el bautismo?

—Lo ansío, con el nombre de María-Magdalena.

—Sea. Dios es testigo que, por falta de clero ordenado en estos momentos, yo, el más indigno de los siervos de Dios, te bautizo. ¡Con tu propio nombre de Gemmah y el que adoptas de María-Magdalena, te bautizo!

Quitadas las sandalias, arremangadas las vestes, penetraron en el mar, y según la costumbre legendaria, Xarcas volcó sobre la frente pálida de su esclava el agua purificante.

Terminada la ceremonia, dieron gracias á Dios y se abrazaron. Una paloma blanca bajó de lo alto, y revoloteó sobre sus cabezas. El joven catecúmeno, comprendiendo que ello era una advertencia del Cielo, puso, como Pedro sobre la

frente de Simón de Gitton, sus manos sobre la cabellera de la virgen que oraba arrodillada. Así ésta recibió algo como un segundo bautismo en el Espíritu-Santo, y entonces el Espíritu-Santo habló por su boca.

Habló por su boca y dijo:

— ¡Hombre! Alguna vez te tentará el demonio del orgullo, como á Pablo cuando se llamaba Saulo y era jefe de los fariseos. Te incitará el Demonio de la Carne, como á Antonio. Pero luego volverá el arcángel Gabriel á bajar sobre la tierra, y con su ejemplo refrenará tu Orgullo y sosegará tu Carne.

— Así sea. ¡Abrázame ahora, oh mi hermana María-Magdalena, en Nuestro Señor Jesucristo!

Se abrazaron; y María-Magdalena sollozó sobre el pecho del alejandrino, quien le besó la frente, y colocó una flor de loto azul entre sus crenchas. Unidos de la mano regresaron, recibiendo Xarcas de nuevo á la joven bajo su techo.

Con la generosa inexperiencia de la juventud, desafiaba las furias de la Carne... Y las furias de la Carne se desencadenaron sobre él.

Todo dormía aún, el mar, el cielo, la ciudad. Sólo de cuando en cuando oíase, como un siniestro presagio, el grito de alguna ave nocturna.

Sobre las losas de su aposento, con los brazos cruzados sobre el pecho, Xarcas, el aspirante, oraba. En el curso de sus oraciones, sintió seco el paladar, febricitantes los labios. Y con las angustias de la sed, su alma rebelde á sus propósitos de devoción, penetró vagarosa en una selva, el perfume de cuyas flores daba vértigo. Eran flores blancas, azules, rojas, negras, embriagantes como pebeteros. Y bajo el cielo de ónixes y las brisas refrescantes, esas flores vivían vida humana.

El asceta cayó en tierra, y mordió el polvo en la angustia, en su sed de deli-

rio. Todo era hermoso en la selva que su mente, mariposa recién salida de la crisálida bajo un sol de primavera, recorría, curiosa de pasiones. En cada flor palpitaba una pasión. A lo lejos, el templo. La luz que salía de sus pórticos entreabiertos, era luz santa; pero se apagaba en las sombras de la selva, donde, rey del amor, imperaba el plenilunio. El plenilunio mismo, la flor inmensa de la noche, era como una rosa igniscente y pálida. En un claro, coronados de pámpanos de viñas salvajes, danzaban los sátiros; entre las aguas, despreocupadas y alegres como niños, jugueteaban las ninfas...

Xarcas sueña. Abandona su postura silenciosa y recorre sonámbulo su palacio del barrio Bruchión, que es como el palacio encantado de su selva, con paso de lobo hambriento en busca de nutritivas podredumbres. Todo se le antoja fantástico y paradisíaco. Dirígese al

aposento de Gemmah, y entra por su puerta entornada. Ve á la novel cristiana, que duerme con la confianza de su virginidad, de su religión y de su amor. Está casi desnuda sobre el lecho... El lecho antójasele un altar; la virgen, un pan eucarístico. Anhela alzar esa hostia en el sacrificio de la misa; extiende hacia ella, arrodillado, los suplicantes brazos. Es la hostia más bella, la más pura, llena de vida, de unción, de amor. En sus labios se percibe la vibración de un ruego misterioso, que parece profanar la blancura de sus formas. Pero en sus ojos cerrados, hipnotiza la majestad de la Muerte. — Con los brazos tendidos la implora el alejandrino, de rodillas. Y se arrastra, inconscientemente, como la paloma hacia las fauces de la boa. En su velludo pecho arde la llama que enardece á los sátiros de los bosques.

La veste caída de la virgen, desnuda el lirio de su garganta, que es como un vaso sagrado... ¡Ya ha encontrado Xar-

cas el cáliz que apagara su sed! En él corre y palpita sangre joven... La entreabierta boca sonríe, y hay luz de amor en su sonrisa... Y el beso ardiente que el alejandrino estampa arrodillado en el lirio de su cuello, se prolonga como la oración de un inspirado. Es un beso de sangre, pues quien lo da sueña beber la sangre que corre bajo esa piel de flor.

Y he aquí que, de pronto, un nimbo de luz surge como una aurora sobre la frente de la virgen; y la virgen dormida, habla:

— ¡Hosanna! La luz de mi frente es el signo de mi Gracia. La Gracia es el triunfo sobre la Carne. El triunfo sobre la Carne es la victoria del Cielo y la derrota del Mundo. La derrota del Mundo y la victoria del Cielo es la unión mística del alma con su divino Creador. El Ascetismo es la suprema Sabiduría. Es la suprema Sabiduría porque es el supremo goce de la tierra, sólo accesible á los Elegidos. Y ese goce, no es si-

no la puerta de entrada á otros goces que son muy mayores, porque son eternos. ¡Hosanna! ¡hosanna!

Inmóvil su rostro de máscara divina, así habla la virgen, sin despertar de su sueño. Su voz traspone los labios por arte sobrehumano, como la luz un cristal. Su cuerpo es como un santuario. En la distracción de la soledad y el misterio de la noche tropical, evidencia tesoros de líneas y matices. Toda blanca, toda suave, su tez irradia en las sombras. El pie pequeño é indiscreto que cae afuera del lecho; las bien torneadas curvas de su busto; el rostro, perfecto ideal de escultura; las guedejas esparcidas; el cuello reclinado en un gracioso abandono, y el torso que se adivinaba de perfiles armoniosos, forman un todo exuberante que al incipiente asceta se ofrece en su desnudez peligrosa de capullo entreabierto...

Xarcas sueña. Alégrase el Dios Pan.

Hacia un fondo de penumbra, huyen despavoridas entre el ramaje de la selva secular, las ninfas del furor de los faunos. Interrumpe los rumores de la encantada selva, ya una carcajada nerviosa y triunfal de bajo profundo, ó ya, acá y allí, tras discretos y abundantes pámpanos, algún grito femenino y ahogado. Todo el ambiente parece poblado de Misterio. Es una visión terrible, de orgullo y de lascivia. Y aquella visión, pónele en las venas el frío de todos los hielos, y en el pecho el ardor de todas las hogueras. A sus oídos llega, lejano y apagado, un canto profundo: un himno á la vida, al amor, á la naturaleza...

Y he aquí que de súbito, Xarcas comienza á retozar como un joven potro lleno de vida y de ardores; echa al viento las crines, da un relincho de júbilo, trisca y piafa sobre cuatro patas de corcel: ¡es un centauro, un joven centauro que ama las ninfas!

Todas las visiones profanas de la mi-

tología griega cruzan ante su vista: ¡es que atraviesa la selva en raudo galope! Aquí, un grupo de sílfides se esparce medrosamente; allá, una tropilla relinchante de vírgenes potrancas...

Súbito siente como un golpe de hacha que le raja el cráneo, y helo de nuevo de rodillas ante el lecho en que duerme, más incitante que nunca, la virgen bautizada con el nombre de María-Magdalena, su hermana en Nuestro Señor Jesucristo... Todas las visiones satánicas, todos los anhelos angustiosos, — ¡todas las hambres! — vienen á converger en esa estrella, así como todas las aguas de los ríos y arroyos caudalosos van á desembocar al océano.

— ¡Hela ahí, santa, pura María-Magdalena! Todas las virtudes cristianas se reflejan en sus párpados cerrados como los pétalos de un capullo. ¡Oh sublime belleza! ¡Oh portentoso cuerpo de suprema ternura! ¡Cántente los sátiros, las ninfas, los santos, los poetas! ¡Ave!

Y un vampiro gigantesco que viene agitando sus negras alas membranosas, acércase al cuerpo, como atraído por su lilial blancura, y tiéndele voluptuosamente su pulposo hocico...

— ¡Bestia del abismo! — clama el asceta, y tiende exorcizando sus temblorosas manos... — ¡Bestia funesta, engendro de las sombras! — Y sus manos blancas, que exorcizan, parecen gemir también una plegaria... — ¡Símbolo del Averno, huye; maldito seas! — La voz se le corta; siente un nudo que le ahoga la garganta; de su pecho salen ronquidos como estertores de agonía... Y cuando el repugnante animal se retira espantado de la rudeza de su apóstrofe: — ¡Ave, María-Magdalena! ¡Ave! — Y en el éxtasis de lujuria sobrehumana: — ¡Ave! ¡Ave, virgen de vírgenes, Gemmah, María-Magdalena!

Y he aquí que un monje surge en las tinieblas y habla:

— ¡Xarcas! Todos los que de mujer

nacimos, corremos por la senda de la vida con fines diversos. Unos nacen ascetas; otros, hombres de hogar. Tú naciste para Gemmah. ¿No te lo enseña el libro de los libros en el canto de los cantos?

Dice y desaparece. Sus palabras quedan vibrando como trompas en los oídos de Xarcas, cerrada su alma á una voz interna que le avisa que aquel fantasma no es un monje, sino la perversa encarnación de un pensamiento inicuo, que, para ingerirse mejor en su ánimo, ha vestido, durante su sueño, un hábito de pureza. Pues la maldad, rara vez presenta desnudas las llagas de su cuerpo, casi siempre ocultas bajo un disfraz de virtud. De otro modo, su cinismo la haría antes repelente que tentadora; su verdad sabría á injuria, así como su máscara suele ser atractivo.

Después de las razones de la visión del falso monje, la garganta de la virgen de Syria es más que nunca el foco-

imán que atrae los labios temblorosos. Cada uno de sus senos parece una rosa blanca abierta en una mañana de primavera; y entre ellos, un ánfora de elegante impulso se diseña, rebosante de miel. Rebosante de una miel que se ofrece ante la boca del joven prosternado como único bálsamo al martirio de su fiebre, dolor horrendo, angustia de Pecado, que á la inversa del Martirio de la Fe, no se goza en sí mismo, sino que agoniza cobardemente por finalizar...

— ¡Ave, oh virgen! — clama. — Si en la noche yo te pulsara, bajo mis dedos temblorosos, tú serías el arpa de mi canto, el arpa de David. Tus blancuras florecerían donde yo posase mis labios, fecundadas por el fuego de mi boca. Yo limpiaría antes de mis encías el veneno de la penitencia y de la blasfemia, y mis labios, en la noche, te sabrían á vino de Chío. Tu blancura de lirio se matizaría, á mi contacto, con los tintes de carmín de la rosa; y tu cuerpo se estremecería

como una sensitiva. Todo en ti es casto; los sones que yo arrancaría con mis dedos temblorosos al arpa de tu cuerpo serían un psalmo de arcángeles. Envueltos en la sombra y el silencio del sepulcro de la noche, yo sería el rey David, — y tú, oh desnudo cuerpo virginal, ¡el arpa de Dios!... ¡Vibren las cánticas divinas en el arpa de Dios! ¡Que sus notas estallen como centellas! ¡Que sus gemidos líricos y marciales sean, al propio tiempo, un grito de la angustia de nuestra pequeñez humana, y un grito de admiración de la grandeza de Dios!

Y siempre de rodillas, extiende sus manos, sus blancas y delgadas manos de asceta, hacia la virgen durmiendo en el lecho, toda blanca, toda fresca, divina en el sublime abandono de su castidad. Y sus manos tiemblan como las flexibles ramas de las enredaderas de los bosques, agitadas por el huracán turbulento del Deseo.

. . . .

VI

ANTONIO

A tal punto sintió Gemmah enardecerse en su pecho, después del bautismo, la pasión absorbente de su piedad, que hubiera deseado ser ella misma un sacerdote hembra, á igual de los varones sacerdotes, como habíase practicado en ese país de Egipto, en época reciente, aun durante el episcopado del santo patriarca Alejandro.

La cuarta regla ecuménica del Concilio de Calcedonia autorizaba á la mujer para oficiar, bautizar, confesar, absolver y bendecir. Tertuliano y Athanasio, el sucesor de Alejandro, lo prohibieron,

con anatema. Sin embargo, las misas celebradas por hembras sacerdotes poseían, al decir de testigos, un encanto singular y penetrante como el perfume de una magnolia. Varias veces pensó la virgen en ese placer prohibido de decir la santa misa; y ese fué el único placer prohibido en que soñó después del bautismo: tan pura era su alma, tan casto su cuerpo. «Hoy todavía, — se decía, — las brujas sacerdotisas del Demonio ofician su horrible misa en los países inconvertidos, aunque no lo puedan en la plena luz de Alejandría, donde caen ofuscadas como enormes pájaros negros. ¿Por qué, si ofician las sacerdotisas del Diablo, nos está prohibido oficiar á las esposas de Dios?...» Mas luego, comprendiendo que tal pensamiento importaba rebelarse contra las decisiones de los santos padres, lo desechaba como una tentación demoníaca. Pues la resignación era la suprema virtud de los cristianos. Una aspirante á esposa del Señor, debía res-

petar ante todo la palabra de la Iglesia, porque la palabra de la Iglesia es la palabra de Dios.

Xarcas, por su parte, sentía enardecerse más y más cada día las pasiones terrenales de su alma y de su cuerpo. Formaban una extraña dualidad contradictoria, de donde emergían dudas horribles para su conciencia. Un pudor singular, que acaso no fuera si no una sombra maligna del orgullo (del cual orgullo ningún ser humano puede librarse en absoluto, porque es, en su génesis, el instinto mismo de la Vida) le vedaba ir á consultar tan horribles dudas con el padre de todos los anacoretas, que creía que viviese aún, centenario, en su retiro de la Tebaida. Sin embargo, tuvo un sueño que creyó inspirado por Nuestro Señor. Vió en ese sueño una forma blanca é indecisa que en un principio tomó por una nube primaveral, luego por un sol, luego por el alma de su bautizada

Gemmah, de María-Magdalena. Esta forma fué creciendo é iluminándose gradualmente, hasta que de pronto, abrió como una enorme rosa seráfica, millares de pétalos de luz deslumbradora, y emergió de su centro, Gabriel, el Arcángel.

—¡Nuncio de Dios, —clamóle postrado el joven asceta, —sácame del infierno de mis cavilosidades, y purifícame en el Amor divino! ¡Vivo solo y triste, porque me creo privado del Amor de Nuestro Señor! Soy la flor solitaria del abismo, hasta donde no llegan los rayos del sol...

Como los sollozos le ahogaran, interrumpióse, alzó la vista ante el Arcángel, y vió que los ojos de Gabriel y las líneas de su rostro poseían la misma expresión de la hermosa virgen esclava, Gemmah, cuya figura llevaba grabada con fuego en el arcano de su pecho. Las alas desplegadas, diríanse dos liras gigantes...

—¡Oyeme! —le interrumpió el Ar-

cángel. — Un lirio que brotó en el fondo de un abismo, alimentaba sus raíces en el estiércol de las águilas, que rodaba hasta allí en abundancia, despeñado de las cumbres. Creció protegido de los vientos; y en aquella atmósfera húmeda, con las raíces hundidas como garras en una tierra cargada de podredumbres, abrió una flor de rarísima belleza. Esta flor miraba en lo alto el retazo visible del firmamento, y sollozaba de no tener el vuelo de las águilas, que á veces bajaban hasta ella persiguiendo alguna presa que se desbarrancara, y le rozaban la pálida frente con sus alas parduscas. Un día, una de esas águilas, por un incomprensible capricho y como obedeciendo al secreto deseo de la planta, bajó, la arrancó de la tierra con su corvo pico, y la elevó á la cima. Allí gozó el lirio un instante de un admirable panorama de nubes y de cumbres; pero, cuando quiso alimentar sus raíces, sintió que el suelo era de piedra recu-

bierta de nieve. Entonces agonizó, llorando con sus mustios pétalos, antes tan frescos y esplendentes, el hediondo rincón de abismo de donde fué arrancado. Murió, y los huracanes lo deshicieron en ínfimas partículas que desparramaron por el aire.

Dijo y calló Gabriel, con ademán meditabundo; lágrimas de lava caldeaban sus pálidas mejillas... Y cuando el alejandrino que se había mantenido de rodillas ante tan augusto mensajero, alzó de nuevo la vista, el Arcángel había desaparecido, como un jirón de niebla que barre el huracán.

Ensimismado pensó el asceta cuál sería la significación oculta de tan bella parábola. Supuso que con ella habíasele querido enseñar: que el hombre como el lirio del abismo, es una criatura baja y débil, para cuyo sustento necesita de podredumbres. Que la aspiración hacia las cumbres, es orgullo y vanidad del falso ascetismo. Que el hombre debe re-

signarse en su innata humildad y bajeza. Que en su resignación se halla la verdadera beatitud. Que esa beatitud produce las mejores flores, y que por sí sola es el cumplimiento del divino y supremo Ideal...

Y una mañana, no pudiendo resistir más tiempo al fuego de dudas que le devoraba, resolvió ir al desierto, á consultar á Antonio. Encargó á Haydahí que velara sobre Gemmah, dió algunas órdenes á su intendente Euphrosias, llamó á su esclavo Hilario, y partió con él, seguido de su perro Chrios. La bendición de Dios velaba sobre su frente.

Como las bestias en tiempo de sequía, bajo un sol equinoccial, atraviesan arrastradas por el instinto de su sed, largos bosques y montes y páramos, para llegar hasta un cristalino manantial cuyas gotas surten y caen alegremente á modo de perlas sobre las rocas hasta descender serpenteando en un hilo al

estanque, así avanzaba también Xarcas, guiado por un instinto, el más excelso: un instinto sobrehumano de divina piedad. Y atravesó terribles regiones habitadas por fieras y reptiles é insectos ponzoñosos, y se internó en los desconocidos desiertos del alto Nilo, empistado por un esplendor sutil y vibrante, que impregnaba su alma de coraje, que la incendiaba de Fe. Respetuosamente, fielmente, seguíanle su esclavo Hilario y su perro Chrios. El resplandor que le guiaba como la columna de fuego á Moisés y la estrella vespertina á los Reyes-Magos, era informe y tenue de continuo, aunque á veces, durante su sueño, tomaba los contornos de un ángel. Al propio tiempo, era una vibración inexplicable de luz y de sonido, pues también sonaba como música, como un himno al Todopoderoso.

Desde niño, oyó Xarcas á algunos cristianos vergonzantes, ensalzar la suprema piedad de Antonio; y se sintió

atraído á este monje ilustre, por esa fuerza misteriosa que impulsa un satélite hacia su astro. Pues en la historia de nuestra Santa Madre Iglesia, frecuente es que un elegido de Dios, destinado á ser alguna vez astro, comience por ser simple satélite reflector de un nimbo ajeno. Más fuerza de atracción que la simpatía de la carne tiene la simpatía de la Fe, prodigioso imán que acerca las almas á través del Espacio y del Tiempo; ardiente fuego que amalgama los metales más varios, el bronce y el mercurio, el hierro y el oro; colombino vuelo que levanta el alma sobre las zarzas y los riscos y los mares para fundir los temperamentos en un estrecho abrazo y en un ósculo de paz.

En lo alto de una montaña, sobre una plataforma circular se levantaba, sobre el fondo del paisaje, construída de piedra y cieno cocido por el sol equinoccial, con una amplia entrada de cueva,

la gruta en que habitaba Antonio; y con Antonio, Dios. El Nilo, verdoso y opaco, tendíase á los pies de la roca como un perro. Diríase el Estigia domeñado por mano divina. En la línea impecable del horizonte de arena, todo enrojecido con la sangre del día herido de muerte en la hora del crepúsculo, se esbozaban las siluetas obscuras de una hilera de chacales sentados sobre sus traseras patas de frente á la montaña, con los curiosos ojos fijos, con las orejas derechas en alerta, agigantados, — ya por el extraño espejismo del desierto, ya por algún poder sobrenatural.

En la entrada de la gruta, de frente hacia una alta cruz de madera, toscamente tallada en forma de T, que en la plataforma extendía sus brazos como en un espasmo de angustia de la Caridad celeste, oraba el Santo con las rodillas, las manos y la frente apoyadas en las piedras. Y veíase en el interior de la ermita, en un fondo de tiniebla: un

lecho de heno húmedo con una cabecera de roca, sobre el cual revoloteaba un vampiro, un trozo de pan duro, dátiles, y una calavera de momia egipcia en cuyo hueco bebía el agua del Nilo...

Ante cuadro tan edificante, lloró el joven Xarcas, respetuosamente á distancia, de pie, esperando. Y ya no sentía cruel fatiga de haber subido con las alas de la Fe aquella agria y alta montaña, al parecer sólo accesible á las águilas y á los bienaventurados. Hilario, su criado, lloraba también, de rodillas; y Chrios, el perro, rampante sobre las patas extendidas, abría desmesuradamente sus ojos de bestia.

El Santo enjugó sus lágrimas, hizo tres veces la señal de la Cruz, alzó los brazos al Cielo, besó las piedras, púsose de pie; con las manos extendidas corrió hacia Xarcas é Hilario y los abrazó y besó ambas mejillas, y les dijo:

— ¡Bienvenidos seáis hermanos en Jesucristo, Nuestro Señor!

Los chacales se esfumaron en el horizonte, y el vampiro se sumergió en el abismo como un gavilán herido. Una suave claridad rompió el crepúsculo. Los dos peregrinos, señor y esclavo, se sentaron en las piedras salientes; y el ermitaño les sacó las sandalias, y les lavó las heridas de espinas y guijarros que ostentaban sus pies, y que sobre la blanca piel del asceta parecían rosas florecidas en la nieve. Con su grueso sayal les secó después el sudor de sus frentes; dividió en tres el duro mendrugo que tenía guardado, y lo repartió; dióles de beber agua en el hueco del antiguo cráneo; y todos sollozaron de alegría y cantaron con la mirada en el firmamento:

— ¡Aleluya!

Una harmonía profunda inundó la montaña. Desde lejos, en la calma arrobadora de aquellas santas soledades, infinitos ibis parecían contemplarlos beatíficamente, parados sobre una pata,

tiesos, inmóviles, de piedra, destacándose sus rígidas líneas de aves de antiquísimos jeroglíficos sobre el plateado de las lagunas escalonadas en el anfiteatro de selvas y montañas, que, al resplandor del crepúsculo, reflejaban temblorosas en su fondo el pálido coral de sus cuellos.

Y así habló Antonio:

— Eres Xarcas, hijo del rico Athos, de la familia griega de Milcíades; te conozco. En tu alma pura anhelas el Bien y la Verdad; te bendigo. Y tú, Hilario, sirve y sigue á Xarcas y alcanzarás la Gracia. ¡Loado sea Dios y Nuestro Señor Jesucristo, su único Hijo, y el Espíritu-Santo, que son un solo Dios verdadero!

—Así sea,—respondieron á un tiempo Xarcas é Hilario.

Y prosiguió Antonio:

— Dios te ha consagrado á su culto, Xarcas; sigue sus inspiraciones. Él, que te ha traído hasta mí, te llevará hasta

Él. Si fijas en Él tu espíritu, uniéndote á Él, le conocerás; y al conocerle serás como parte de Él mismo y de Nuestro Señor Jesucristo... Desprecia las pequeñas vanidades del Mundo y las grandes tentaciones del Demonio. Esas pequeñas vanidades son germen de continuos sinsabores, y esas grandes tentaciones son ¡ay! principio de todas las penas.

»Desprecia la soberbia que da la ciencia, porque el hombre no puede poseer la ciencia suma, sino unciendo su espíritu á Él, como una gota de agua que cae en el mar. Por tu propio bienestar en esta tierra, ámalo, conócelo y trata de compenetrarlo. Los dolores que Él te pueda ocasionar, son una gracia divina, porque son fuente de bienaventuranza. Piensa que la perfección está en El y trata de perfeccionarte. Esto es lo que por mi experiencia me ocurre aconsejarte, á mí, el más indigno de los hombres. ¡Loado sea Dios, su hijo Nues-

tro Señor Jesucristo, y el Espíritu Santo, que son un solo Dios verdadero!

— Así sea, — contestaron, arrodillándose, Xarcas é Hilario.

El perro Chrios había desaparecido en el horizonte, en persecución de bandadas famélicas de chacales, que le huían como á un monstruo invencible.

. . . .

VII

GEMMAH

En ausencia de Xarcas, Gemmah la virgen huyó también, una mañana, á penitenciarse en el desierto. Era el único medio propicio que imaginaba para arrancar de su mente el recuerdo de un sueño de sangre, que tuvo en Alejandría, en la hermosa quinta del Bruchion...

Una noche — ¡ah, no podría olvidarlo! — la había distraído, en el pecaminoso sueño que quería expiar, una caricia sobre la frente; la caricia de una mano blanca y suave como el ala de una paloma que revolotease al rededor

del nido. Sus finos dedos le apartaban los bucles que le caían sobre el rostro. Abrió los ojos: un Angel resplandeciente de juventud y de luz, la miraba con pasión. Al verlo palpitaron sus senos tan rápidamente como las alas de una mariposa, bajo un rayo de sol de primavera, sobre un ramo de lilas blancas.

Y el Angel dijo:

— ¿No sabes que en las Santas Escrituras dice que *los Angeles de Dios, viendo tan bellas á las hijas de los hombres, bajaron á cohabitar con las que más les pluguieron?* ¡Heme aquí: vengo á compartir tu lecho!

— ¡Yo he consagrado mi virginidad á Dios! — suplicó angustiosamente la joven, incorporándose y cubriéndose los senos con la túnica. — Al amarte, aunque seas un Angel del Señor, faltaré á mi divino Esposo y mereceré que todos los hombres me arrojen lodo y piedras.

— ¿No represento acaso sobre la Tierra á Aquel á quien llamas tu divino

Esposo? ¡Departiendo conmigo, con Él departes, oh fiel mujer!

Con el rostro pálido de deseo, los dientes apretados y llameantes los ojos, avanzó el Angel, plegadas las alas, más hermoso que el sueño de una reina. Pero Gemmah, enrojecido el rostro con púrpuras de rosa, extendió ambas manos para rechazarle:

— ¡Mi unión con mi divino Esposo, no es una unión del cuerpo sino del alma!

— Tu Esposo me ha mandado para que en su nombre venga hacia ti... Pues la unión de dos almas se estrecha más cuando se anudan los brazos al rededor del cuello.

Así dijo el Angel, tembloroso como el más miserable de los mortales, con el alma encendida como una pira idólatra. Y la virgen exclamó:

— ¡Tú no eres un Angel de Dios! — é hizo la señal de la Cruz.

Entonces el Angel perdió su nimbo, sus alas, su blanca veste, y apareció en

la sombra como un mancebo de singular belleza, piel cobriza, cabellera negra y encrespada y ojos de abismo. Y en su nueva forma de Demonio, érale á Gemmah más tentador aún que en su casta figura de Angel. Pues en el fondo de toda alma femenina, por santa que sea, yace un deseo vago de lo prohibido, de lo terrible, de la virilidad de lo demoníaco. Sus senos (que antes temblaban tan rápidamente como las alas de una mariposa posada sobre un ramo de lilas blancas bajo un rayo de sol de primavera), se paralizaron á un sentimiento de vergüenza... Rápido relámpago, un mal pensamiento le atravesó el alma, y la llenó de consternación. Sollozando, dejó caer ambas manos sobre el vientre, y de rodillas sobre el suelo, presentó al Tentador el Crucifijo... Y Satanás, que era quien antes había asumido para mejor vencerla la forma de un Angel del Cielo, huyó vibrante de ira, envuelto en sus propias redes de cazador de almas,

excitado como un fauno de quien se burla alegremente una medrosa bandada de ninfas. Sobre su alma sintió entonces Gemmah el hálito helado de un vacío de tinieblas...

He ahí porqué la santidad de Gemmah buscó también, arrepentida de las tentaciones de un sueño perverso, un refugio en el Desierto. Y para guarecerse de la intemperie, de las bestias y de los hombres, el Cielo le deparó una estrecha tumba vacía, construída en piedra por los gentiles. Allí se acostó en una Vida que era Muerte, para prepararse mejor á la Vida gloriosa que nace con la Muerte.

En brazos de las auras, sedosa mata de jazmín había arraigado y florecido al pie de la tumba de piedra. Una de sus ramas, pasando por las grietas del muro al interior, embalsamaba el ambiente del sepulcro con la delicia de sus flores profusas, semejantes á olorosos

copos de nieve. Su perfume distraía las devociones de la enterrada viva; penetrándole por el olfato, le embriagaba la sangre como vino generoso. Era un garfio de hierro que la había enganchado y la atraía hacia los goces de la voluptuosidad, suavemente.

— Acaso, — llegó á pensar, — sea esta una nueva treta de que el Demonio se vale para perderme.

Y varias veces intentó alzar su diestra para cortar la indiscreta rama. Pero sintió en el brazo, como un peso de plomo, la vacilación de arrancar aquel adorno tan bello de la naturaleza, que pendía una corona sobre su frente y una guirnalda sobre sus senos.

En este trance difícil rogó al Cielo se sirviese iluminarla. Y una mañana, bajó del Cielo un Angel, en la forma de un halcón blanco de las cumbres, que, con sus garras y su corvo pico, arrancó de raíz la planta, y remontó con ella el vuelo. De tal modo libró el Señor de

nuevo á su sierva predilecta de las tentaciones de los sentidos. Mas ella abandonó horrorizada la vieja tumba pagana, vagando á través del crepúsculo, en el Desierto...

Desde el ocaso, un sol opaco irisaba el perfil sangriento de los Montes Líbicos. La naturaleza parecía sumirse en la tristeza del pensamiento de un día de vejez más, que iba á agonizar en los siglos de su vida. Una bandada de ibis volaba pesadamente en triángulo hacia los verjeles del Alto-Nilo, en busca de reposo. El río anticipábase á la noche para dormir su sopor de plomo. Cundía el Silencio, interrumpido sólo por uno que otro grito destemplado de las aves noctámbulas y por el fatídico rugir de las hienas, que llegaba del Desierto debilitado como un eco.

Al pie de un inmenso monumento de piedra en ruinas, Gemmah la Santa, detúvose... Con la mirada angustiada bus-

caba un nuevo refugio en que ocultar su carne, en la noche que caía, de los dientes de los lobos y de las caricias de los hombres. La mole parecíale un enigma impenetrable. Sin embargo, hallóle una abertura pequeña como la entrada de una cueva, artísticamente cortinada de zarzas y pámpanos silvestres. Acercóse á ella y se estremeció, temiendo que fuera una guarida de bestias y reptiles, ó, lo que fuera más triste, de antiguos ídolos paganos. Oyó de adentro un vago quejido que parecía exhalar la garganta de una mujer moribunda. Luego, el Silencio. Escuchábase apenas el graznar de algún buho, y de muy lejos, de muy lejos, los rugidos de los leones hambrientos en el Desierto...

Preparábase Gemmah á hacer la oración de la tarde, y á pasar la noche al raso, ya que no hallaba refugio, cuando un nuevo quejido femenino pareció llamarla del seno de la cueva. Miró en derredor: las sombras caían en la an-

gustiosa quietud de la tarde. Y un nuevo quejido más desgarrador, y otros varios, la decidieron á echarse de bruces sobre el suelo, y penetrar en el hoyo, en auxilio de la miserable que allí gemía. Aquella abertura era de un alto pórtico de un monumento en ruinas, que la tierra y la maleza habían cubierto casi totalmente, de modo que sólo pudo entrar arrastrándose como una culebra. Asimismo las zarzas y las piedras le arrancaron mechones de cabello, le desgarraron la túnica y le ensangrentaron el cuerpo. Una vez traspuesta la entrada, se deslizó en la obscuridad por una áspera y rápida pendiente. Adentro. presintió que el antro era una ancha sala cuadrangular de piedra, antes al nivel del suelo, pero que el tiempo había hundido, con su mano de montaña, hasta semi-enterrarla. El edificio todo, otrora de insolente altura, levantado para maravillar la humanidad, era entonces casi subterráneo, ¡casi un cubil!

Triste ejemplo de la ineficacia de la soberbia humana...

En el primer momento, apenas distinguió la forma del recinto. Los quejidos se habían instantáneamente interrumpido... — «¡Salve!» — dijo. Y el eco de aquellas moles pétreas y de los vastos y huecos corredores subterráneos, le respondieron: — «¡Salve!» — Y — «¡Salve!» — repitieron y repitieron hasta perderse en el Silencio. La Santa pensó haber penetrado en un palacio hechizado, y sobrecogida de terror, preparóse á decir las oraciones del exorcismo. El pánico puso á su lengua un freno de acero. Quiso secarse la sangre y el sudor helado que le caían por el rostro, pero le faltaron fuerzas para alzar su mano temblorosa...

Un nuevo quejido vibró, muy débil, muy suplicante, muy doloroso. Sus aterrorizadas miradas se estrellaron como flechas impotentes contra las paredes de piedra. En los cuatro ángulos imperaban

las sombras... Y estalló otro quejido, que casi era un sollozo... La compasión pudó más que el terror: — «¡Quién quiera que seas, mujer, hombre, bestia ó demonio, contéstame!» — exhortó la Santa. — «¡Contéstame!» — «¡Contéstame!» — repitieron los ecos infinitamente, hasta perderse de nuevo en un silencio rumoroso como el de los sepulcros. Las sombras iban invadiendo misteriosamente la sala, como un callado tropel de fantasmas; pero en lo alto de la abertura circular de la cueva, se veía el resplandor rojizo del crepúsculo, como un rastro de sangre...

De pronto, en las tinieblas chispearon dos ojos de rubí; dos ojos redondos, fosforescentes, amenazantes, fijos sobre la virgen perdida en la penumbra. Ella los creyó de un demonio, cerró los suyos, y unió ambas manos, entrecruzándose los dedos; y con las cinco cruces que éstos formaban, quiso ahuyentar al monstruo. Pero el monstruo no se movía; sus ojos

de rubí chispeaban con mayor violencia, presentando entonces los cambiantes tintes del ópalo... La Santa avanzó con las cinco cruces de los dedos de sus manos, extendidas en exorcizante actitud. Los ojos cintilaban ahora como diamantes muy claros... La virgen avanzó otro paso... Los ojos fijos parecían carbunclos... Y acostumbrada la virgen á aquella penumbra, distinguió que eran los ojos de una hiena, que estaba pariendo, en aquel rincón de la sala de piedra encajada en la tierra por un golpe que le había dado el Tiempo con su brazo de montaña.

La mujer es medrosa, y aunque Santa, Gemmah sintió miedo; quiso huir. Con las uñas en garra, intentó escalar la pendiente por que antes bajara. No lo consiguió, destrozándose las manos... La hiena en el rincón, mostraba sus dientes y gruñía con el furor reconcentrado de un gato salvaje que se siente acosado por los perros... Todas

las fuerzas de la Santa eran impotentes para alcanzar la apertura de la cueva en la cual la luz del crepúsculo figuraba ya una agonía de sangre... Temía caer desmayada de un momento á otro, y rodar hasta el rincón más bajo, donde gemía la hiena...

—Dios me manda,—se dijo,—en castigo de mis culpas pasadas, que pernocte en este subterráneo, compañera de esa fiera. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Y se colocó de pie en otro ángulo de la sala, recostada al muro de piedra, como Daniel en la cueva de los leones. Allí pasó toda la noche, despierta, orando frente á la bestia recién parida, cuyos ojos la seguían ávidos y cuyos dientes vibraban de hambre é ira al olor, ¡casi al contacto! de aquella tierna carne humana.

Cuando salió el sol, Gemmah, huyendo de la fiera, penetró en otra sala más grande y más fría.

Inspirada pudo leer, con los ojos clarovidentes del alma, una inscripción grabada en el muro con ininteligibles jeroglíficos, que decían:

«*¡Oh divinos Jueces, yo el Rey, moderador de la justicia, aprobado por Amon, os digo: no me he embriagado, no he sido negligente, no me he apoderado de bienes consagrados á los Dioses, no he mentido, ni sido libertino, ni me he manchado de iujurias, ni he movido la cabeza oyendo palabras de verdad, ni el arrepentimiento de delito alguno me ha obligado á devorar mi propio corazón!*»

Así decía aquella leyenda conmovedora, en bárbaros caracteres.

— ¡Qué mayor piedad, qué mayor inocencia! — pensaba la Santa con los ojos empañados por las lágrimas. — ¡No delinque, Señor, sino quien lo quiere! ¿Cómo, Señor, entonces podéis condenar tan noble espíritu que, por su ingenuidad más que por inmodestia, alega tales méritos en los muros de su tumba? Na-

ció fuera de tu santa religión, pero fué santo. No te rindió culto, pero cultivó la virtud. No conoció tus leyes, pero gobernó según los altos preceptos de tus leyes. ¿Por qué ha de merecer el castigo? ¡No fué su culpa nacer entre idólatras: él te reverenció sin conocerte; tiene más mérito que Pedro, Pablo, Athanasio, Antonio, varones santos, que te aman porque te conocen!

Y su interno coloquio calló de súbito, asaltada su alma por horrible duda, como un niño que, paseando por una selva, vese de pronto embestido por un toro furioso... ¿Podría acaso pensar, ella, ignorante mujer, en los misterios profundos de la ciencia del Bien y del Mal, de la Recompensa y del Castigo? ¡Laberinto era ese, mayor que todos los laberintos de piedra que había visto arruinados en aquella tierra que antes impusiera al Mundo sus supersticiones infernales, y que hoy le daba el ejemplo de las sublimes virtudes de sus legiones de anacoretas!

Pero si no podía descifrar los misterios de la justicia de Dios, sabía implorar la misericordia de Dios. Podía orar por los millones de almas de aquel misterioso pueblo de momias humanas y momias de bestias. Tal vez sus súplicas, las súplicas de todos los fieles, alcanzarían la Misericordia divina para aquellos malaventurados que escribieron su historia indescifrable en páginas de piedra tan grandes como montañas.

. . . .

VIII

EL DESIERTO

Internándose á su vez hacia el corazón mismo del Africa, en pleno Desierto, Xarcas el Monje, — instituído tal por el mismo San Antonio, en su gruta de la Tebaida, — sentía aquella noche la grandeza abrumadora de la Soledad, como un enrarecimiento de la atmósfera de paz que debe respirar el alma de un siervo de Nuestro Señor. Perdido entre el Cielo y el horizonte de arena, sufría la angustiosa sensación de una golondrina que se rezaga de la bandada al atravesar los mares, siente perder sus fuerzas, y

queda sola, suspendida por la fragilidad de sus fatigadas alas, entre las olas y el firmamento.

Por todo el plano del arenal, la obscuridad acrecía en la calma precursora de las grandes tempestades; y el Monje caminaba al ocaso, sin un monte, sin una peña, sin una estrella que orientase su alma peregrina. El Silencio en aquel panorama todo abierto, todo negro, bajo un Cielo todo negro, todo abierto, era el Silencio de la Muerte.

Y entonces pensó el Monje que, de un momento, á otro, debía llamarlo ante sí el Juez de los Jueces. Al recordar el Pecado de la pasión de su vida, surgió en su mente la imagen del eterno castigo, del fuego eterno, del centro de la Tierra. Y oyó el grito interminable del interminable dolor. Y vió las llamas inconsumibles del inconsumible martirio. Y vió las almas de los malaventurados, de los millones de malaventurados. Y lloró su infinita iniquidad, cayendo sobre la Tie-

rra, aplastado por su propia iniquidad. Pero al querer clamar como un llamamiento á la suma piedad divina:—«¡Dios mío! ¡Dios mío!» —clamó: — «¡Gemmah! ¡Gemmah! ¡Gemmah!!»

El firmamento, terso en el zenit como la boca de un abismo, y flanqueado al poniente y al mediodía de enormes nubarrones que hacía oscilar el huracán, asemejábanse á un incomensurable murciélago extendido sobre la Tierra, y agitando los vientos y los horizontes.

Montañas se levantaban del seno de los Montes Líbicos, como monstruos informes encendidos de ira, y atacaban al Monje perdido en las tinieblas de aquellas vastas soledades. El viento se calmaba en algunos instantes, como un cansado gladiador que se detiene en la lucha, para recomenzar luego con siempre crecientes bríos. El Desierto todo palpitaba á su empuje, — como si su soplo fuera la sangre que, en trágicos momentos, zamarreara furioso el corazón del Africa.

Y Xarcas clamó desfallecido:—«¡Gemmah!» —Clamó anegado en lágrimas: —«¡¡Gemmah!!»—Clamó sediento, prosternado, amenazante, arrepentido, iracundo, lastimero, compadecido, suplicante, de rodillas, de pie, corriendo, tiritando, inmóvil como un muerto, mesándose los cabellos, arrancándose los cabellos, rasgándose el rostro con las uñas, rasgándose el cuerpo con las uñas, pálido, apoplético, misterioso, bestial, con la voz del arrullo de la tórtola, con la voz de la cólera del océano, con la voz silenciosa del alma, soñador, airado, terco, frenético, loco: — «¡Gemmah! ¡Gemmah!!!»...

Y cayó de rodillas. Echó el cuerpo hacia atrás como si recibiese un golpe en el pecho. Apoyó las crispadas manos en la arena. Anudósele la voz en la garganta. Entreabrió la boca como si se asfixiara. Fijó los ojos extraviados en el horizonte... Una luz radiante, que no

era una estrella ni una hoguera, brillaba en lontananza. A veces, cuando las auras del Desierto temblaban, crecía y disminuía, como una rosa que cerrase y abriese y tornase á cerrar y abrir indefinidamente sus pétalos de lumbre. Esa lumbre le entraba por los ojos, le enardecía la sangre, le satisfacía el hambre y la sed, le excitaba los nervios, le fijaba la imaginación, le arrebataba la voluntad y le fortalecía el cuerpo y la mente: porque supuso que aquel fuego era un símbolo de su Santa, que apiadada al fin de sus horribles sufrimientos, le llamaba hacia sí, — tal vez en su hora de muerte!

Este pensamiento fué como un rayo que le hiriera el alma. Y su alma, tan conocedora de Dios, tantas veces triunfadora de las tentaciones de la carne, tantas veces victoriosa de todas las tentaciones, — cayó como una vieja encina. Todas sus fibras rechinaban, ¡oh, pobre arpa que otras veces cantó la grandeza

del Señor, y que hoy, abandonada en el Desierto, dejaba vibrar como gargantas de leones sus cuerdas pulsadas por la borrasca de una pasión de pasiones!

— «¡Oh Amor, oh llama inextinguible, — balbuceaba, — que cuando naces en un hombre, — eres su propio aliento, — eres su propia carne, — eres su propia alma; — el alma de su alma, — la carne de su carne, — el aliento de su aliento; — y vives dentro de él; — y le arrastras en la vida como un ebrio, — como un sonámbulo; — á través de los fríos y las hambres y las epidemias y los riscos y los mares, — sin distraerlo del fondo que palpita en sí mismo, — haciéndole extraño á sus mismas ideas, — á sus discursos, — á sus plegarias, — á sus blasfemias, — sus esclavitudes — sus triunfos; — y que mostrándole en medio de sus dolores, — á lo lejos, — ¡á lo lejos! — el paraíso de sus anhelos — lo impulsas en la senda de la vida, — ya pecador miserable, — ya vencedor del Pecado, —

como un ebrio, — como un sonámbulo, — ¡hasta la hora de la Muerte! — ¡ay, hasta la hora de la Muerte! »

Y su arpa, — ¡la pobre arpa de su alma! — no cantaba, rugía. ¡Su rugido sobrepasaba al que resultaría de la có-lera y del amor de todos los leones de la India, de la Persia, de la Syria, de la Arabia, de la Libia, del Atlas! — Y su aliento, — ¡el pobre aliento de su vida! — era un estertor, un ronquido de ago-nía; pero tan prodigiosamente sonoro, — tan infinitamente sonoro, — como si su pulmón fuera el pulmón del Desierto, — ¡el pulmón de todos los desiertos!

Con la fatalidad de un venado herido que se despeña por la pendiente de un abismo, adelantaba, aun lentamente, lentamente, las manos cruzadas, hacia el astro luminoso del horizonte. Y el arpa de su alma cantaba: — «Voy paso á paso hacia la muerte fría... Se aproxima mi hora... ¡Pero la muerte es Gemmah!... ¡Victoria! ¡La muerte es Gemmah!»

Y á través de sus lágrimas y muecas lívidas de dolor, reía el lirio azul de sus ensueños, porque corría hacia la rosa-astro que abría y cerraba sus pétalos de lumbre, como si fueran los amantes brazos de su Gemmah... Su marcha, de mortal lentitud en un principio, se fué acelerando progresivamente, como las aguas de un manso arroyuelo, que se ensancha en río, y de río en torrente, y que, de cascada en cascada, aumenta su vértigo, hasta abalanzarse espumosamente en el océano.

Cruzó en las alas del Milagro ó de la Fantasía, las vastas soledades del Desierto. Penetró en eriales erizados de peñascos, que desgarraban sus pies. Escaló montes cubiertos de nieve, castañeteándole los dientes...

Siempre en línea recta hacia su objeto ideal, su visión, su rosa-astro, traspuso torrentes y enmarañados boscajes. Las ramas y las espinas le desnudaban y herían. Las aguas le lavaban las heridas.

Torbellinamente, siempre sin desviarse, atravesó ruinas y cisternas. Cansó muchas manadas de lobos hambrientos que le seguían sin lograr alcanzarlo. Se tenía siempre de pie á través de páramos y torrentes y zarzas y pantanos. Un ardor sobrenatural le sostenía, le guiaba, le arrebataba. Las púas de piedras y plantas le arrancaron hasta el último jirón de su sayal. Desnudo como un dios pagano, diríase Apolo persiguiendo, enloquecido, á través de las selvas, á la esquiva Diana. La trágica expresión de su rostro pálido y ardiente, de sus ojos relampagueantes, de sus dientes apretados, de sus ceñudas cejas, de toda su fisonomía de deseo, de todas sus formas elásticas de joven aristócrata alejandrino, sangrando su blanca piel aquí y allá, —producían más bien que el conjunto de un Monje, el aspecto de un Demonio. Pues Demonio parecía, en la soledad salvaje de la noche, aquel cuerpo como el mármol que, corriendo frenético,

arrancaba llamaradas de los ojos de las ninfas, las amazonas y las unicornios, que, pasmadas, le veían surgir y perderse en el horizonte con la rapidez de un sueño.

Satanás mismo, que le vió adelantarse hacia una lumbre que parecía divina, temiendo que corriese á su Salvación, proyectó detenerle. A tal efecto, se transfiguró en un santo obispo de espléndida vestidura, cuya mitra de pedrería exhalaba verdaderas llamas, y cuyo séquito de fantasmas se perdía entre los montes, como un pueblo, en interminable desfile... Xarcas pasó á su lado sin mirarlo.

Rabioso el Demonio, se puso en su camino... Xarcas lo traspasó sin sentirlo, como la luz al aire.

Remedando la voz de Gemmah, Satanás le cantó al oído un canto de amor. Xarcas, sin oirlo, prosiguió su marcha, cada vez más rápido. La celeridad de su paso era mayor que la de la flecha que

cruza el espacio. Tal era el frenesí de su sobrenatural carrera, que el mismo Demonio no pudo seguirle.

Y con fuerzas sobrehumanas, — impelido por un empuje divino de ciclón que desarraiga los bosques, derrumba las ciudades y vuelca los mares, — corría y corría, cada vez más fantásticamente rápido, hacia aquella inmensa rosa que cerraba y abría y tornaba á cerrar y abrir indefinidamente sus pétalos de lumbre, allá en el horizonte, en la obscuridad absoluta de una noche sin estrellas ni relámpagos; hasta que dió de bruces en el suelo, sin sentido...

IX

EL SILENCIO

Cuando volvió en sí, era un hombre nuevo. Como si durante su largo desmayo hubiera hecho voto de Silencio, propúsose no hablar más en su miserable vida terrenal, para llevar al Cielo tan fresca su garganta, que nunca se cansara de cantar los psalmos de los Angeles. Fué un Silenciario, reconociendo en el Silencio la Castidad suprema, ¡el mejor conocimiento de Dios! Aurifulgente nimbo envolvía su cabeza de apóstol. Al verle, huían las fieras, los unicornios, las ninfas y los

malos espíritus. Su mirada era profunda como un psalmo de las Santas Escrituras, suave como un gorjeo de las aves canoras. A manera de santo ejercicio, bendecía á las bestias, á las aguas, al Desierto. Y ante su bendición, el Desierto, las aguas y las bestias parecían cantar á Dios.

¡Alejandría! ¡Bizancio! ¡Roma! En sus malos instantes soñaba con los pueblos civilizados, que brindan al viajero anchas copas desbordantes de néctares... «¡De néctares! El veneno que corrompe con la dulzura de la miel, — pensaba, — es más peligroso que el veneno que mata con el amargor de la cicuta! Dadme á beber, verdugos de los mártires, la cicuta del dolor, y mi cáliz será un cáliz fecundo de venturas!»

Un rayado tigre rojo, escuálido de hambre y de gigantesca contextura, le vió una mañana de rodillas en lo alto de una roca, ambos brazos extendidos hacia

el Cielo; y huyó, arrastrando, sobre la arena, el vientre vacío.

Sed de infinito palpitaba en su alma. En su alma pasaban largas caravanas calladas, mudos cortejos principescos, huestes de asiáticas bailarinas; todo en Silencio, — todo envuelto en la mortaja del Silencio, — mas al son del enlutado tambor á la sordina que tocaba una marcha fúnebre dentro de su propio corazón.

A veces, vibraban clarines en su alma; ora sonoros, como trompas de la fama, ora soberbios como llamados de guerra, ora alegres como cuernos de caza. Y á lo lejos, en la caza, vislumbraba una corza esbeltísima; en la guerra un espléndido botín; en la fama, una soberana deidad que personificaba la gloria. Y la deidad, el botín, la corza, eran la imagen animada de su Gemmah, vencedora de los hombres, vencedora de las tentaciones, vencedora de Dios...

—¿Dónde te hallas, Gemmah, alma gemela del alma mía?... —cantaba interiormente, sellados para siempre sus labios. —En vano interrogan mis gritos al Desierto, que sólo el eco de las montañas me responde... En vano aplico mi oído al viento por si me trae alguna noticia tuya... En vano rastrean las arenas y las breñas y las zarzas mis manos temblorosas para hallar indicios de tus pasos... ¿Has olvidado ya que yo te he comprado con mi dinero cuando éramos casi niños?... ¡Niños! ¡Oh feliz ignorancia de la sed abrasadora de la pasión de los hombres!... ¿Has olvidado ya que más que mi esclava fuiste la compañera de mi alma?... ¡Felices días aquellos en que marchábamos juntos por mi palacio y mi suntuoso jardín de Alejandría!... ¿Has olvidado que tú fuiste para mí el padre y la madre que en mis primeros años perdiera, y el hermano y la hermana, y el amigo, y la neófito... y la vida de mi propia vida?... ¿Todo lo has

olvidado ya?... El día en que te compré, el día en que te bauticé, el día en que te liberté, el día que te pusiera mis labios-brasas el primer beso de amor sobre tus labios-lirios?...

»¡Y tú me amaste! Cuánto me amaste, aun antes de que yo supiera que también ardía mi alma en ese amor de fuego!... Eras la esclava de mi pensamiento: comprendías mis miradas, mis más íntimas ideas, mis más vagos presentimientos... ¿Has olvidado todas aquellas cosas que nos decíamos en Silencio con las manos enlazadas?... Yo te enseñé las Santas Escrituras, y tan bien las aprendiste, que leíste en ellas cosas que yo no había sospechado: entonces, entonces, oh infausto día, fué cuando me prendé de ti, ¡entonces cuando tú dejaste, ay, de amarme!... ¡Nuestra pasión fué como una nave, que cruzó primero el río de tu espíritu, desde sus fuentes hasta desembocar en el mar de mi alma, y cuándo surcó este océano, ya el río se

había secado con los ardores del sol de Dios!

»¿Dónde estás, dónde estás?... Lo pregunto á los vientos que rugen, á las nubes que pasan, á las águilas que vuelan; y ni las águilas, ni las nubes ni los vientos me responden! ¿No hallan un eco en tu espíritu las angustias de mi alma, que vive muriendo de tu amor, y morirá viviendo de tu amor?... ¡Yo navegaré los mares, cruzaré los desiertos, escalaré las montañas, destaparé las tumbas para hallarte! ¡Y te hallaré doquiera que te encuentres: en las tumbas, en las montañas, en los desiertos, en los mares!

»¡Ven, paloma, á mi regazo, al tibio nido que abandonaste! ¡El halcón te acecha, y no encontrarás abrigo en el páramo, ni alimento!

»¿Dónde estás, dónde estás?... Por hallarte, mi bajel surcará todos los mares de la vida, á través de todas las borrascas; si las rocas lo destrozan y lo tragan las olas, yo llegaré hasta ti asido á la

tabla; si me falta la tabla, á nado llegaré á encontrarte; y si llego muerto á tus playas, tus blancas manos, tus blancas manos me cavarán la fosa; y al enterrarme y cubrirme piadosamente el rostro con un lienzo, esas manos, tus blancas manos, sentirán el beso de la muerte en mis labios pálidos y fríos!»

De manera tal habíanlo postrado las penitencias y las oraciones, que presentaba el aspecto de un leproso. Hundidos los ojos, caídos los párpados, fosforescentes las pupilas, los pómulos salientes, las mejillas descarnadas, tumefactos los labios, la tez verdosa, enmarañado el cabello, la respiración anhelante, cóncavos el pecho y el velludo vientre, escuálido y enllagado el cuerpo, en cuya desnudez se destacaban como esculpidas las costillas, vacilante el paso, quebrantadas las piernas, marchaba con la cabeza caída y las rodillas dobladas, en forma de Z.

Si una loba se le acercaba, pronto huía, tomándolo acaso por un fantasma. Él oraba, los brazos en cruz. La fiera volvía á visitarle al siguiente día, y tornaba á huir amedrentada. ¡Los brazos en cruz, él oraba! Su oración inacabable le trocaba en esfinge. Pero la vida fulguraba en sus ojos... Diariamente volvía la loba agonizando de hambre, y perdido su terror hacia el solitario, crecía su afecto. Su afecto era casi humano. Le lamía las llagas con su áspera lengua; le refregaba el vellón de su piel como para abrigarlo. Los brazos en cruz, Xarcas oraba...

En tales penitencias le sorprendió la Semana Santa, — pues, como buen cristiano llevaba cuenta de los días, acumulando piedras, — semana que fué toda para él una continua pesadilla. Pesadilla tremendamente dolorosa; una *Vía Crucis* erizada de espadas, con una atmósfera asfixiante de azufre y un sol de infierno.

Él veía al Redentor, al divino Redentor, sobre los dos duros maderos de la Cruz. Pero su cuerpo, era un cuerpo desnudo de mujer virgen, de formas redondas y blancuras de cisne, de amplias caderas infecundadas, de senos frescos como rosas, de brazos tersos como mármoles; y el rostro era el rostro de su Gemmah, de su María-Magdalena, bajo la corona de espinas. El asceta sentía sed de sangre; sed de la sangre que chorreaba de los clavos que aherrojaban al madero las manos y los pies de la mujer crucificada. Sentía en su alma, como simpatía hacia Ella, los ardores todos del martirio, las delicias todas del martirio. ¡Oh sangrienta profanación de su fiebre! ¡Oh sangrienta é inaudita profanación de la angustia de su carne, de su ideal de bestia impura, de su febricitante ardor de caricias! ¡Su Hombre-Dios era la Hembra-Dios de las hambres trágicas de su abstinencia! ¡Era la Hembra-Dios de sus sueños de adolescente! ¡Era la Hembra-

Dios de sus anhelos de hogar, de crecimiento y multiplicación! Y él mismo, horrorizado del sacrilegio que cometía su indómito pensamiento, y con anterioridad arrepentido de tan inmundo y singular Pecado, clamaba en Silencio, interiormente, recordando el grito sublime de Job:

—¡Maldito el día en que nací! ¡Maldito el padre que me engendró, la madre que me lanzara de sus entrañas á las aguas pestilentes de este mundo-pantano! ¿Qué culpa pudo castigar la Omnipotencia al darme la vida? ¿Pude acaso merecer castigo cuando nada era? Y si soy, ¿por qué he nacido? ¡Si nazco de la voluntad de mis padres, ellos son los que merecen mis dolores, y no yo! ¡Maldito sea el Universo que me sustenta! ¡Malditos mis padres, maldito yo!

Y comprendiendo la suprema infamia de sus blasfemias, calló, la garganta ardiendo, secos los labios, temblorosas las manos, febril el pecho y los ojos de-

mentes... La visión sacrílega persistía, como un torrente inagotable de encendida lava que brotase de lo hondo del Abismo...

Vió, oyó, palpó el inmenso poema del Calvario; paladeó su belleza trago á trago, y olió el primer incienso que los iniciados tributaron al Hombre-Dios; pero todo á su modo, dentro de su idea fija, asociado á su idea fija, cuya bajeza comprendía y lloraba agonizando de pena, sin poderla apartar de su espíritu...

Ante todo, se presentó á su mente la Cena, amplia mesa á cuyo alrededor sentábanse los Apóstoles: María Magdalena, su personalísima Hombre-Dios, pontificaba... Terminando el discurso, oyóle decir, tan ávido de sus palabras como hambriento de sus labios: — «*Si vosotros me amáis, guardaréis mi palabra; entonces el Padre y Yo vendremos á vosotros con el Espíritu Santo; y de vuestro corazón, haré mi vivienda... Os doy la Paz; os dejo la Paz*»... — ¡Oh la Paz! — pen-

saba el asceta, y sentía caer en su corazón, gota á gota, un bálsamo divino. Mas ese bálsamo no era sino una insólita esperanza de su carne soberana, de su carne de hombre-bestia que divinizaba al objeto codiciado, alzándolo sacrílegamente — ¡oh! bien sacrílegamente! — á la altura del Hombre-Dios.

Y agregaba su Hombre-Dios: — «*Mi Padre: ya he terminado la obra que encargasteis... Mi Padre: que allí donde yo estoy, estén los que me habéis dado; que el amor que me habéis, lo hayáis para ellos; y que yo mismo sea para ellos una felicidad eterna...*»—Y él pensó:—«¿Una felicidad eterna, un idilio eterno agonizando de amor entre tus brazos, oh Gemmah, oh María-Magdalena!»

Luego soñó el Jardín de los Olivos, un prado primaveralmente verde y lozano. Su Hombre-Dios decía: — «*Mi alma está triste hasta la muerte; velad y rogad por mí.*» — Y él velaba y oraba á su María-Magdalena.

— « *Mi Padre, mi Padre, todo es posible; alejad de mí este cáliz de amargura»* — clamaba su Hombre-Dios; y él agregaba contrito, en un arranque de suprema resignación: — «Si tal es vuestra voluntad, alejad de mí este cáliz», — pensando en la tentadora garganta de María-Magdalena.

— «*Empero, mi Padre; que vuestra Voluntad se cumpla antes que la mía*», — exhalaba en un grito su Hombre-Dios.— «Que vuestra voluntad se cumpla antes que la mía» — sollozaba él, arrepentido y resuelto á respetar la sagrada castidad de su María-Magdalena.

— «*¿Qué? ¡No habéis podido velar una hora conmigo! Velad, para no caer en la Tentación*», — decía el Hombre-Dios, increpando al grupo de Apóstoles que le rodeaba; y él velaba orando de nuevo para alejar de su pensamiento á su María-Magdalena.

— «*Vamos: he aquí la hora en que el Hijo del Hombre va á ser entregado en*

manos de los pecadores; levantaos; aquel que me debe traicionar no está lejos», — decía el Hombre-Dios; y él pensaba dolorosamente: — «Yo no estoy lejos de María Magdalena, y quiero traicionar sus votos de pureza!»

Luego sintió interrumpirse el Silencio de la noche por un ruido sordo, como de una tormenta lejana, que paulatinamente fué creciendo y acentuándose: vió un grupo de soldadesca que se acercaba con antorchas encendidas y guiados por Judas Iscariothe, para prender á su Hombre-Dios; quien les habló mansamente: — »*¿Qué buscáis?*» — «*A Jesús de Nazareth*»,—le respondieron.—«*Soy yo*». — A estas palabras todos cayeron en tierra. Y Xarcas le vió triunfante; pero era la blanca desnudez virginal de Gemmah lo que triunfaba sobre la lujuriosa soldadesca, que le besaba con ansia sus plantas, sus plantas posadas como blanquísimas palomas sobre los tallos tiernos de la hierba del huerto.

Cuando los judíos se levantaron, Judas Iscariothe, aproximándose al Salvador, le dijo: — «*Maestro: os saludo*»; — y lo abrazó. Luego los rudos soldados que el traidor guiaba, precipitándose sobre el traicionado, le prendieron y agarrotaron. — «*¿Y qué, mi amigo,*— dice éste á Judas dulcemente, clementísimamente, — *tú traicionas al Hijo del Hombre con un beso?*» — Y el asceta Xarcas pensaba en Gemmah:— «¡Un beso, un beso, deslizar un beso sobre su cuello de cisne!» — Y un espasmo agitaba sus nervios; una ola febril de sangre palpitaba en sus venas. Sobre sus labios, un ascua.

Y así, ante su alma asomada al alto parapeto de una inmensa montaña cuya base trasponía el horizonte, pasó la fantástica procesión de los dolores de su Hombre-Dios. Le vió prender; acusar ante Pilatos y ante Herodes; interrogar y sentenciar. Luego lo flagelaron. Despojáronle de sus vestiduras. Atáronle las manos á una columna. Cuatro solda-

dos, armados de látigos y de cuerdas con pedazos de plomo atados en sus extremos, aparecieron en la sombra. Una inmensa muchedumbre, una inmensa y soez muchedumbre, gritaba, reía y palmoteaba. En la línea del horizonte, los leones que habían abandonado su cubil al olor de la sangre divina, postrábanse embargados de santo terror. Pero el Hombre-Dios de su sueño, era siempre la Hembra-Dios de su carne: era Gemmah, su María-Magdalena, la prendida, la azotada, la escarnecida. El látigo dejaba en su cuerpo huellas de sangre que parecían lágrimas de fuego... Un estertor de agonía sacudía el cuerpo de Xarcas; y un sudor de lava quemaba sus pálidas mejillas...

El Desierto inmenso extendíase ante su vista como un océano serenísimo de arena, que caldeaba el sol tropical; y en él se esperezaban, ahora, bostezando de hambre, gigantescos leones y leonas de

formas elegantes y elásticas. Una ideal theoría de blanquísimas vírgenes, anunciada antes de aparecer por un resplandor de aurora, surgió, rompiendo, en el Silencio, la línea monótona del horizonte. ¡Oh majestad sublime del Silencio! Leones, vírgenes, desierto, sol: todo era mudo como si se hubiera suspendido la Vida. — «Oremos», — pensó el anacoreta; y como si obedecieran á su idea, vió que las vírgenes traían, no besos sino plegarias en los labios entreabiertos. Los leones mismos, que antes sacudían esperezándose sus melenas imperiales, rampando ahora, refregaban los hocicos en las patas delanteras; era como si el rubor del misticismo estremeciera sus almas de bestias feroces... — De pronto, se yerguen, pónense sobre sus patas tendidas, los ojos chispeantes, hambrientamente abiertas las formidables fauces, al viento las melenas, el rabo arqueado, estremecidos todos; y las hembras, con su torva pu-

pila de reinas, estremécense también en una angustia que sube hasta el paroxismo, en un movimiento reflejo de la ira de sus machos... Las vírgenes, que nada ven, con la mirada en el Cielo y la plegaria en los labios, avanzan. Un rugido impera en el Silencio... Cien rugidos unísonos responden... Y los gritos de horror que lanzan las voces de soprano de la theoría, atacadas por la legión de leones, podría conmover el alma del Desierto, — pero no las fieras.

Entre la theoría de vírgenes cuyos blancos cuerpos envueltos en argentadas vestes parecen florecidos súbitamente de rojas camelias y rosas y amapolas; tumbadas unas, de rodillas otras; agonizando degollada ésta, con las vísceras al aire aquélla; aquí arrojadas de espaldas, allá con el rostro hundido de un golpe de garra que ha partido el cráneo entre la ardiente arena; ora inmóviles, muertas, vestidas de sangre como de ce-

sárea túnica; ora temblorosas y con las carnes desgarradas y los ojos saltándose de las órbitas de colombino pánico; ora invioladas aún, pero exangües y en místico arrobamiento, esperando el golpe mortal de rodillas, con las manos enlazadas y cerrados los párpados, como lirios entreabiertos en marcos de sangre... Y entre todas, — una hay todavía intacta, que posee la mirada suplicante de María-Magdalena... la boca tan deseada y el tan deseado beso de María-Magdalena... ¡que es Gemmah, la bautizada con el dulce nombre de María-Magdalena!

Si hubiera visto desplomarse el firmamento sobre su nuca, no habría sido mayor la consternación del silenciario... Alzó los brazos y clamó:

— ¡Dios de Israel, salva tus vírgenes, las vírgenes de Sion! ¡Dios de Jacob, de Moisés, de Daniel, padre de Nuestro Señor Jesucristo, detén las furias que ha desencadenado el Desierto! ¡Oh don-

cellas de Sion! ¡Oh Todopoderoso que sacaste intacta á Judith del ejército invicto de Holofernes, acude en nuestro auxilio! ¡Cristo, naciste de mujer virgen; mujeres vírgenes fueron tus más ardientes y primeros catecúmenos en Samaria; mujeres vírgenes te recibieron con cantares y palmas en Jerusalén! ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Tu piedad sobrehumana triunfará de las fieras que arroja el Desierto sobre las doncellas acogidas de tu gracia! ¡Aleluya! ¡Aleluya!

Y cuando el postrado asceta quiso levantarse en defensa de tan indefensas víctimas, sintió que sus rodillas estaban unidas al suelo como si hubieran echado profundas raíces; todo esfuerzo era inútil, y todos los terrores humanos no hubieran podido desarraigarlo. Parecía que el Desierto lo oprimía obedeciendo á sus reyes leones. Entonces la angustia subió á su nota más aguda; todas las fibras de su alma mística vibraban como las cuerdas de una lira que agita el hu-

racán; un sudor sanguinolento le inundaba el rostro; la mano temblorosa y descarnada, agitándose en ademán de maldición, el estentóreo ronquido de su pecho ansioso, el cabello revuelto, la mirada extraviada, el rictus trágico de su boca, dábanle el aspecto, más que de un ministro de Nuestro Señor Jesucristo, de una furia del infierno. Y á sus espaldas, oculto en las sombras como un vampiro, el Espíritu del Mal, autor de su sangrienta alucinación, rebosante de triunfo, reía. Reía; y su risa, como un eco lejano, despertó en el asceta la duda. Y el asceta dijo:

— «*Apurad ¡oh Señor! este cáliz de amargura*».

Un huracán terrible se levantó en el Desierto; pasó una nube de arena que rozó el torso del asceta y lo tendió boca abajo... Cuando se puso luego de pie, leones y vírgenes yacían sepultadas por el simún inesperado y violento como el golpe mortal de un traidor. Escarbando

la arena, sus manos crispadas creyeron, empero, encontrar el cadáver de su María-Magdalena...

Y en el Desierto, tuvo más tarde otra visión de la muerte de Gemmah. Una noche de tormenta, al estallido de un trueno y entre la luz de los relámpagos, lejos, muy lejos, divisó, como soñando, un monasterio de monjas. La campana tocaba agonía; y en su lecho, el estertor de la Muerte agitaba á la virgen blanca, la cabeza coronada de rosas, las manos entrelazadas, los ojos entreabiertos y un basto Crucifijo sobre el pecho. De rodillas, oraban las cofrades en el aposento; y á la luz vacilante de una lámpara de aceite, la abadesa le observaba con maternal angustia las líneas ya casi rígidas del rostro...

Cuando despertó, Xarcas cayó en el sopor de tan intensa melancolía, que hasta olvidó los más indispensables cuidados del cuerpo. Porque comprendía,

por esa intuición interna que infunde la Soledad, que esta vez su sueño no le engañaba: que Gemmah, su Gemmah, acababa entonces así su vida terrenal... Retirado en el fondo de una caverna, inconsciente á cuanto le rodeaba, que tanta era su pena, gimiendo y llorando, se preocupaba tan sólo del Misterio de la Muerte...

Pasó así días, meses, años, alimentándose de raíces y de insectos, devorándose su propio corazón, hasta que una mañana le estremeció una voz más sonora que el rugido de los huracanes; hablaba, desde muy lejos, muy lejos, á los oídos de su alma, San Gregorio Nacianceno:

— ¡Pueblos, oíd mis palabras! ¡cuantos habitáis la tierra, escuchad mi discurso! A todos os llamo como desde una montaña situada en el medio del mundo, desde la cual resuena mi voz hasta las extremidades del universo!... El que ha

muerto no es el rey de los Amorreos, ni Og, rey de Bazan, débiles principillos que oprimían la pequeña tierra de Judea, sino la tortuosa serpiente, el apóstata, aquel peregrino ingenio, azote de Israel y del mundo, cuyo furor dejó por todas partes profundas huellas, cuya insolente lengua osó levantarse contra el Altísimo... Reanimaos, cenizas del gran Constantino; y si en la tumba conservas algún sentido, escucha, alma heroica, mis palabras. Levantaos á mi voz todos los que gobernasteis el imperio, fieles siervos de Jesús. ¡Oh! Cuánto se engañó el príncipe que superó la gloria de sus antecesores, cuánto se engañó en la elección de su sucesor! Siendo Cristiano, alimentaba sin conocerlo el más encarnizado enemigo de Cristo, y su ciega y engañada beneficencia se derramaba sobre el que menos lo merecía entre todos los hombres. Así, todo lo que se llama poder, ciencia del siglo, procede á ciegas y cuando se aleja de la ver-

dad va pronto ó tarde á estrellarse contra ésta...

¡Ah! tales habían sido los acontecimientos del siglo: muerto Constancio (á quien la generosidad de Gregorio perdonaba imperdonables faltas) le había sucedido Juliano, el pérfido, el Apóstata, á quien, muerto á su vez en guerras de Asia, sucedía hoy Joviano, un Cristiano digno de Constantino. Al fin agonizaba el Paganismo y la Herejía caía, como una bestia nocturna herida en la plena luz del meridiano...

— Es el momento de volver á Alejandría, — díjose Xarcas. — ¿Qué habrá sido de Athanasio? ¿Qué de Gregorio? ¿Qué de Balacio, el inhumano duque? ¿Qué de los pretores y las hetairas, de los secuaces de Arrio y de los devotos de Racotis? Soy joven aún; ¿qué me liga ya al Desierto? ¿No es éste el momento de emprender una nueva vida, luchando para el Bien en las turbulencias del siglo?...

Muerta Gemmah, así reflexionaba ¡oh vanidad de vanidad! Xarcas el austero, el Monje, el Silenciario...

Y animado de una nueva vida, sediento de una vida nueva, tomó el camino de Alejandría. Escuálido, amarillo, al viento la larga melena de león, sobre el velludo pecho la barba hirsuta, quebrado y vacilante por los ayunos, doblado el cuerpo como una Z, con el cayado de peregrino en la temblorosa diestra, avanzando, paso sobre paso, rumbo hacia la monótona línea del horizonte de arena que abraza los Montes Líbicos, su salvaje silueta perdíase en lontananza, entre las palideces de un crepúsculo de invierno...

EPÍLOGO

Tal es el manuscrito que, antes de caer para siempre en la Melancolía, me entregó Pedro Bocelli. No he alterado una sola línea, un solo vocablo, salvo las supresiones de sus enigmáticas citas de una versión griega del Nuevo Testamento, hoy desconocida, según creo. No sin cierto temor de la Venganza de las Parcas, os lo he presentado, señores lectores. ¿Me perdonarán mi indiscreción los Maestros de la Vida? Así lo espero de la Misericordia del Dios de Athanasio y de las oraciones de Cirila, mi buena esposa.

Y he aquí que lejos de entregarme á la Meditación del Nirvana, he querido, siguiendo el espíritu revoltosamente analítico de estos tiempos, cerrar mi libro con una opinión autorizada sobre su «tesis» científica... ¿Y quién pudiera dármela mejor que el Doctor Kamus, el estudioso alienista bajo cuya custodia se halla Pedro Bocelli? Fué inspirado por este pensamiento que me dirigí á interrogarlo, olvidando la probable Venganza de las Parcas, como un cristiano de los viejos tiempos que hace caso omiso de las Santas Escrituras, cuando, agitado de una curiosidad pasionista, interroga ansioso á la pithonisa...

Sorprendí al Doctor Kamus en momentos en que, rodeado de idiotas, estudiaba su obscura psicología.

— Si lo incomodo, Doctor, — le dije, — volveré otra vez...

— No me incomoda usted en manera alguna, — me respondió. — Por el contrario, si usted lo desea, puede partici-

par de mis observaciones. Estoy estudiando la memoria de los idiotas. Es curioso. ¡La memoria de los idiotas! Sólo se puede decir que algunos conservan desarrolladas memorias parciales: de cálculo, de líneas (dibujo), de sonidos, de palabras; y así hay idiotas calculadores, dibujantes, parlanchines. La explicación: el idiotismo es á menudo consecuencia de inflamación cerebral intrauterina ó en la primera infancia, que trae encefalia ó atrofias parciales. Algunas partes del cerebro pueden quedar sanas. La inteligencia es la síntesis, la armonización de un inmenso conjunto de memorias parciales: de los movimientos y de las sensaciones, cada una de las cuales tiene un órgano propio en el cerebro. Destruída una parte del cerebro, ya no puede haber el conjunto, la inteligencia, pero pueden conservarse memorias parciales, aptitudes parciales, llamadas con gran impropiedad «genios parciales». Pero es muy raro.

Escuchando, quedé pensativo, sin saber qué responder.

— Mire usted este niño, — me dijo mi amable interlocutor, presentándome un pequeño idiota que representaba unos seis años. — Tiene quince primaveras. Sabe de memoria el *Confiteor*, lo ha aprendido con tanta facilidad como un individuo normal, y es, sin embargo, una bestia, incapaz de entender ó hilvanar dos ideas... ¡Vamos, Manolo, — le intimó, — recita el *Confiteor!*

Inmediatamente principió el hombre-autómata Manolo á recitar el *Confiteor*, con voz tan rápida y gangosa que no se le entendía:

— *Confiteor-Deo-omnipotente-beatœ-Maria-semper-verginebeatomicaelearcangelo-beatijoanibaptistœsanc-tisapostolis-petro etpauloomnibus-sanctis...*

— Basta, basta, — lo interrumpí yo, altamente desagradado con el amargo sarcasmo del arrepentimiento de aquel bruto...

Manolo, como si le hubiera dicho que continuara, prosiguió, pero pausando mejor las palabras:

— ... *et tibi Pater quia pecavit nimis cogitationes verbo et opera mea culpa* (aquí un golpe en el pecho con la diestra)...

— ¡Basta, pues! ¿Te callarás? —le interrumpí yo más y más irritado de la parodia.

Y Manolo, en voz más alta, comenzó á detenerse mejor en las comas y puntos:

— ... *mea maxima culpa* (otro golpe en el pecho). *Ideo precor*...

Aquí lo amenacé para que callara, y él, como si yo le pidiera que pronunciase con más claridad, prosiguió, sílaba por sílaba:

— ... *be-a-tom-Ma-ri-am-sem-per-ver-gi-nem-be-a-tum-ar-can-gel-um-bea-tum*... —Y apurándose poco á poco: —*Mi-chae-lem-archan-gelumbe-atum-Jeanembap-tis-tam-sanc-tosapostolospe-trumetpaulu-mom-res-sanctosetettpareorare* — verti-

ginosamente: — *promeaddominumdeumnostrumamen.* — Y aquí una risita idiotísima de satisfacción, mostrando unos dientes amarillos, grises y negros...

Como adivinando á una interrogación muda de mi parte, el Doctor Kamus me dijo:

— ¿No comprende usted la psicología de esta declamación?... Manolito posee una memoria sorprendente — aquí otra risita de Manolito, — y no olvida que cuando Pancho, el maestro, un buen loco, lo interrumpe en la recitación de sus latines, es para decirle que no se apure tanto... Y que cuando él, sin entenderlo, ó por no hacerle caso, ó por olvidarlo sigue *acelerando e crescendo hasta el fine,* Pancho se enoja y le amenaza... Si asimismo no se detiene y pronuncia mejor, oh, entonces recibe un bofetón y se le ordena un *da cappo senza repetizione...* Pues bien, usted lo ha interrumpido con ira en sus declamaciones; luego lo ha amenazado: Manolito

ha creído que la interrupción y la amenaza tenía el mismo objeto que otras veces... Porque Manolito no olvida, no, las lecciones recibidas y los castigos... Usted bien sabe que en los hombres, como en las bestias, como en los idiotas, «la letra con sangre entra»... ¡Después, olvidado de lo que creía sus amonestaciones, sin quererlo, volvió á apresurarse!

Se hizo una pausa, que yo interrumpí con esta pregunta:

— ¿Y este idiota ha aprendido con facilidad su *Confiteor?*

— Con suma facilidad.

— ¿Otros idiotas lo aprenderían con la misma facilidad?... — é interrumpiéndome al notar lo absurdo de mi pregunta... — Quiero decir si este Manolito aprendería con la misma facilidad *otras recitaciones* en latín, alemán ó inglés?

El Doctor Kamus me observó con extrañeza, con una honda mirada de alienista, creo que más que por la pregunta

misma por la expresión de avidez con que fué formulada, y contestó con ese tono seco y lento que le conocí en mi anterior visita, golpeando las sílabas como martillos sobre un yunque:

— ¡No! Manolito ha tenido singular facilidad para el latín y singularísima para el *Confiteor*.

— Luego, — interrumpí yo bruscamente, sin poder disimular la alegría que brillaba en mis pupilas, — existe una *memoria concreta*, una *memoria de sangre* que se revela lo mismo en el genio que en el idiota... —Y como el médico me mirase sorprendido por conclusión tan insólita, preguntéle: —¿Quiénes fueron los padres de este niño? ¿Los ha conocido usted, Doctor?

— Sí.

— ¿Y?

— La madre es muy religiosa.

— ¿Reza en latín?

— Debe saber el *Confiteor* en latín.

— ¿Y el padre?

— El padre fué anarquista, Murió ajusticiado. Lombroso lo estudia en uno de sus libros.

— ¿Y?

— Y desciende de místicos, — agregó el Doctor Kamus con más sequedad que nunca, volviéndome la espalda.

— Vea, Doctor,— le dije á mi vez con voz clara y precisa, — yo tengo preparado un libro que acaso titule «Memoria de sangre», en el cual cuento el caso de su pensionista Pedro Bocelli, de quien ya le he hablado. Ahora bien, lo inicio con una especie de prólogo rotulado con un signo de interrogación que abre, en cuyo prólogo narro una conversación que respecto á dicho sujeto hemos tenido, usted y yo. ¿Querría usted ser tan amable de darme datos complementarios de Pedro Bocelli, á quien en realidad edito, para terminar mi libro con un epílogo intitulado con un signo de admiración que cierra?

El Doctor Kamus quedó silencioso du-

rante cinco interminables minutos; yo esperé en un silencio sepulcral que sólo interrumpía de cuando en cuando Manolito, con la sonrisita de sus gruesos labios... Al fin, el médico, me respondió entre dientes, con un monosílabo:

— Sí.

Sin más, me despedí; y al día siguiente envié al Doctor Kamus mi manuscrito relativo á «Xarcas Silenciario», con su prólogo original y los ocho capítulos copiados del de puño y letra del documento de Pedro Bocelli. Con tal motivo, cambiamos varias cartas con el distinguido alienista: el mejor epílogo del libro será las copias de esas cartas, que van á continuación...

Del Doctor Kamus

A Juan López:

He recibido, querido señor, su manuscrito titulado «Recuerdos de ultratumba de Xarcas Silenciario». Nada me ocurre que agregarle.

De JUAN LÓPEZ:

Usted olvida, Doctor amigo, mi pedido. Espero que su modestia de sabio no le coarte el cumplirlo.

Del DOCTOR KAMUS

A JUAN LÓPEZ:

¡No soy sabio ni modesto! Ha elegido usted mal el sujeto de sus burlas. No excite los ímpetus de mi franqueza — *ira leonis!* — que tal vez sea tarde cuando se arrepienta.

De JUAN LÓPEZ:

Pese á su modestia, ¡oh *leo rugens!*, le ruego á usted me hable como piensa y como siente. Ensordézcame con sus imprecaciones; ridiculíceme con su sátira. He observado que así como el estudio superficial de las ciencias sociales desarrolla en los hombres el disimulo y la hipocresía, el arte de Hipócrates educa en la verdad *anatómica* de hombres y

cosas, y forma la sinceridad del carácter. Está usted en presencia de *un caso:* dicte su diagnóstico.

Del Doctor Kamus

A Juan López:

Ya que usted insiste... ¡Peor para usted si mis apreciaciones le escuecen como caricia de ortigas!

¿Quiere usted franqueza? Pues bien, se trata de una insípida imitación de los buenos modelos del género de la novela de costumbres antiguas, pero que carece de las condiciones de éstas: no tiene usted ni erudición como Ebers; ni poesía como Lytton; ni estilo como Flaubert; ni sagacidad psicológica como France. Ni siquiera ha sabido usted, por su perfecta ignorancia en filología, sacar provecho traduciendo y publicando á modo de obra propia, novelas de la época, como Luys... Su desacierto es total.

Tan iletrado como es usted en psicología y filología, lo es también en cien-

cias médicas: de otro modo yo no entendería que pretenda usted hacer pasar por verosímil su teoría (!) sobre la *memoria de sangre*, con su archiabsurda comparación con los quistes dermoides, de los cuales no ha de haber estudiado usted, seguramente, un solo caso... ¡Y no me diga que yo mismo le he insinuado esa comparación, porque yo le contestaré que, si es así, ello fué por burlarme de su ignorancia de procurador supersticioso!

Imagínome que la gestación de su obra, ha seguido este proceso: usted ha esbozado en su juventud (no, debe haber sido en su infancia)... la historia de ese Xarcas Silenciario, creyendo dar principio á alguna gran novela histórica, destinada á tener toda la popularidad del reciente *Quo vadis*... Al releer últimamente esos apuntes, — pues no es otra cosa su manuscrito, — usted se ha tentado de publicar un libro... ¡Oh paternal debilidad de los autores, de los bue-

nos y los malos! Y luego, su buena sensatez de procurador, le ha insinuado algo al oído...

Si yo tuviera mis pretensiones de «decadente» como usted, le diría que su Yo-Sancho, asomado á una de las ventanas de la torre almenada de su alma, así ha apostrofado á su Yo-Quijote, que bien plantado en Rocinante, con la celada baja y la lanza en ristre, se preparaba á entrar en liza en el ancho campo de las batallas de las letras:

— Válame Dios, no intente vuesa merced tan desatinada aventura, que en mi tierra hubo un mozo que todos creían de alcances, que era licenciado como Sansón Carrasco y todas las madres y las niñas trataban de pescarlo, pues ya figuraba su nombre entre los sesudos varones candidatos á alcaldes y canquilleres... Ese mozo escribió un libro, y desde entonces, todos le hubieron por tonto y le befaban.

— Calla, calla, Sancho amigo, que tan

poco entiendes tú de letras como de lo que al santo ejercicio de las armas atañe, — ha respondido altivamente su Yo-Quijote.—Tu mozo candidato á alcalde y canciller, querrás decir, y no canquiller como dices, no debía poseer jamás la lumbre de mi seso. Quiero dejar una obra que pasme á los venideros siglos, para honra eterna de mi nombre y de mi pluma. Porque has de saber, oh Sancho, que si la profesión de caballero andante es noble entre todas, las generosas elucubraciones de la mente son también gloria y provecho.

—¿Y no teme vuesa merced que le denigren por sus escritos, esos malos dragones y malandrines que le persiguen, ahuyentándole toda la clientela de su despacho curcial?

— Curial que no curcial, querrás decir, ¡oh Sancho de las entretelas de mi alma! Pero mira, cuando un hombre de valía se propone entre ceja y ceja un triunfo de su esforzado brazo ó de los

bríos de su inteligencia, no debe parar mientes en las pequeñeces de la crítica ni en los sarcasmos de la envidia ni en la perfidia de sus enemigos. ¡Vive Dios, que he de dar cima á esta empresa de mi espíritu como á tantas otras que mi valor ha coronado!

— No olvide, mi amo, las aventuras del molino de viento, de la batalla de ovejas, de los mozos de batán, que tan molidos han dejado mis pobres huesos de escudero andante...

Pero cuando su Yo-Sancho terminaba estas prudentes advertencias, su Yo-Quijote no podía oirlo, porque ya había partido á la liza, al descalabrado galope de Rocinante... El buen escudero cerró luego con estrépito la ventana de la torre de su alma y se tendió á dormir en su jergón de paja refunfuñando refranes: «Llévame el diablo si he de advertir otra vez á ese loco de mi amo, que un loco hace ciento, la cabra tira al monte, de casta le viene al galgo el ser

rabilargo, y que quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija»... Dicho esto, se quedó dormido, roncando como la fragua de Vulcano, en tanto que su Yo-Quijote emprendía la tarea... de hacer su prólogo á los «Recuerdos de ultratumba de Xarcas Silenciario», porque si bien no podía seguir al pie de la letra las amonestaciones de Sancho, algo le cosquilleaba en el ánimo el presentar seriamente como novela de viejas costumbres, su detestable engendro: para conformarse le escribió su prólogo... Con prólogo ó sin él, le aconsejo á usted, como Sancho, que no intente la aventura. Luego, no tengo para qué escribirle el pedido epílogo. Y además, ¿para qué necesita usted de mis pobres plumas de cuervo, cuando ya se ha vestido con las del grajo, con las de todos los grajos desde Ebers y Lytton hasta Flaubert y France?

¿Quiere usted mayor sinceridad? Pues bien: no he leído obra más mala que la

suya. Sus efectos sobre el organismo son los de una buena dosis de opomorfina... Carece de todo mérito, y singularmente, del de la originalidad... Como novela de costumbres antiguas, es un aborto; como psicología, un feto; como cuento fantástico, un párvulo; como tesis científica, un nonato deforme... ¡y siempre, siempre, un ridículo fracaso!

Le daré un consejo, ¡y agradézcalo! La mediocridad es regla en los trabajos jurídicos, y disculpable en escritos científicos ó pseudo científicos, porque se proponen un fin práctico; pero en trabajos de fantaseo, se debe ser más exigente, por cuanto ninguna utilidad real ó pretendida puede justificar la publicación de mediocridades. Por lo tanto, queme este esbozo, que por su índole sería leído y criticado, y siga elucubrando sus extensos alegatos jurídicos, que tienen esta ventaja para usted y para el público: nadie los lee.

DE JUAN LÓPEZ:

Parece usted harto malhumorado, mi amabilísimo doctor. Me lo explico: la compañía que lo rodea no debe ser del todo agradable. — Mil gracias por su benévola crítica. Con ser benévola (¡y disculpe!) es falso lo que usted supone sobre el «proceso de gestación» de la obra. Lo único mío en ella es el capítulo-prólogo; y cuanto digo allí, *es exacto*. El *verdadero autor* es su pensionista Pedro Bocelli. Recogeré testimonios fidedignos para comprobárselo, y le enviaré el manuscrito original, rogándole que me lo cuide y me lo devuelva: ¡es un tesoro inavaluable para la ciencia del futuro!

DEL DOCTOR KAMUS
A JUAN LÓPEZ:

Le ruego que no me moleste más; para idiotas, tengo bastantes con los míos.

De Juan López:

Precisamente, se trata de uno de *sus* idiotas, mi doctor. Para que me ilumine con su ciencia, y me mande de una vez el epílogo que le pido, adjúntole: *A*, el manuscrito de puño y letra de Bocelli; *B*, un certificado de tres calígrafos que así lo acredita; *C*, la declaración pertinente de varios testigos *de visu*. ¡Devuélvame pronto mi tesoro!

A

(Original primitivo de los capítulos del I hasta el IX).

B

Los calígrafos abajo firmados declaramos: que no puede existir duda alguna acerca de la autenticidad del manuscrito agregado, que cotejado con otros indubitables de Pedro Bocelli, resulta ser de su puño y letra.

(Siguen tres firmas.)

C

Los testigos abajo firmados declaramos, por el presente, que el manuscrito adjunto ha sido elaborado por Pedro Bocelli, en su estado lúcido durante el año 1899, pues hemos podido observarlo mientras lo escribía, como inquilinos de la misma casa. Al propio tiempo reconocemos que dicho Bocelli nunca demostró, sino en ese acto, la menor afición á las letras ni los conocimientos más elementales de historia.

(Siguen cinco firmas.)

DEL DOCTOR KAMUS

A JUAN LÓPEZ:

Lo creía á usted un ingenuo, pero, aunque procurador, no falsario. Ahí van sus *documentos*. ¡Y sépase que yo no soy un juez, para dejarme engañar por semejantes «comprobandos»!

De Juan López:

Si usted no fuera un hombre superior á las pueriles preocupaciones del vulgo, yo incurriría en el ridículo de enviarle mis padrinos por su insulto.

Usted está equivocado, mi queridísimo amigo, y en prueba le mandaré mañana unos veinte y tantos testigos para que declaren sobre la verdad de los hechos.

Del Doctor Kamus

À Juan López:

¡Veinte y tantos testigos! Ni mañana, ni pasado, ni nunca estaré visible para recibirlos. ¡Tengo demasiado que hacer para ocuparme de semejantes majaderías!

Del Mismo

Al Mismo:

Hoy me han asaltado de sorpresa diecisiete de sus veinte y tantos testigos.

Ya es bastante. ¡No me mande más ó me expatrío para no oirlos!

De Juan López

Al Doctor Kamus:

¡Expatriarse, doctor! Expatríese usted cuando guste, pero antes, *antes*, mándeme usted lo que he tenido el honor de pedirle, y que usted, inconscientemente tal vez, me ha prometido. Una promesa es siempre una promesa, y debe cumplirse, aun en el Hospicio de Alienados!

Del Doctor Kamus

A Juan López:

¿Cuál ha sido mi promesa? Creo que que la de enviarle cualquier cosa para que sirva de epílogo á su libro y haga «pendant», rotulada con un punto de admiración que cierra el punto de interrogación que usted abre en el prólogo... He prometido demasiado, lo confieso. No

puedo cumplir honradamente la tarea que me he impuesto; quizá ese es el origen de mi *spleen,* que usted disculpa, según veo.

Para concluir este enojoso asunto, le mandaré simplemente un cuadro minucioso del estado general de Bocelli. ¿Qué le parece?

De Juan López:

Me parece bien. Mándemelo usted, cuanto antes, con sus observaciones propias. Que la ciencia haga la luz. ¡Que sea completo! Emplee usted todos los medios, el termómetro, la balanza, el esteitoscopio, el dinamómetro, los rayos Roentgen, el escalpelo...

Del Doctor Kamus

A Juan López:

¡Que emplee todos sus medios! ¡Oh sublime candidez de la ignorancia! No

quiere usted que me sirva también para mi diagnóstico del ferrocarril, la vacuna, el telégrafo, el teléfono, el cinematógrafo, el automóvil, de todas las invenciones modernas?

Déjeme usted que yo aplique los medios de observación que crea convenientes... y nada más. ¿No me aconseja usted que use el escalpelo? Se conoce que no lo ha sentido usted nunca en su propia carne como el abate Prévost. Y sin embargo—¡oh injusticia del Destino! — cuánto más merecido tiene usted que aquel pobre abate, autor de la deliciosa «Manon Lescaut» y no del sacrílego «Xarcas Silenciario», su espantable fin; su último despertar con un grito ahogado, cuando el bisturí de la autopsia le volvía del síncope que se supuso muerte, ¡desgarrándole el palpitante corazón!

Estado actual de Pedro Bocelli

Inmovilidad absoluta, cabeza inclinada, mirada fija, hacia el cuello.

Rasgos contraídos en una meditación dolorosa, de líneas convergentes hacia la raíz de la nariz.

Enflaquecimiento enorme, cara pálida, manos lívidas, de uñas azuladas, á causa de la falta de oxígeno en la sangre; la respiración muy débil, apenas perceptible.

Piel fría, húmeda.

Apetito muy disminuído. De acuerdo con la depresión psíquica, que es consecuencia de la depresión cerebral, cuyos síntomas son las ideas tristes de ruina, muerte, culpabilidad, la inmovilidad, etc.

Todas las funciones orgánicas están retardadas y disminuídas.

Esto es todo. Sólo me queda que pedirle un último servicio, señor procurador Juan Lanas... ó Juan López: que no me vuelva á incomodar más con sus pretenciosas observaciones de psicólogo.

Si usted lo desea, puede cerrar su libro con mi diagnóstico como apéndice, rotulando á éste con un punto de admiración tan grande como la pirámide de Cheops, que nunca faltarán lectores papanatas que se queden boquiabiertos; pero, ¡por Júpiter, no mezcle mi nombre en todo ello, y déjeme tranquilo!

FIN

ÍNDICE

OBRAS DEL MISMO AUTOR

LA EDUCACIÓN. Prólogo de MIGUEL DE UNAMUNO. — Segunda edición. Madrid, 1901.

PRINCIPIOS DE PSICOLOGÍA INDIVIDUAL Y SOCIAL. Prólogo de LUIS SIMARRO. — Madrid, 1903.

NUESTRA AMÉRICA. Prólogo de RAFAEL ALTAMIRA. — Barcelona, 1903.

EN PRENSA:

LA NOVELA DE LA SANGRE.